

ALICIA

en el País de las Maravillas



Lewis Carroll



LOS LIBROS DE

Boris

EDICIONES COLIHUE

ALICIA

en el País de las Maravillas

Lewis Carroll

Traducción de Graciela Montes

Ilustraciones
Gustavo Roldán (h)

LOS LIBROS DE
Boris

Ediciones Colihue

Carroll, Lewis

Alicia en el país de las maravillas- 1ª. ed. - 7ª - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Colihue, 2015.

160 p. ; 24x17 cm. (Los libros de Boris)

ISBN 978-950-581-272-1

1. Literatura infantil y juvenil inglesa. I. Título
CDD 828

Diseño de colección: Raúl Pane

Foto de tapa: Mariela González

Foto de solapa: Juan E. Mabromata

Ilustración de tapa e interiores: Gustavo Roldán (h)

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Solo se autoriza la reproducción de la tapa, contratapa, página de legales e índice, completos, de la presente obra exclusivamente para fines promocionales o de registro bibliográfico.



© Ediciones Colihue S.R.L.

Av. Díaz Vélez 5125

(C1405DCG) Buenos Aires - Argentina

ecolihue@colihue.com.ar

www.colihue.com.ar

I.S.B.N. 978-950-581-272-1

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

En esta tarde dorada
nos deslizamos muy lentos,
pues los remos los manejan
bracitos muy poco diestros,
y manos muy inexpertas
para guiar el paseo.

¡Ay, qué crueles esas tres!
¡En un clima tan de ensueño,
del que no mueve una hojita
con su aliento, piden cuentos.
¿Pero qué puede una voz
contra ese trío de ruego ?

Prima lanza duro edicto:
“¡Qué emiece ya!”, fulminante.
Más gentil, Secunda pide
“que haya muchos disparates”.
Sólo una vez por minuto
comentarios Tertia le hace.

*De pronto llega el silencio,
y ellas siguen en su sueño
a la niña que recorre
ese mundo extraño y nuevo,
donde aves y bestias hablan...
¡Si casi parece cierto!
Cuando el cuento declinaba
por exhausta fantasía
y este pobre fatigado
abandonarlo quería,
a "Otra vez les cuento el resto"
"¡Ya es otra vez!" respondían.*

*Y el País de Maravillas
con sus rarezas creció
cincelado poco a poco.
Ahora el cuento se acabó:
ya es de noche y vuelve a casa
la feliz tripulación.*

*¡Alicia!, te entrego el cuento.
Ponlo suave donde enlaza
su guirnalda la Memoria
con los sueños de la Infancia,
como la del peregrino,
seca ya, de flor lejana.*

Capítulo I

Cayendo por la madriguera



A LICIA ESTABA EMPEZANDO a cansarse de estar ahí sentada en la orilla sin tener nada para hacer: ya había espiado dos o tres veces el libro que su hermana leía, pero no tenía dibujos ni diálogos “¿y de qué puede servir un libro que no tiene dibujos ni diálogos?”, pensaba Alicia.

Y ahí estaba, discutiendo consigo misma (lo mejor posible, porque el calor la hacía sentirse más bien soñolienta y boba) si el placer de tejer una guirnalda de margaritas justificaba el esfuerzo de ponerse de pie para ir a recoger las flores, cuando de pronto pasó corriendo a su lado un conejo blanco de ojos rosados.

Eso no tenía *nada* de extraordinario, y tampoco le pareció *demasiado* extraordinario a Alicia que el Conejo murmurase “¡Ay, ay, ay, qué tarde que se me está haciendo!” mientras corría (fue mucho más tarde, cuando volvió a pensar en todo ese asunto, que se le ocurrió que lo que correspondía era sorprenderse; en el primer momento le pareció lo más natural del mundo).

Pero, cuando el Conejo sacó un reloj del bolsillo del chaleco, lo miró y luego siguió corriendo, Alicia se puso de pie de un salto ya que de pronto se le cruzó por la mente que jamás antes había visto un conejo con bolsillo de chaleco, ni con reloj para sacar de ese bolsillo. Ardiendo de curiosidad, se lanzó a perseguirlo a toda carrera por el

campo, y apenas si tuvo tiempo de verlo saltar dentro de una gran madriguera que había junto al cerco.

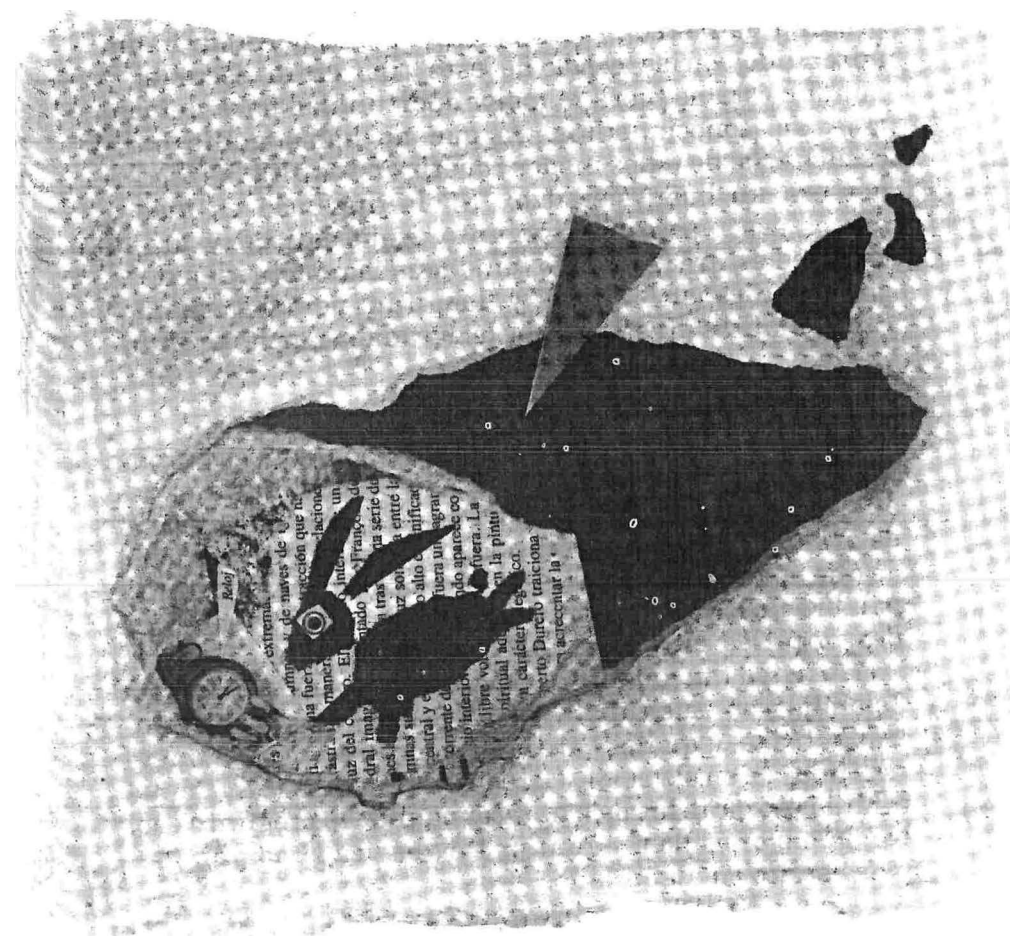
Un instante después se zambullía Alicia detrás de él, sin detenerse a pensar ni por un momento cómo demonios iba a hacer para volver a salir de donde se estaba metiendo.

La madriguera se prolongaba en línea recta primero, como una especie de túnel, y luego, de golpe, se hundía en la tierra, tan de golpe que Alicia no tuvo tiempo ni siquiera de empezar a pensar en detenerse cuando ya se encontró cayendo en lo que parecía ser un pozo muy profundo.

Una de dos, o el pozo era muy profundo o ella caía muy lentamente, porque —mientras caía— tuvo todo el tiempo del mundo para mirar a su alrededor y para preguntarse qué pasaría a continuación. Primero trató de mirar hacia abajo y de averiguar hacia dónde se dirigía en su caída, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. Después miró las paredes del pozo y notó que estaban cubiertas de armarios y de bibliotecas; de tanto en tanto había mapas y cuadros colgados de clavos. Recogió al pasar un frasco de uno de los estantes; la etiqueta decía **MERMELADA DE NARANJAS**, pero, para gran desilusión suya, estaba vacío. No quiso dejarlo caer por miedo de matar a alguien allá abajo, de modo que se las ingenió para volver a colocarlo en uno de los armarios que iban desfilando en su caída.

“¡Bueno”, pensó Alicia para sus adentros, “después de una caída como esta, me va a parecer una pavada caer rodando por las escaleras! ¡Qué valiente que les voy a parecer a todos en casa! ¿Qué digo? No sólo de las escaleras... ¡Si me cayese del techo tampoco diría ni mu! ¡Ni mu diría!” (lo que no dejaba de ser algo perfectamente probable).

Abajo, abajo, abajo. ¿No iba a terminar *nunca* esa caída?



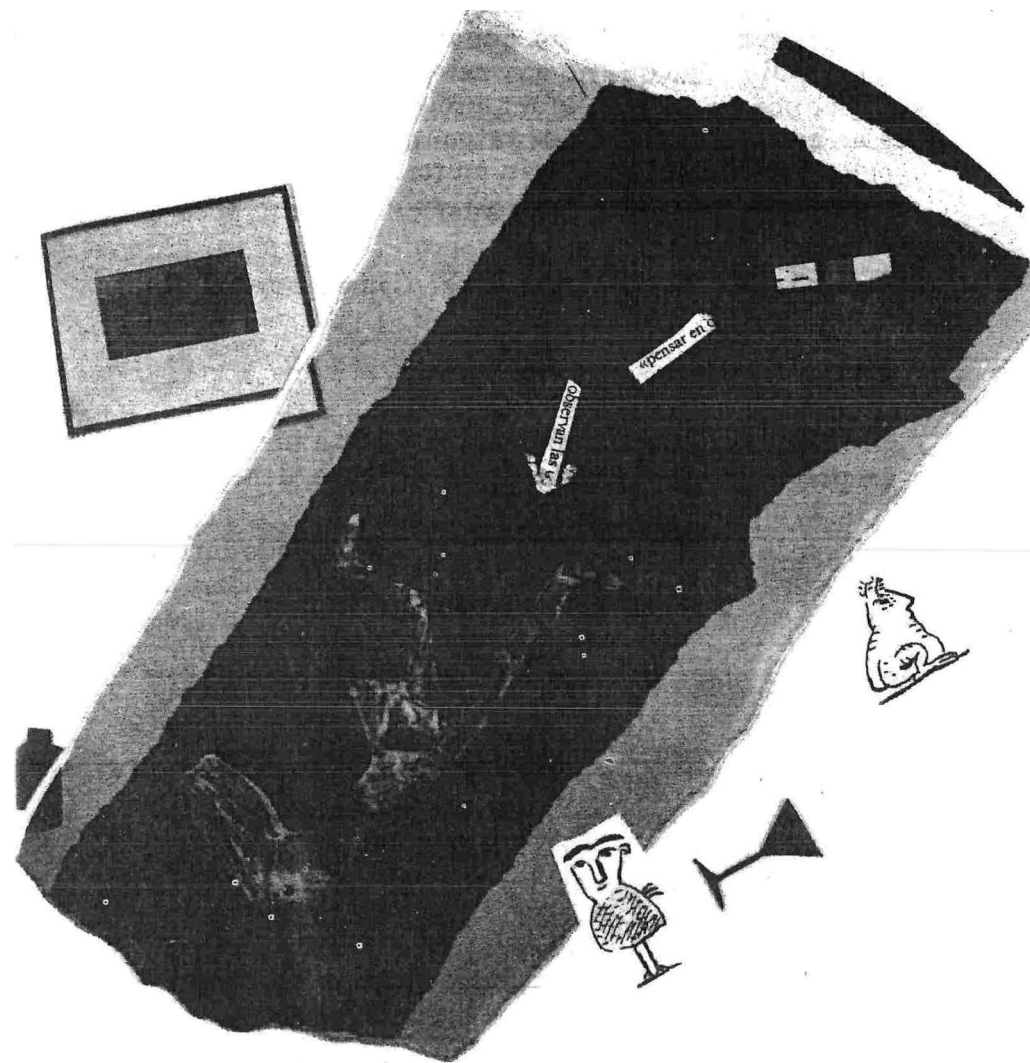
—Me pregunto cuántos kilómetros habré caído ya —dijo en voz alta—. Debo de andar cerca del centro de la Tierra. A ver: eso serían unos seis mil kilómetros de profundidad, creo...” (lo que sucede es que Alicia había aprendido varias cosas de este tipo en la escuela, y aunque esta no fuera la mejor oportunidad para demostrar sus conocimientos, ya que no había nadie para escucharla, de todos modos repetir en voz alta las lecciones era un buen ejercicio) “Sí, la distancia es más o menos ésa... pero me pregunto a qué latitud y a qué longitud estaré (Alicia no tenía la más remota idea de lo que significaban “latitud” y “longitud” pero las consideraba palabras prestigiosas y le agradaba mucho pronunciarlas).

Pronto volvió a empezar:

—¡Me pregunto si no terminaré por *atravesar* toda la Tierra y llegar al otro lado! ¡Qué cómico sería si me apareciese de pronto en medio de esa gente que camina de cabeza! Los Antipáticos o algo así... (se alegró mucho de que no hubiese nadie escuchándola esta vez porque la palabra no le sonaba del todo bien). Pero voy a tener que preguntarles el nombre del país, claro está. “Señora: ¿sería usted tan amable de decirme si estamos en Nueva Zelandia o en Australia?” (y ensayó una reverencia mientras hablaba... ¡qué les parece! haciendo *reverencias* mientras uno cae en el vacío! ¿Ustedes serían capaces?) ¡Y qué niñita ignorante le voy a parecer cuando le pregunte eso! No, lo mejor es no preguntar; tal vez vea el nombre del país escrito en algún lado.

Abajo, abajo, abajo. No había ninguna otra cosa que hacer, de modo que Alicia no tardó en ponerse a hablar nuevamente.

—¡La que me va a extrañar mucho esta noche va a ser Dinah! (Dinah era la gata). Espero que se acuerden de ponerle el platito de leche para la merienda. ¡Ay, Dinita!



de ponerle el platito de leche para la merienda. ¡Ay, Dinita! ¡Cómo me gustaría que estuvieses aquí abajo conmigo! Me temo que no hay ratones en el vacío, pero siempre podrías cazar algún murciélago. Los murciélagos se parecen mucho a los ratones, ¿sabías? Pero me pregunto si los gatos comerán murciélagos...

Aquí Alicia empezó a adormilarse un poco y siguió diciéndose como entre sueños:

—¿Comen murciélagos los gatos? ¿Comen murciélagos los galos?

Y a veces:

—¿Comen gatos los murciélagos?

Porque, dado que no podía responder a ninguna de esas preguntas, en realidad no importaba demasiado que la formulase de una manera o de otra.

Tuvo la sensación de que se estaba quedando dormida y apenas empezaba a soñar que estaba caminando de la mano con Dinah mientras le preguntaba con toda severidad “A ver, Dinah, quiero la verdad y sólo la verdad: ¿te comiste algún murciélago alguna vez en tu vida?” cuando de pronto —¡pof! ¡pof!— aterrizó en un montón de ramas y hojas secas y terminó la caída.

Alicia no se había lastimado ni un poquito, de modo que se puso de pie de un salto. Miró hacia arriba pero todo estaba muy oscuro. Hacia el frente, en cambio, se veía otro túnel, y al Conejo Blanco que corría por él. No había un momento que perder: allá se precipitó Alicia, veloz como el viento, y llegó justo a tiempo para oírle decir mientras doblaba el recodo:

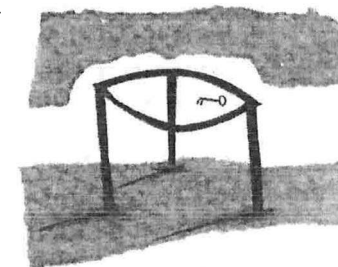
—¡Por mis orejas y mis bigotes! ¡Qué tarde se me está haciendo!

Alicia había estado pisándole los talones al llegar al recodo, pero, en cuanto pegó la vuelta, dejó de verlo, y se

encontró sola en un vestíbulo grande y bajo, iluminado por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

El vestíbulo estaba rodeado de puertas, pero todas estaban cerradas. Alicia las fue probando, una por una, y luego volvió caminando tristemente hasta el centro de la habitación, preguntándose cómo haría para salir de allí.

De pronto notó que había una mesita de tres patas, hecha de vidrio: no tenía encima más que una llavecita dorada, muy pero muy pequeña, y lo primero que pensó Alicia fue que tal vez pudiera servir para abrir alguna de las puertas del vestíbulo. Pero ¡qué desgracia!



Una de dos: o las cerraduras eran demasiado grandes o la llave demasiado pequeña. Lo cierto es que no podía abrir ninguna de esas puertas.

Sin embargo, en su segunda recorrida, Alicia se tropezó con un cortinado que no había visto antes y vio que, detrás del cortinado, había una puertita de unos treinta centímetros de alto. Probó la llavecita de oro y, para gran alegría suya, ¡entraba perfectamente en la cerradura!

Abrió la puerta y vio que daba a un pasillito apenas más amplio que una cueva de ratones; se arrodilló para mirar y vio que el pasillo desembocaba en el más maravilloso jardín que uno pueda imaginarse. ¡Qué ganas le dieron de salir de ese vestíbulo oscuro y pasearse entre esos macizos de flores refulgentes y esas fuentes frescas! Pero ni siquiera podía pasar la cabeza por el vano de la puerta.

“Y, aunque *pudiese* pasar la cabeza”, pensó la pobre Alicia, “de poco me serviría sin mis hombros del otro

lado... ¡Ay, cómo me gustaría poder encogerme como un telescopio! Creo que sería capaz, si sólo me explicaran cómo empezar...”.

Y es que a Alicia le habían sucedido tantas cosas extraordinarias últimamente que había empezado a pensar que eran muy pocas las realmente imposibles.

No parecía servir de nada quedarse ahí esperando junto a la puertita, de modo que volvió hacia donde estaba la mesa, con la secreta esperanza de encontrar alguna otra llave o al menos un manual de instrucciones para encoger personas como si fuesen telescopios. Esta vez lo que encontró fue una botellita encima de la mesa (“una botellita que antes *no* estaba”, pensó Alicia), con una etiqueta colgada del cuello y la palabra **BÉBEME** primorosamente escrita, con letras muy grandes.

Era muy sencillo decir “bébeme”, pero la prudente Alicita no estaba dispuesta a obedecer así como así.

—No, señor —dijo—, primero me voy a fijar bien si no dice “veneno” por algún lado.

Porque Alicia había leído muchos simpáticos cuentitos acerca de niños que habían resultado quemados, devorados por bestias salvajes y otras cosas desagradables, y todo porque se empeñaban en olvidar algunas reglas sencillas que les habían enseñado sus benefactores, como ser, que si uno sostiene *demasiado* rato en la mano un atizador al rojo vivo acaba por quemarse, o que si uno se hace un tajo *muy* profundo en el dedo con el cuchillo casi seguro que sangra. Y otra cosa que Alicia siempre había tenido presente era eso de que si uno bebe un trago largo de una botella que diga “veneno” lo más probable es que tarde o temprano le caiga pesado.

Sin embargo, esta botella *no* decía “veneno”, de modo que Alicia se animó a probar y, como le sintió muy rico

gusto (en realidad, un sabor combinado de tarta de cerezas, flan, ananás, pavo asado, almíbar y tostada caliente con manteca), lo terminó enseguida.

—¡Qué rara me siento! —dijo Alicia—. ¡Debo de estar encogiéndome como un telescopio!

Y así era nomás: ahora ya no medía más que veinte centímetros y la cara se le iluminó cuando pensó que tenía el tamaño exacto para pasar por la puertita y llegar al precioso jardín. Sin embargo primero quería esperar para ver si iba a seguir encogiéndose: le daba un poco de nervios pensar en esa posibilidad.

—Porque podría terminar por apagarme del todo, como una vela —dijo—, y me gustaría saber qué parecería yo entonces...

Trató de imaginar qué aspecto podría tener la llama de una vela luego de apagada la vela, porque no recordaba haber visto en su vida nada semejante.

Después de un rato, cuando vio que nada nuevo sucedía, decidió irse derecho al jardín, pero ¡pobre Alicia, qué desgracia!, cuando llegó adonde estaba la puerta, se dio cuenta de que se había olvidado de la llavecita y, cuando volvió a la mesa para buscarla, se dio cuenta de que era imposible alcanzarla. Podía verla perfectamente a través del vidrio y trató de escalar una de las patas, pero el vidrio la hacía resbalar. Lo intentó una y otra vez hasta que se cansó, entonces la pobre se sentó en el suelo y se puso a llorar.

—¡Vamos! ¿De qué te sirve llorar así? —se dijo a sí misma con bastante severidad—. ¡Te aconsejo que la termines de inmediato!

Por lo general Alicia se daba muy buenos consejos (aunque rara vez los seguía) y algunas veces se retaba con tanto rigor que se hacía llorar; incluso hubo una vez en

que intentó darse una bofetada por haberse hecho trampa en una partida de croquet que jugaba contra ella misma, ya que a esta singular criatura le encantaba jugar a que era dos personas al mismo tiempo.

“Pero ahora no me sirve de nada jugar a que soy dos”, pensó la pobre Alicia, “¡si apenas quedó lo bastante de mí para armar una persona como es debido!”

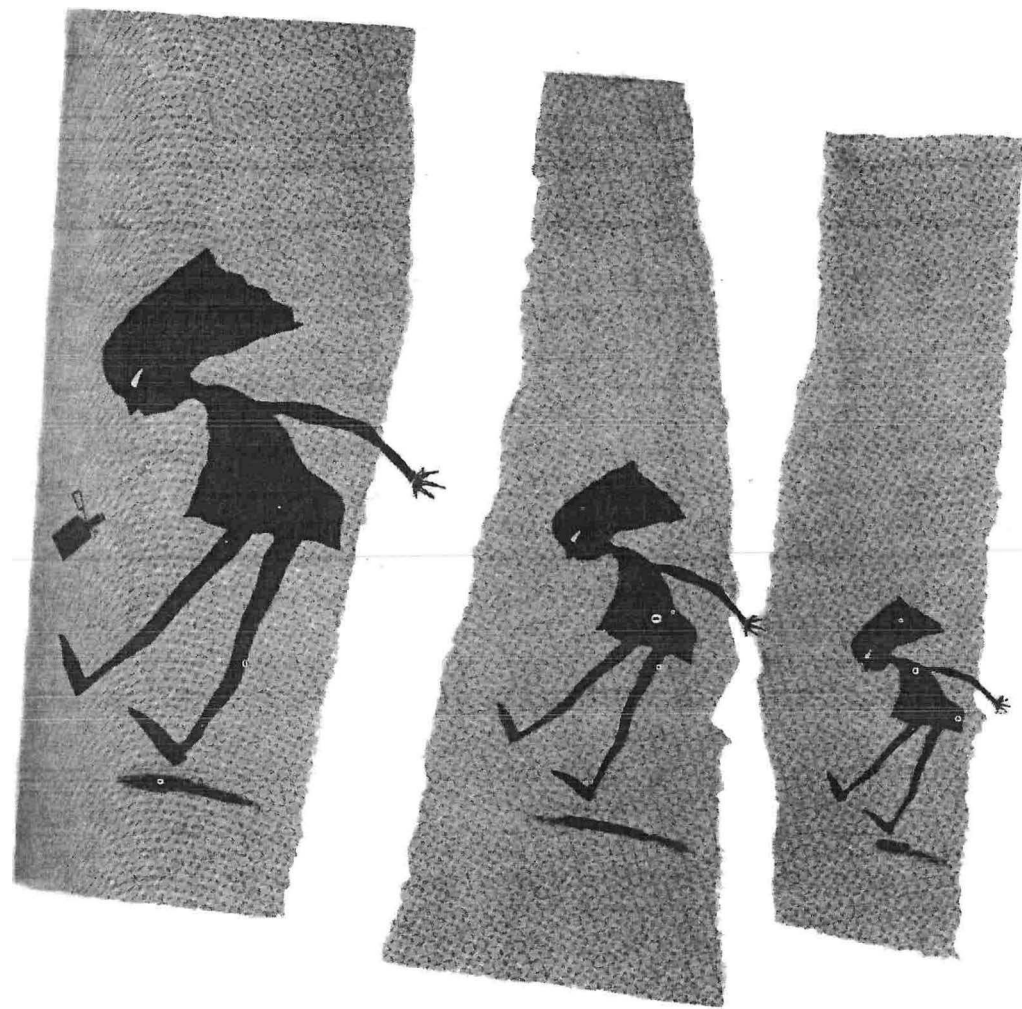
Muy pronto sus ojos tropezaron con una cajita de vidrio que estaba tirada debajo de la mesa: la abrió y encontró un bizcochito diminuto con la palabra **CÓMEME** escrita con pasas de uva.

—Bueno, lo voy a comer —dijo Alicia—, y, si me hace crecer voy a alcanzar la llave, y si me hace encoger más voy a poder arrastrarme por debajo de la puerta, de modo que, pase lo que pase, voy a poder llegar al jardín.

Comió un bocadito y se preguntó con ansiedad “¿Hacia arriba o hacia abajo?”, mientras sostenía la mano por encima de la cabeza para controlar si crecía o si se achicaba.

Se sorprendió bastante cuando notó que seguía estando del mismo tamaño. No cabe duda de que eso es lo que sucede por lo general cuando uno come bizcochos, pero Alicia se había acostumbrado tanto a esperar sólo cosas desacostumbradas que le parecía tonto y aburrido que la vida siguiese su curso habitual.

De modo que puso manos a la obra y muy pronto se terminó el bizcocho.



Capítulo II

Un barco de lágrimas

—¡CADA VEZ MÁS y más extrañísimo! —gritó Alicia (estaba tan sorprendida que por el momento se había olvidado de cómo hablar correctamente)—. ¡Ahora me estoy estirando como el telescopio más grande que haya existido nunca! ¡Adiós, pies! (porque, cuando Alicia bajó los ojos para mirarse los pies, vio que éstos ya estaban casi fuera del alcance de la vista y seguían alejándose rápidamente). “¡Ay, mis pobres piecitos! Me pregunto quién se ocupará de ponerles las medias y los zapatos ahora... Yo, al menos, no voy a poder, de eso estoy segura... Voy a estar demasiado lejos para ocuparme de ustedes: van a tener que arreglárselas como puedan...”

“Pero va a ser mejor que me muestre amable con ellos”, pensó Alicia, “¡porque, si no, en una de esas se niegan a caminar hacia donde yo quiero ir! A ver, a ver... Ya sé: les voy a regalar un par de botitas nuevas todas las Navidades.”

Y siguió haciendo planes de cómo se las iba a ingeniar.

“Voy a tener que mandárselas por encomienda”, pensó. “¡Qué cómico que me va a parecer eso de mandarlas encomiendas a mis propios pies! ¡Y qué raras las direcciones!

Honorable Pie Derecho de Alicia
Alfombra de la Chimenea

cerca del Guardafuegos

(Con cariño, de Alicia)

¡Ay, Dios, las pavadas que estoy diciendo!

En ese preciso momento Alicia sintió que su cabeza golpeaba contra el cielorraso del vestíbulo (y es que, para ese entonces Alicia ya andaba midiendo algo así como dos metros). Entonces se apresuró a tomar la llavecita y corrió hacia la puerta que daba al jardín.

¡Pobre Alicia! Lo más que pudo hacer fue tenderse de costado en el suelo para mirar con un solo ojo hacia el jardín, ya que había menos esperanzas que nunca de atravesar la puerta. Alicia se sentó y se puso a llorar una vez más.

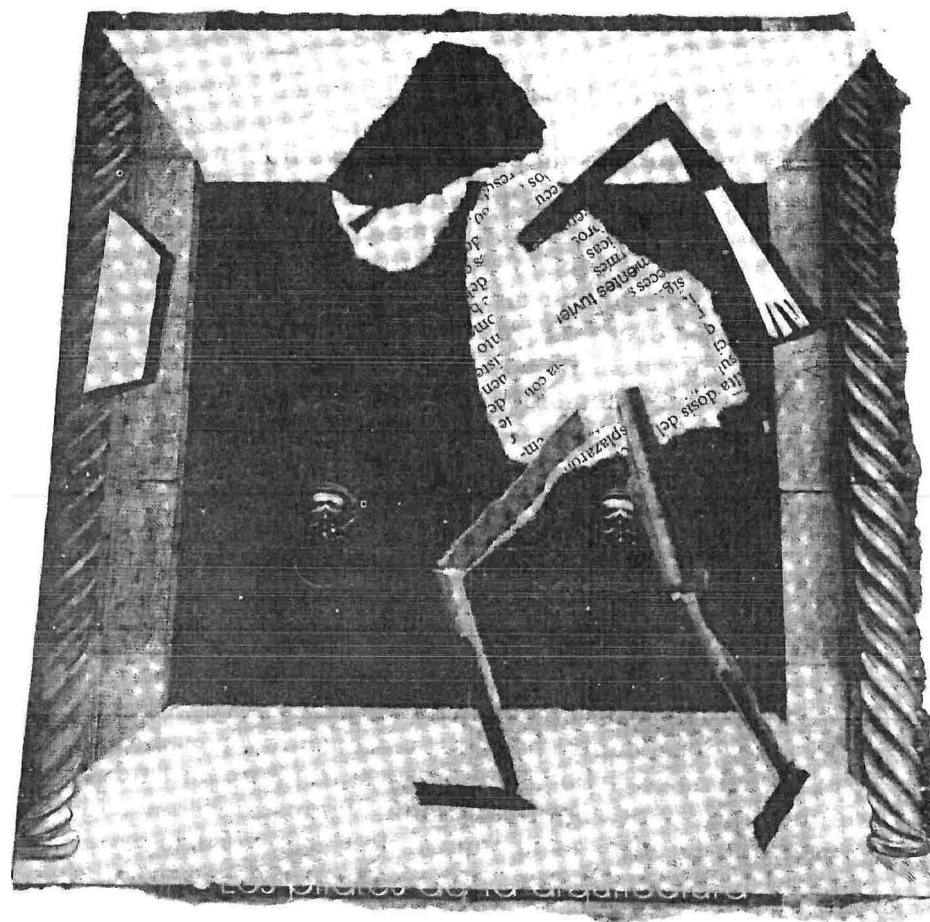
—¿No te da vergüenza?! —se decía—. ¡Una grandulona como tú (y tenía todo el derecho del mundo a llamarse así) llorando de esta manera! ¡Te ordeno que dejes de llorar ahora mismo!

Pero siguió llorandonomás, derramandolitros y litros de lágrimas hasta que quedó rodeada de un gran charco de unos diez centímetros de profundidad que llegaba hasta la mitad del vestíbulo.

Un rato después Alicia oyó un redoble de pasitos a lo lejos y se enjugó rápidamente los ojos para ver quién venía. Era el Conejo Blanco que regresaba, suntuosamente vestido, con un par de guantecitos en una mano y un gran abanico en la otra. Venía al trote y apurado, murmurando para sí mientras se iba acercando:

—¡Ay, ay, ay, la Duquesa, la Duquesa! ¡Lo feroz que se va a poner si la hice esperar!

Alicia estaba tan desesperada que se sentía dispuesta a pedirle ayuda a cualquiera, de modo que, en cuanto el Conejo se acercó adonde ella estaba, empezó a musitar con timidez:



Lewis Carroll

—Disculpe, señor...

El Conejo se sobresaltó, dejó caer sus guantes y su abanico y se escurrió en la oscuridad lo más rápidamente que pudo.

Alicia recogió el abanico y los guantes y, como hacía mucho calor en el vestíbulo, comenzó a abanicarse y siguió abanicándose sin parar mientras hablaba.

—¡Ay, mi Dios! ¡Qué raro que es todo hoy! ¡Y eso que ayer todo sucedía normal, como siempre! Me pregunto si no me habrán cambiado durante la noche... Veamos: ¿esta mañana, cuando me desperté, *era* la misma de siempre? Me parece recordar que me sentía un poquitín diferente... Pero, si no soy la misma, la pregunta que sigue es “¿Quién demonios soy?”. ¡Esa es la cuestión!

Y empezó a pensar en todas las chicas de su misma edad que conocía para ver si la habrían cambiado por alguna de ellas.

—Estoy segura de que no soy Ada —dijo—, porque Ada tiene rulos y yo no tengo rulos; y estoy segura de que no puedo ser Mabel, porque yo sé un montón de cosas, y Mabel... ¡Mabel no sabe casi nada! Además, ella es ella, y yo soy yo... ¡Ay, qué lío que me estoy haciendo! Voy a ver si sé todas las cosas que solía saber antes. A ver: cuatro por cinco: doce, cuatro por seis: trece; cuatro por siete... ¡Ay, no, así no voy a llegar nunca a veinte! Pero las tablas de multiplicar no significan nada. Vamos a probar con Geografía. Londres es la capital de París, y París es la capital de Roma, y Roma... ¡no, está *todo mal*; seguro que está todo mal! ¡Me deben de haber cambiado por Mabel! Voy a tratar de recitar *¡Cómo aumenta...*!

De modo que cruzó los brazos sobre la falda como cuando decía su lección y comenzó a recitar. Pero la voz sonaba ronca y extraña y las palabras no parecían las mismas de siempre:

*¡Cómo aumenta el cocodrilo
el resplandor de su cola
derramando agua del Nilo
sobre sus escamas todas!*

*¡Qué sonrisa tan alegre,
qué zarpazos tan sutiles,
cuando recibe a los peces
con mandíbulas gentiles!*

—Estoy segura de que no eran esas las palabras correctas —dijo la pobre Alicia, y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas—. ¡Y sí, debo de ser Mabel nomás, y voy a tener que irme a vivir a esa casita de morondanga, sin juguetes y con una pila de lecciones para estudiar! ¡Ah, no! Ya me decidí: ¡si soy Mabel me quedo a vivir acá abajo! Y les aviso que de nada va a servir que asomen sus cabezas y digan “Vamos, sube, queridita”. Yo lo único que voy a hacer es levantar la cabeza y preguntar “¿Quién soy yo? Primero díganme quién soy yo, y después, si me gusta ser esa persona, salgo; si no, me quedo acá abajo hasta que sea otra... pero ¡ay, Dios mío! —gritó Alicia con un súbito acceso de lágrimas— ¡Cómo me gustaría que asomasen sus cabezas! ¡Estoy *tan* cansada de estar acá abajo sola!

Al decir esto se miró las manos, y se sorprendió al ver que se había calzado uno de los guantecitos del Conejo mientras hablaba.

“¿Cómo habré hecho para ponérmelo?”, pensó. “Debo de estar achicándome de nuevo”.

Se puso de pie y fue hacia donde estaba la mesa para medirse con ella y vio que, tal como se había imaginado, medía ahora unos cuarenta centímetros, y seguía achicán-

dose a gran velocidad. Pronto descubrió que la causa era el abanico que tenía en la mano, de modo que lo dejó caer de inmediato, justo a tiempo para salvarse de encogerse del todo.

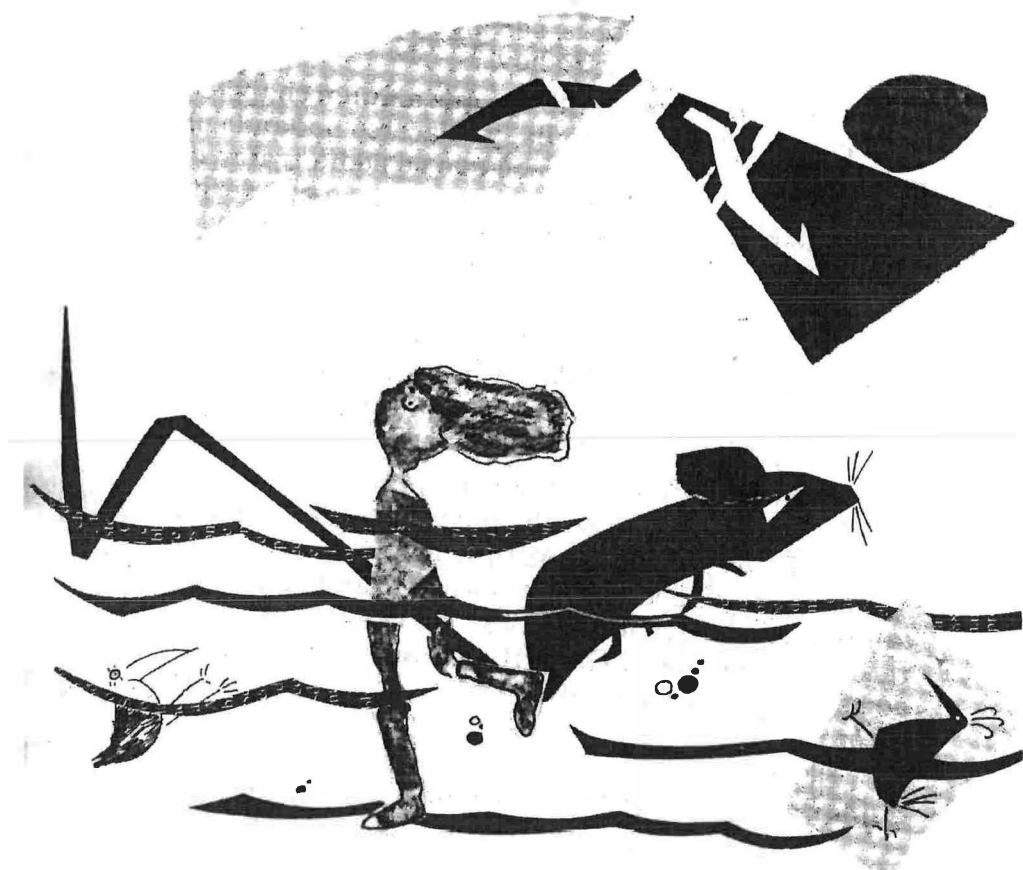
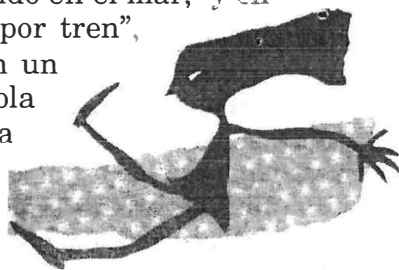
—¡Eso se llama salvarse por un pelo! —dijo Alicia, bastante asustada del súbito cambio, pero encantada de seguir figurando entre las cosas existentes.

—¡Ahora, al jardín!

Y volvió corriendo hasta la puerquita, pero, ¡qué desgracia!, la puerquita estaba cerrada nuevamente, la llavecita de oro estaba sobre la mesa de vidrio, como antes, “y todo anda peor que nunca”, pensó la pobre Alicia, “porque nunca antes había sido tan pequeña, tan pequeñita... ¡Y la verdad es que me parece horrible ser así!”

Y, mientras pensaba esto, se resbaló y —¡plash!— quedó sumergida hasta el mentón en agua salada. La primera idea que se le cruzó por la cabeza fue la de que, de un modo u otro, se había caído en el mar, “y en ese caso puedo volver a casa por tren”, pensó. (Alicia había estado en un balneario junto al mar una sola vez en su vida y había llegado a la conclusión de que cualquier punto de la costa de Inglaterra es más o menos así: hay unas cuantas máquinas para bañarse en el mar y algunos chicos haciendo pozos en la arena con palitas de madera, después una hilera de hoteles y pensiones y, detrás, la estación del tren)

Pero no tardó en darse cuenta de que estaba en el charco de lágrimas que había llorado cuando medía dos metros.



—¡Ojalá no hubiese llorado tanto! —decía mientras nadaba, tratando de llegar a la orilla—. Supongo que es una especie de castigo. ¡Me voy a ahogar en mis propias lágrimas! Eso sí que va a ser algo raro... Aunque, en realidad, todo es muy raro hoy...

En ese preciso instante oyó que alguien chapoteaba en el charco un poco más allá, y se acercó nadando para ver qué era: al principio pensó que se podía tratar muy bien de una morsa o de un hipopótamo, pero después recordó cuán pequeña era ahora y muy pronto descubrió que era sólo un ratón, que se había caído como ella en el charco.

“¿Valdrá la pena que le dirija la palabra a este ratón?”, pensó Alicia. “Todo es tan desacostumbrado aquí que no me extrañaría nada que supiese hablar. En todo caso, con probar no pierdo nada...”.

De modo que comenzó a decir:

—¡Oh, Ratón! ¿Conoce usted el modo de salir de este charco? Estoy cansada de nadar, ¡oh Ratón! (Alicia pensó que ése sería el modo correcto de dirigirse a un ratón; era la primera vez que lo hacía y no tenía experiencia, pero recordaba que en la Gramática Latina de su hermano decía “Un ratón - del ratón - al ratón - un ratón - ¡Oh, ratón!”).

El ratón la miraba con aire intrigado y pareció guiñarle un ojo, pero no respondió.

“En una de esas no entiende el idioma”, pensó Alicia. “Es muy posible que sea un ratón francés de los que vinieron con Guillermo el Conquistador...”

(Y es que, a pesar de todos sus conocimientos de historia, Alicia no tenía una idea demasiado precisa acerca de cuánto hacía que habían sucedido las cosas.)

De modo que volvió a intentarlo. Dijo:

—*Où est ma chatte?* (que era la primera oración de su libro de francés).

El Ratón pegó un brinco fuera del agua y pareció estremecerse de miedo de pies a cabeza.

—¡Oh, lo siento mucho! —se apresuró a gritarle Alicia, que mucho temía haber herido los sentimientos del pobre animal—. Olvidé que a usted no le gustan los gatos.

—¡Que no me gustan los gatos! —chilló el Ratón en el tono más agudo y apasionado—. ¿Te gustarían a ti los gatos si estuvieses en mi lugar?

—Bueno, supongo que no—dijo Alicia con suavidad—, pero no se enoje por eso. De todos modos me gustaría que conociese a Dinah, nuestra gata. Creo que empezaría a tomarles cariño a los gatos si la conociese. Es una amorosa, una divina...

Alicia siguió hablando, en parte para sus adentros, mientras nadaba perezosamente por el charco.

—La viera cuando se queda ahí tranquilita al lado del fuego, ronroneando y lamiéndose las patas y lavándose la carita... Y es tan lindo tenerla en brazos... Y cazando ratones es un genio... ¡Oh, disculpe, lo dije sin querer! —volvió a atajarse Alicia ya que esta vez el Ratón se había erizado hasta la punta del rabo y era de suponer que estaba verdaderamente ofendido—. Si usted prefiere, no volvemos a hablar de ella.

—¡No *volvemos* a hablar...! ¡Qué descaro! —gritó el Ratón a quien le temblaba hasta la cola— ¡Como si yo fuese capaz de sacar esos temas! *Nuestra* familia siempre odió a los gatos: ¡son criaturas desagradables, vulgares y asquerosas! ¡No quiero volver a oír hablar de ellas!

—¡No se preocupe! —dijo Alicia, apurada por cambiar de tema—. ¿Y le gustan... le gustan... los... los perros?

El Ratón no respondió, de modo que Alicia arremetió con todo entusiasmo:

—Porque hay un perrito cerca de casa... ¡Me gustaría que lo conociese! Un fox-terrier... Es chiquito y tiene los ojos muy brillantes y un pelo sedoso y todo lleno de rulos... Es muy inteligente. Uno le arroja cosas y él las va a buscar, y se sienta en dos patas para pedir la comida. ¡De todo sabe hacer! ¡Ya ni me acuerdo de todas las cosas que sabe hacer! El dueño es un granjero ¿sabe? y siempre dice que es un perro muy útil, que no lo vendería ni por un millón. Dice que le mata todas las ratas y...

—¡Ay, ay, ay! —suspiró Alicia con voz apesadumbrada— ¡me parece que volvió a ofenderse!

Porque el Ratón se alejaba de ella nadando con toda la energía de que era capaz y agitando bastante el charco mientras avanzaba.

De modo que Alicia lo llamó suavemente:

—¡Estimado Ratón! ¡Vuelva, por favor! ¡Le prometo que no vamos a hablar de gatos! ¡Y tampoco de perros, si a usted no le gusta!

Cuando el Ratón oyó esto dio media vuelta y nadó lentamente hacia ella: tenía el rostro pálido (por la emoción, pensó Alicia), y dijo, en voz baja y temblorosa:

—Vayamos a la orilla para que te cuente mi historia. Así vas a entender por qué odio a los gatos y a los perros.

Ya era hora de salir del agua porque el charco estaba atestado de pájaros y animales que se habían caído en él: había un Pato y un Dodo, un Loro y un Aguilucho, y muchas otras criaturas de lo más extrañas. Alicia encabezó la marcha y toda la compañía nadó hacia la costa.

Capítulo III

Una carrera política y una historia que trae cola

NO CABE DUDA DE que el grupo reunido en la orilla era más bien estrafalario: los pájaros con sus plumas ensopadas, los animales con el pelo pegado al cuerpo, y todos chorreando agua, malhumorados y molestos.

Lo primero a resolver era, por supuesto, cómo secarse; se discutió el asunto y no hicieron falta más que unos pocos minutos para que Alicia sintiese que era lo más natural del mundo estar ahí charlando en confianza con esas criaturas, como si las conociese de toda la vida.

Por cierto, se enfrascó en una larga discusión con el Loro, que terminó por enfurruñarse y limitarse a repetir:

—Yo soy mayor que tú, de modo que tengo razón.

Y eso era algo que Alicia no estaba dispuesta a admitir sin saber antes cuál era la edad del Loro, y, como el Loro se rehusaba rotundamente a confesarla, no hubo nada más que decir.

Por fin el Ratón, que parecía una persona de cierto predicamento en el grupo, gritó:

—¡Siéntense todos y escuchen lo que voy a decir! ¡Ya van a ver como los dejo bien sequitos!

Se sentaron todos en ronda, con el Ratón en el medio. Alicia estaba expectante y no le quitaba los ojos de encima, ya que estaba convencida de que iba a pescarse flor de resfrío si no se secaba de inmediato.

—¡Ejem! —carraspeó el Ratón dándose aires de importancia—. ¿Están todos listos? Esto es lo más secante que conozco. ¡Silencio todos, por favor! “Guillermo el Conquistador, cuya causa contaba con el favor del Papa, recibió muy pronto la adhesión de los ingleses, faltos de líderes y demasiado habituados a la usurpación y la conquista en los últimos tiempos. Edwin y Morcar, condes de Mercia y Northumbria respectivamente...”.

—¡Uf! —dijo el Loro con un escalofrío.

—¿Cómo dice? —preguntó el Ratón, con el ceño fruncido pero con gran amabilidad—. ¿Dijo usted algo?

—¡Yo no! —se apresuró a responder el Loro.

—Me pareció —dijo el Ratón—. Continúo: “Edwin y Morcar, condes de Mercia y Northumbria respectivamente, le otorgaron su apoyo, e incluso Stigañd, el patriota arzobispo de Canterbury, encontrólo aconsejable...”.

—¿Encontró *qué*? ¿Qué fue lo que encontró? —preguntó el Pato.

—Encontrólo —replicó el Ratón más bien enojado—. Supongo que sabrá lo que significa “lo”.

—Claro que sé lo que significa “lo” cuando soy *yo* el que lo encuentra —dijo el Pato—. Por lo general es una rana o un gusano. La cuestión es que me diga qué fue lo que el arzobispo encontró.

El Ratón no se detuvo a responder sino que se apresuró a seguir con su relato.

—...encontrólo aconsejable y se dirigió con Edgar Atheling al encuentro de Guillermo para ofrecerle la corona. La conducta de Guillermo fue moderada en un primer momento. Pero la insolencia de sus normandos... ¿Qué tal vas, querida? —siguió diciendo el Ratón, dirigiéndose a Alicia.

—Tan mojada como antes —dijo Alicia con tono lastimero—: me parece que no me resulta *tan* secante.

—Enese caso —dijo el Dodo solemnemente mientras se ponía de pie—, pongo a consideración de la asamblea la moción de que se vote un cuarto intermedio con el fin de que se puedan adoptar medidas drásticas conducentes a...

—¡Hable en cristiano! —dijo el Aguilucho—. No entiendo ni la mitad de las palabras que usó y, lo que es más, mucho me temo que usted tampoco.

Y el Aguilucho inclinó la cabeza para ocultar una sonrisa; algunos otros pájaros se rieron abiertamente.

—Lo que yo quería decir —dijo el Dodo con aire ofendido— es que la mejor manera de secarse es una carrera política.

—¿Qué es una carrera política? —preguntó Alicia.

No es que estuviese demasiado interesada en saberlo, pero el Dodo había hecho una pausa como si considerase que era el momento para que *alguien* preguntase, y no parecía haber ningún otro dispuesto a hacerlo.

—Bueno —dijo el Dodo—, el mejor modo de explicarlo es haciéndolo.

(Y como es posible que alguno de ustedes quiera intentarlo en un día de invierno voy a decirles cómo se las ingenió el Dodo.)

Primero trazó una pista de carreras más o menos circular (“la forma exacta no interesa”, dijo) y luego distribuyó a toda la compañía a lo largo de la pista. No hubo ninguna señal de largada, nada de “preparados, listos, ¡ya!” sino que cada uno empezaba a correr cuando se le daba la gana y abandonaba cuando se le daba la gana, de modo que no resultaba fácil saber cuándo terminaba la carrera. Sin embargo, cuando ya hacía una media hora

que estaban corriendo y todos estaban ya bastante secos, el Dodo gritó de repente:

—¡Terminó la carrera!

Todos se apiñaron a su alrededor, jadeantes, y preguntaron:

—Pero ¿quién ganó?

Esta era una pregunta a la que el Dodo no podía responder sin antes pensarlo concienzudamente. De modo que se quedó ahí parado durante un largo rato con el dedo apoyado en la sien (más o menos con el gesto con que suele vérselo a Shakespeare en los retratos), mientras el resto de la compañía aguardaba en silencio.

Por fin el Dodo dijo:

—*Todos ganaron y todos merecen un premio.*

— Pero ¿quién va a entregar los premios —preguntaron varios a coro.

—¡Qué pregunta! ¡*Ella*, por supuesto! —dijo el Dodo y la señaló a Alicia con un dedo.

De modo que toda la compañía se apiñó alrededor de Alicia haciendo barullo y gritando:

—¡Queremos premios! ¡Queremos premios!

Alicia no tenía la menor idea de qué hacer y, en su desesperación, se puso la mano en el bolsillo y sacó una cajita de confites (afortunadamente no se habían mojado con el agua salada), y los repartió como si fuesen premios. Hubo uno para cada uno, exactamente.

—Pero ella también merece un premio, ¿no es cierto? —dijo el Ratón.

—Claro —dijo el Dodo con toda seriedad y luego, dirigiéndose a Alicia: — ¿Qué más tienes en el bolsillo?

—Un dedal, nada más —dijo Alicia algo compungida.

—¡Dámelo! —dijo el Dodo.



Y todos volvieron a apiñarse para ver cuando el Dodo le entregaba solemnemente el dedal diciendo:

—Te rogamos que aceptes este elegante dedal...

Al concluir el breve y emocionante discurso todos vitorearon.

Alicia pensó que todo eso resultaba muy absurdo, pero los demás parecían tan convencidos que no se atrevió a reír y, como no se le ocurría nada que decir, se limitó a aceptar el dedal con una reverencia, tratando de parecer lo más solemne posible.

Acto seguido hubo que comer los confites. Esto provocó algún alboroto y bastante confusión, ya que los pájaros más grandes se quejaban de que ni siquiera habían podido sentirle el gusto mientras los más pequeños se atragantaban y había que palmeárselos la espalda. Pero la ceremonia concluyó por fin y todos volvieron a sentarse en ronda y le rogaron al Ratón que les contase algo más.

—Usted prometió contarme su historia, ¿recuerda? —dijo Alicia—, y el porqué de su odio a los... a los G y a los P —agregó en un murmullo, algo temerosa de haber ofendido una vez más a su interlocutor.

—¡La mía es una historia larga y triste! —dijo el Ratón volviéndose hacia Alicia—. ¡Una historia que trae cola!

—Entiendo que sea larga, y que traiga cola —dijo Alicia bajando los ojos y mirando la del Ratón, que resultaba admirable—. Pero ¿por qué dice usted que es una historia triste?

Y mientras el Ratón la contaba ella no pudo dejar de pensar ni por un momento que traía cola, de modo que se la imaginó más o menos así:

Furia encontró
un ratón y le
dijo de impro-
viso: “Vayamos
los dos a juicio,
que yo te quie-
ro pleitear.
Vamos ya,
no acepto ex-
cusas. Vamos
al tribunal que
en este día
invernal no
tengo nada
que hacer.”
“Un juicio
así, mi se-
ñor, sin jura-
dos y sin juez,
es echar tiem-
po a perder”,
le dijo el Ra-
tón al can. “Yo
seré juez
y jurado”,
dijo Furia,
el muy tai-
mado, “y te
condeno a
morir para
que se
haga
jus-
ti-
cia”.

—¡No estás prestando atención! —la reprendió el Ratón—. ¿En qué estabas pensando?

—Lo siento mucho —dijo Alicia humildemente—. Creo que iba por la quinta vuelta, ¿no?

—¡No! ¡No iba por la quinta vuelta! —chilló el Ratón furioso—. Apenas si había llegado al nudo...

—¡Un nudo! ¿Se le hizo un nudo? —se interesó Alicia, mirando a su alrededor y dispuesta como siempre a mostrarse útil—. Por favor, permítame ayudarlo a deshacerlo...

—¡Claro que no! —dijo el Ratón, poniéndose de pie y alejándose—. ¡Me insultas diciendo esas pavadas!

—No fue mi intención —se disculpó la pobre Alicia—. ¡Es que usted se ofende de nada!

El Ratón se limitó a gruñir por toda respuesta.

—¡Por favor, vuelva y termine su cuento! —suplicó Alicia.

Y los demás se le unieron a coro:

—¡Sí, por favor!

Pero el Ratón sólo sacudió la cabeza con impaciencia y siguió alejándose a paso aún más vivo.

—¡Qué lástima que no quiso quedarse! —suspiró el Loro en cuanto lo perdieron de vista.

Y una vieja Cangreja aprovechó para decirle a su hija:

—¡Ya ves, hija! ¡Que esto te sirva de lección! ¡No hay que perder los estribos!

—¡Cállate la boca, ma! —replicó la Cangrejita de mala manera—. ¡Serías capaz de hacerle perder la paciencia a una ostra!



—¡Ojalá estuviese Dinah aquí! —dijo Alicia en voz alta sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Ella sí que lo traería de vuelta enseguida!

—¿Y quién es Dinah, si se puede saber? —preguntó el Loro.

Alicia respondió con mucho entusiasmo porque siempre estaba dispuesta a hablar de su mascota.

—Dinah es nuestra gata. ¡Y es una campeona cazando ratones! ¡Usted ni se imagina! Y eso no es todo: me gustaría que la viese cuando persigue pajaritos... ¡Se los traga en un abrir y cerrar de ojos!

Este discurso provocó un considerable efecto en todo el grupo. Algunos pájaros se volaron de inmediato; una vieja Urraca comenzó a arroparse cuidadosamente mientras decía:

—No voy a tener más remedio que irme a casa cuanto antes: este airecito nocturno le hace pésimo a mi garganta...

Y un Canario llamaba a sus hijitos con voz temblorosa:

—¡Vamos, vamos, queriditos! Ya es hora de ir a la cama.

Con un pretexto o con otro, todos se fueron alejando y muy pronto Alicia se quedó sola.

—¡Ojalá no hubiese hablado de Dinah! —se dijo con voz lastimera—. Aquí nadie parece quererla, ¡y eso que es la mejor gata del mundo! ¡Ay, Dinita querida! ¡No sé si te volveré a ver!

Y al llegar aquí la pobre Alicia se puso a llorar nuevamente, porque se sentía muy sola y muy abatida. Pero un ratito después volvió a oír el repiqueteo de los pasitos a lo lejos y levantó la vista con ansiedad, con la secreta esperanza de que el Ratón hubiese cambiado de opinión y estuviese regresando para concluir su historia.

Capítulo IV

Haciéndole mandados al Conejo

ERA EL CONEJO BLANCO, que volvía al trote lento, mientras miraba con ansiedad hacia todos lados, como si hubiese perdido algo. Se lo oía murmurar:

—¡Ay, la Duquesa, la Duquesa! ¡Ay, mis patitas! ¡Ay, mi pielcita! ¡Ay, mis bigotes! Me va a mandar matar. Seguro que me manda matar. Tan seguro como que existen los hurones. ¿Dónde pude haberlos dejado caer?

Alicia se dio cuenta enseguida de que lo que el Conejo estaba buscando era el abanico y los guantes de cabritilla, y también ella se puso a buscar con la mejor buena voluntad. Pero no estaban por ninguna parte; todo parecía haber cambiado desde la época de su zambullida en el charco de lágrimas, y el gran vestíbulo, con su mesa de vidrio y su puertita, había desaparecido sin dejar rastros.

No pasó demasiado tiempo antes de que el Conejo notara la presencia de Alicia, que iba de un lado al otro buscando los objetos perdidos, y le gritara de muy mal talante:

—¡Caramba, Ana María! ¿Me quiere decir qué es lo que está haciendo usted acá? ¡Vaya corriendo a casa inmediatamente y tráigame un par de guantes y un abanico! ¡Rápido, vamos!

Y Alicia se asustó tanto que salió corriendo de inmediato hacia donde señalaba el Conejo, sin tratar siquiera de explicarle que había cometido una equivocación.

—Me confundió con su mucama —se decía mientras corría—. ¡Qué sorpresa se va a llevar cuando se dé cuenta de quién soy! Pero va a ser mejor que le lleve el abanico y los guantes... es decir, si logro encontrarlos.

Cuando terminó de decir esto llegó frente a una casita muy pulcra en cuya puerta había una placa de bronce reluciente que tenía grabadas las palabras “**C. BLANCO**”.

Entró sin golpear y subió a toda velocidad las escaleras. Tenía mucho miedo de toparse de pronto con la auténtica Ana María y de que la pusiesen de patitas en la calle antes de haber tenido tiempo de encontrar el abanico y los guantes.

—¡Qué extraño que me resulta esto de hacerle mandados a un conejo! —se decía Alicia—. ¡Supongo que en cualquier momento también Dinah va a empezar a mandarme de un lado al otro con encargos!

Y empezó a imaginar lo que podría llegar a suceder:

—“¡Señorita Alicia! ¡Venga acá de inmediato y prepárese para su paseo!” “En un ratito voy, *Mademoiselle*, pero ahora no puedo; tengo que quedarme aquí vigilando esta cueva hasta que Dinah vuelva para que el ratón no se escape.” ¡Sólo que no creo que la dejen a Dinah seguir alojándose en la casa si se le da por empezar a mandonear así a todo el mundo!

Para entonces Alicia ya había logrado entrar en una pequeña habitación perfectamente ordenada. Había una mesa junto a la ventana y, sobre la mesa (tal como Alicia había supuesto), un abanico y dos o tres pares de diminutos guantes de cabritilla: recogió el abanico y un par de guantes y estaba a punto de dejar la habitación cuando vio una botellita apoyada cerca del espejo. No tenía etiqueta alguna que dijese “**BÉBEME**”, pero de todos modos Alicia la descorchó y se la acercó a los labios.

—Lo que sé es que siempre me sucede *algo* interesante cuando como o bebo algo —se dijo—; de modo que sólo esperaré a ver qué hace esta botella. ¡Espero que me haga crecer de nuevo, porque la verdad es que ya estoy cansada de ser una cosita tan insignificante!

Y la hizo crecer nomás, y mucho más rápido de lo que ella había esperado; antes de haber bebido la mitad del contenido, notó que tenía la cabeza pegada al cielorraso y tuvo que agacharse para evitar que se le quebrase el cuello. Dejó de inmediato la botella mientras se decía:

—Ya es suficiente... espero no crecer más... Ya ni siquiera voy a poder salir por la puerta... ¡Ojalá no hubiese bebido tanto!

¡Lamentablemente, era demasiado tarde para arrepentirse! Alicia siguió creciendo y creciendo sin parar. Muy pronto tuvo que arrodillarse en el suelo, y un momento después ya ni siquiera tenía sitio para eso. Intentó entonces otra posición: acostada, con el codo contra la puerta y el otro brazo rodeando la cabeza. Pero seguía creciendo y, como último recurso, tuvo que sacar un brazo por la ventana y un pie por la chimenea, mientras se decía:

—Es lo más que puedo hacer. Pase lo que pase ya no puedo hacer nada más. ¿Qué será de mí?

Felizmente para Alicia se había agotado por fin la magia de la botellita y el crecimiento se detuvo. De todos modos se sentía sumamente incómoda, y a nadie puede sorprenderle que se sintiese también sumamente desdichada, si se tiene en cuenta que no parecía haber la menor posibilidad de que pudiese volver a salir de esa habitación.

—Era mucho más lindo antes —se decía la pobre Alicia— cuando vivía en mi casa, y no tenía que pasarme

la vida agrandándose y achicándose ni aguantando que los conejos y los ratones me diesen órdenes todo el tiempo. Casi casi ya estoy arrepentida de haber bajado por la madriguera... aunque... aunque una vida como la que se vive acá no deja de resultar interesante... ¡Me pregunto qué me puede haber sucedido! Cuando leía cuentos de hadas pensaba que esas cosas no sucedían nunca de verdad, ¡y ahora estoy adentro de uno de esos cuentos! ¡Tienen que escribir un libro acerca de mí! Yo misma voy a escribirlo cuando crezca...

Se interrumpió y agregó luego, con voz apenada:

—¡Pero si ya crecí del todo!... Al menos no creo que tenga oportunidad de crecer más mientras esté adentro de esta habitación...

“Pero entonces”, pensó Alicia, “¿nunca voy a ser mayor de lo que soy ahora? En cierto modo es un consuelo... no voy a convertirme nunca en una vieja... Pero entonces... ¡voy a tener que seguir estudiando lecciones para siempre! Ah, no, ¡eso sí que no me gusta nada!

—No seas tontita, Alicia —se repondió ella misma— ¿Cómo harías para estudiar tus lecciones aquí adentro? ¿No te das cuenta de que apenas si hay lugar para ti y mucho menos para tus libros de texto?

Y así siguió, adoptando primero un punto de vista y luego el contrario hasta armar una especie de conversación muy animada. Pero al rato oyó una voz afuera y dejó de hablar para prestar atención.

—¡Ana María! ¡Ana María! —gritaban—. ¡Tráigame esos guantes de inmediato!

Luego se oyeron pasitos en la escalera. Alicia se dio cuenta de que era el Conejo que la venía a buscar y se estremeció del susto hasta hacer temblar todas las paredes de la casa, sin acordarse de que ahora era unas mil veces

más grande que el Conejo y que ya no había razón para que le tuviese miedo.

El Conejo se dirigió de inmediato a la puerta de su habitación e intentó abrirla, pero como la puerta se abría hacia adentro y el codo de Alicia estaba apretado contra ella, su intento terminó en un fracaso.

Alicia lo oyó decirse:

—Entonces voy a dar la vuelta y voy a entrar por la ventana.

“¡Eso si yo te dejo!”, pensó Alicia, y luego de esperar hasta que le pareció oír que el Conejo estaba justo debajo de la ventana, abrió de golpe la mano y manoteó en el aire. No logró atrapar nada, pero oyó un chillidito y el ruido de una caída, y un estruendo de vidrios rotos, de lo que dedujo que era muy posible que el Conejo se hubiese caído en un invernáculo de pepinos o algo por el estilo.

A continuación se oyó una voz enojada, la del Conejo:

—¡Patricio! ¡Patricio! ¿Dónde te has metido?

Y luego otra voz, que Alicia no había oído nunca antes:

—¡Acá estoy, su señoría! ¡Desenterrando manzanas! (decía “señoguía” y “desentegando”, con acento francés, y siempre se confundía “manzanas” con “papas”).

—¡Desenterrando manzanas! ¡Claro! ¡Desenterrando manzanas, nada menos! —dijo el Conejo furioso—. ¡Ven y ayúdame a salir de aquí enseguida!

(Más ruido a vidrios rotos.)

—Ahora, dime, Patricio: ¿qué es lo que ves ahí en la ventana?

—Un bgazo, clago está. Un bgazo, eso es lo que es, señoguía.

—¡Un brazo, pedazo de pavote! ¿Quién vio nunca un

brazo de ese tamaño? ¿No te das cuenta de que llena toda la ventana?

—Oui, sí que la llena, señoguía, pego igual es un bgazo.

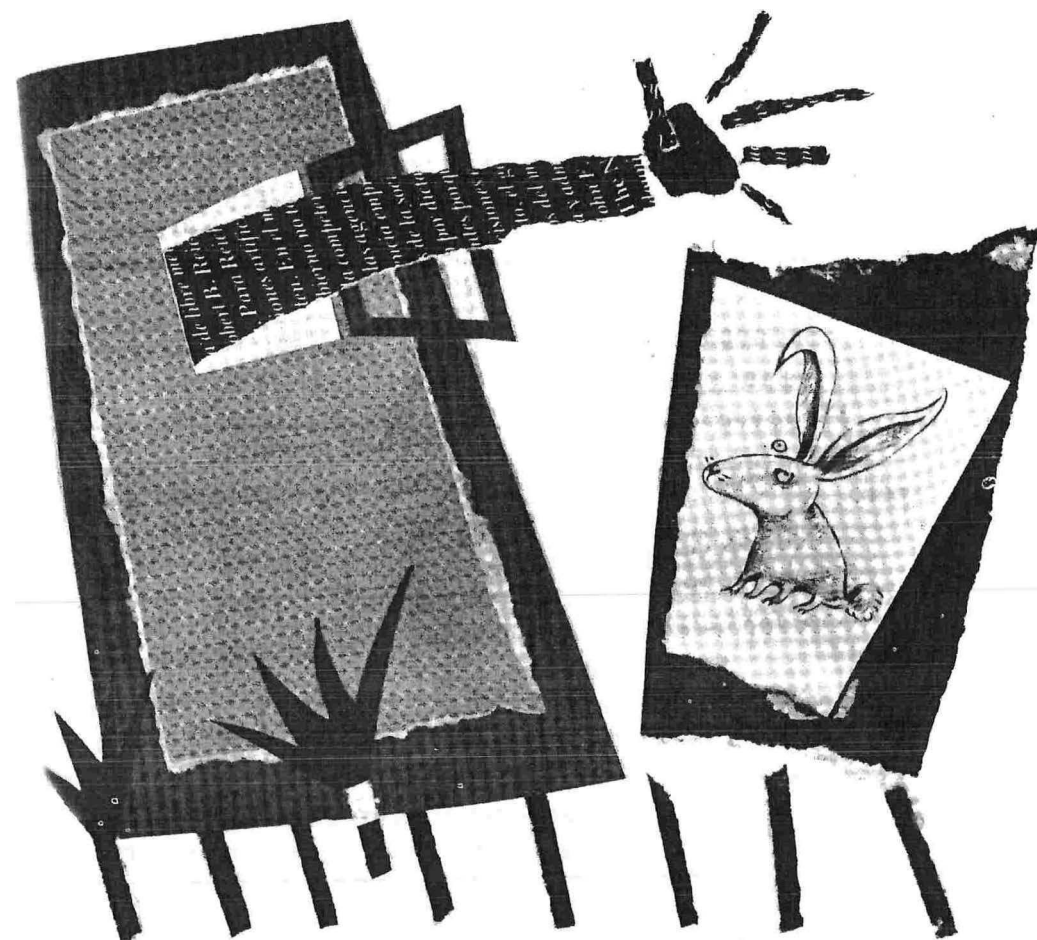
—Bueno, no tiene nada que hacer acá de cualquier manera, así que ¡sácalo ya mismo, Patricio!

Siguió un largo silencio en el que Alicia sólo pudo oír murmullos de tanto en tanto, tales como “Clago que no me gusta, señoguía, no me gusta nada ese bgazo...” “¡Haz lo que te dije, pedazo de cobarde!”. Luego Alicia volvió a abrir la mano y la cerró de golpe buscando de atrapar algo.

Esta vez fueron dos los chilliditos y muchos más los vidrios rotos.

“¡Qué cantidad de invernáculos de pepinos que tiene esta gente!”, pensó Alicia. “Me pregunto qué harán ahora. Con respecto a esa idea que tienen de sacarme de la ventana, ¡ojalá pudieran hacerlo! ¡Por mi parte no tengo el menor interés en quedarme aquí ni un minuto más!

Esperó un rato sin que se oyera nada más: por fin se acercó el rodar de una carretilla y el sonido de unas cuantas voces hablando todas juntas. Pudo distinguir algunas palabras: “¿Dónde está la otra escalera?... ¡Ah, no sé! ¡Yo tenía que traer una sola!... La otra la tiene Guille... ¡Guille, trae esa escalera acá, muchacho!... Aquí, en este rincón... No, primero tienen que atarlas... No llegan hasta arriba... Sí que llega, no seas porfiado... ¡Vamos, Guille, arriba! Atrapa la sog... ¿Aguantaré el techo?... Cuidado con esa teja suelta... ¡Se cae... se cae! ¡Cuidado las cabezas! (un estruendo)... ¿Quién fue?... Guille, supongo... ¿Quién es el que va a bajar por la chimenea?... No, yo no, ni loco. ¡Hazlo tú!... ¡Ni pienso!... Y yo menos... Que baje Guille... ¡Eh, Guille! Dice el patrón que tienes que bajar por la chimenea!”.



—De modo que Guille tiene que bajar por la chimenea... se dijo Alicia—. ¡Parece que todos confían en Guille! Bueno, no me gustaría estar en el lugar de Guille por todo el oro del mundo... No hay demasiado sitio aquí adentro pero me parece que puedo patear un poquito.

De modo que metió el pie lo más adentro que pudo en la chimenea y esperó hasta que oyó que un animalito (era imposible adivinar de qué clase) comenzó a arrastrarse por el interior de la chimenea muy cerca de donde estaba su pie.

Entonces se dijo:

—¡Ahí viene Guille!

Pateó con fuerza y esperó a ver qué sucedía.

Lo primero que oyó fue muchas voces gritando a coro:

—¡Allá va Guille!

Y luego la voz del Conejo que decía:

—¡A ver ustedes, los que están junto al cerco: recójalo!

Luego siguió un silencio y otra vez una confusión de voces:

—Sosténganle la cabeza...

—Denle cognac... Cuidado: no lo atoren...

—¿Cómo fue, viejo? ¿Qué te pasó? ¡Cuéntanos todo!

Por fin se oyó una vocecita débil y chillona ("Ese ha de ser Guille", pensó Alicia):

—Bueno, no sé bien... No, gracias, no quiero más, ya estoy mejor... Pero estoy muy aturdido para contarles... Lo único que sé es que de pronto se me vino algo encima, como cuando uno destapa una caja de sorpresas, y salió disparado como un cohete!



—¡Así saliste tú, viejo!

—¡Vamos a tener que prenderle fuego a la casa!
— dijo la voz del Conejo.

Y Alicia gritó lo más fuerte que pudo:

—¡Si hacen eso les mando a Dinah!

De inmediato se hizo un gran silencio y Alicia pensó:

“Me pregunto qué harán ahora... Si tuvieran dos dedos de frente sacarían el techo”.

Un ratito después volvieron a notarse movimientos y Alicia notó que el Conejo decía:

—Con un barril alcanza, para empezar.

“¿Un barril de qué?”, pensó Alicia. Pero no tuvo demasiado tiempo para cavilar porque un instante después una andanada de guijarros entró por la ventana y algunos le golpearon la cara.

“Voy a acabar con esto de una vez”, se dijo y gritó hacia afuera:

—¡Ni se les ocurra volver a hacer eso!

Y su amenaza provocó un nuevo silencio sepulcral.

Alicia notó, con cierta sorpresa, que los guijarros se iban transformando en pastelitos a medida que caían al suelo y se le ocurrió una idea brillante.

“Si como algunos de estos pastelitos”, pensó, “casi seguro que cambio de tamaño. Y, como ya no puedo seguir creciendo, voy a tener que achicarme... Espero...”.

De modo que se tragó uno y notó, para gran alegría, que empezaba a encoger a toda velocidad. En cuanto tuvo el tamaño suficiente para pasar por la puerta, salió corriendo de la casa y se encontró con una muchedumbre de animalitos y de pájaros que estaban aguardando. Guille, la

pequeña Lagartija, estaba en el centro, sostenido por dos cobayos que le daban algo de beber de una botella. Todos corrieron hacia Alicia en cuanto la vieron salir pero ella se escapó a toda velocidad y muy pronto se encontró a salvo en medio de un bosque tupido.

—Lo primero que tengo que hacer —se dijo mientras vagaba por el bosque— es recuperar mi tamaño normal. Y luego tengo que ver cómo puedo hacer para llegar a ese jardín tan lindo. Creo que ese es el mejor plan.

Parecía un plan excelente, sin duda, sencillo e impecable; el único problema era que no tenía ni la menor idea de cómo llevarlo a cabo. Y mientras espiaba con ansiedad entre los árboles, un ladridito agudo justo encima de su cabeza hizo que levantara la vista apresuradamente.

Un inmenso cachorrito la miraba con grandes ojos redondos y estiraba tímidamente una pata para tocarla.

—¡Hola, perrito lindo! —dijo Alicia con voz seductora, y trató de chiflarle, pero estaba terriblemente asustada y no podía dejar de pensar que tal vez el cachorrito tuviese hambre y que en ese caso lo más probable era que se la comiese de un bocado a pesar de todos sus arrumacos.

Sin saber muy bien lo que hacía, recogió del suelo un palito y se lo mostró al cachorrito. El cachorrito se puso de pie de un salto con un ladrido de alegría y se abalanzó sobre la ramita, jugando a que la mordía. Entonces Alicia se protegió detrás de un gran cardo para evitar que el cachorro la atropellara y, en cuanto volvió a aparecer por el otro lado, el cachorrito volvió a abalanzarse sobre la ramita, se tropezó y se cayó en el apuro por alcanzarla. Entonces Alicia, que no podía dejar de pensar que eso era

algo parecido a jugar con un caballo de tiro y que corría el riesgo de ser arrollada bajo sus patas todo el tiempo, volvió a esconderse detrás del cardo. Entonces el cachorro comenzó con una serie de breves arremetidas al palito, que consistían en pequeñas carreritas hacia adelante seguidas de largas retiradas hacia atrás, mientras lanzaba ladridos roncós todo el tiempo, hasta que por fin se sentó a cierta distancia, jadeando, con la lengua afuera y los ojos entrecerrados.

A Alicia le pareció que ésa era una buena oportunidad para escapar; de modo que empezó a correr de inmediato y siguió corriendo sin parar hasta quedar sin aliento y hasta que los ladridos del cachorrito se fueron acallando a lo lejos.

—¡Y qué amoroso que era! —dijo Alicia, apoyándose en una anémona para recuperar el aliento y abanicándose con una de sus hojas—. Me habría encantado enseñarle algunas pruebas si sólo... ¡si sólo hubiese sido del tamaño adecuado! ¡Ay, Dios! ¡Ya casi me olvidaba de que lo que tenía que hacer era volver a crecer! A ver... ¿y cómo se hará eso? Supongo que tendré que comer o beber alguna otra cosa... Pero la cuestión es saber *qué* cosa.

No cabía duda de que esa era la gran cuestión: qué cosa.

Alicia miró las flores y las briznas de pasto que había a su alrededor, pero no logró ver nada que pareciese apropiado para comer o para beber en esas circunstancias.

Cerca de donde ella estaba crecía un gran hongo, aproximadamente de su misma estatura, y, luego de mirar y ver que no había nada especial debajo, detrás y ni al lado del hongo, tuvo la genial idea de mirar para ver si había algo encima.

Se puso en puntas de pie, espió por sobre el borde y sus ojos tropezaron de inmediato con los ojos de una gran oruga azul, que estaba sentada allí arriba, de brazos cruzados, fumando tranquilamente un largo narguile sin hacer el menor caso de ella ni de ninguna otra cosa.

Capítulo V

Los consejos de una oruga

LA ORUGA Y ALICIA se miraron una a la otra en silencio durante algún tiempo; por fin la Oruga se quitó la boquilla del narguile de los labios y preguntó con voz lánguida y soñolienta dirigiéndose a Alicia:

—¿Y tú quién eres?

No era un comienzo muy prometedor para una conversación. Alicia respondió, con cierta timidez:

—N-n-no estoy del todo segura, señora. Puedo decirle quién era esta mañana, cuando me desperté, pero me parece que me cambiaron varias veces desde entonces.

—¿Qué quieres decir? —la increpó la Oruga con severidad—. ¡Explícate!

—Lo siento, señora, pero no me puedo explicar porque no me entiendo. Y no me entiendo porque yo ya no soy yo, ¿vivo?

—No, no vi —replicó la Oruga.

—Mucho me temo que no puedo aclararle las cosas —dijo Alicia con toda amabilidad —porque yo misma no las veo nada claras. No me entiendo. ¡Eso de andar cambiando de tamaño a cada rato confunde mucho!, ¿no le parece?

—No, no me parece —replicó la Oruga.

—Bueno, tal vez a usted no le parezca por ahora —dijo Alicia— pero espere a que le llegue la hora de transformarse en una crisálida (tarde o temprano le va a

suceder, ¿sabe?), y después en una mariposa... ¡Ya me va a decir entonces si no se siente un poquitito rara! ¿No le parece que se va a sentir rara?

—No, en lo más mínimo —replicó la Oruga.

—Bueno, tal vez usted y yo no tengamos el mismo modo de ver las cosas —dijo Alicia—. Lo que sé es que yo *sí* que me sentiría rara si me convirtiese en mariposa.

—¡Tú! —dijo la Oruga con desprecio—. ¿Y quién eres tú?

Y de ese modo regresaron al comienzo de la conversación. A Alicia la irritaba un poco que la Oruga colaborase tan poco con el diálogo y se limitase a unos comentarios *tan* escuetos, de modo que se irguió algo ofendida y dijo solemnemente:

—Me parece que le corresponde a *usted* decirme quién es primero.

—¿Por qué? —preguntó la Oruga.

¡Otra pregunta difícil! Alicia no podía pensar en ningún buen motivo y, dado que la Oruga parecía estar de pésimo humor, optó por dar media vuelta y alejarse.

—¡Vuelve acá! —le gritó la Oruga—. ¡Tengo algo importante que decirte!

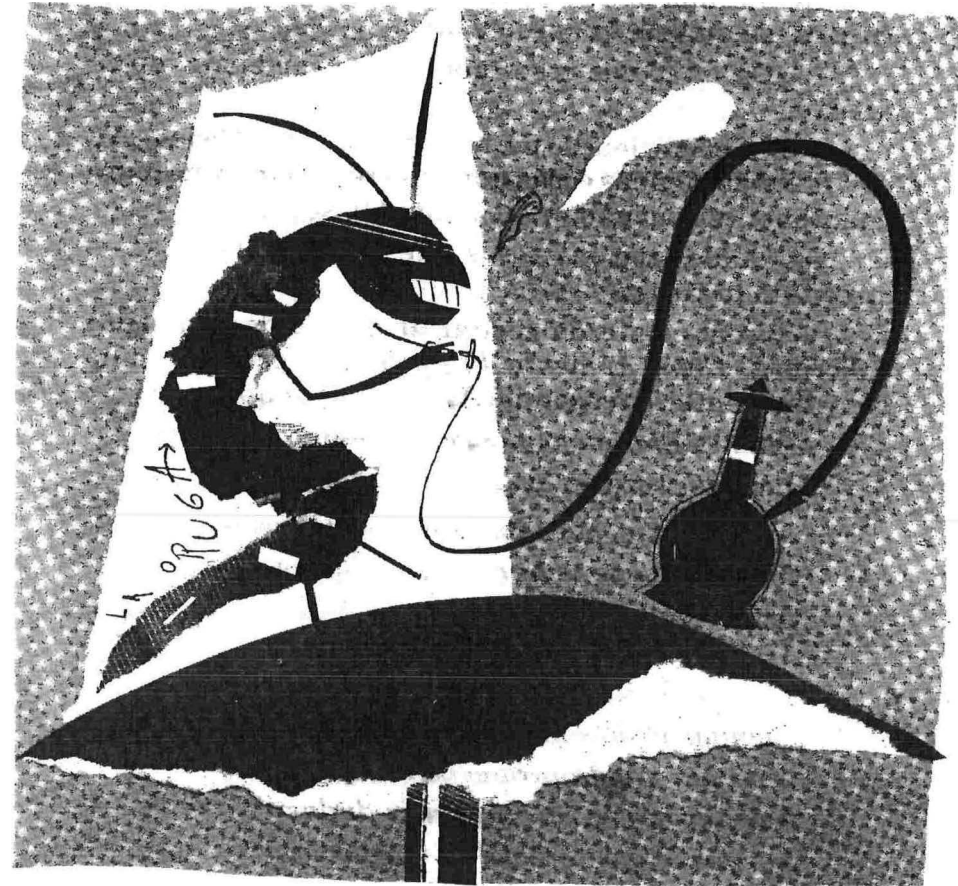
Sus palabras sonaban alentadoras, de modo que Alicia giró sobre sí misma y regresó.

—¡No pierdas los estribos! —dijo la Oruga.

—¿Eso es todo? —preguntó Alicia, haciendo lo posible por tragarse la rabia.

—No —dijo la Oruga.

Alicia pensó que no perdía nada con aguardar un rato, ya que no tenía nada mejor que hacer; tal vez la Oruga terminase por contarle algo que valiese la pena escuchar.



Siguió pitando durante algunos minutos más sin pronunciar una sola palabra, pero por fin se descruzó de brazos, se quitó la boquilla y dijo:

—¿De modo que crees que te han cambiado, no es cierto?

—Sí, señora, mucho me temo que sí —dijo Alicia—. Ya no recuerdo algunas cosas que solía recordar... y no logro mantener mi tamaño ni diez minutos seguidos.

—¿Cuáles son las cosas que ya no recuerdas? —preguntó la Oruga.

—Bueno, traté de recitar el poema de la abejita laboriosa, *Cómo aumenta la abejita...*, ¡pero me salió muy diferente! —respondió Alicia con voz apenada.

—Recita *Eres viejo, padre mío* —dijo la Oruga.

Alicia se cruzó de brazos y comenzó:

—*Eres viejo, padre mío —dijo el joven—,
los cabellos se te han puesto blancos,
pero aún de cabeza te paras,
¿te parece correcto a tus años?*

*Tiempo atrás —dijo el padre a su hijo—
temí que eso dañara el cerebro,
hoy por hoy ya no tengo más dudas
porque sé que cerebro no tengo.*

*Eres viejo, padre mío, repito,
y te has puesto grasiento y obeso
pero aún te das vuelta carnero:
dime, papi, cómo es que haces eso.
Cuando joven —le dijo el anciano—
me ocupé de aceitar bien mis miembros.*

*Este ungüento es genial, mi muchacho:
a un chelín el frasquito lo vendo.*

*Eres viejo, mandíbulas flojas,
sólo debes tragar ya papillas,
mas del ganso comiste hasta el pico
¿cómo explicas esta maravilla?*

*Fui abogado de joven —le dijo—.
Con mi esposa charlaba los casos:
mi quijada se volvió poderosa,
y el vigor aun me dura, muchacho.*

*Estás viejo —dijo el joven—, y creo
que tus ojos no ven casi nada,
pero en la nariz hamacaste una anguila,
¿cómo haces, papá, esas monadas?*

*Contesté tres preguntas y basta,
ya me hartaste con tantas pavadas.
Ya no me hagas perder más el tiempo.
¡Vamos, fuera! o te echo a patadas.*

—No lo dijiste bien —dijo la Oruga.

—No, creo que no lo dije *del todo* bien —dijo Alicia tímidamente—; creo que algunas palabras salieron diferentes.

—Está *todo* mal, de cabo a rabo —dijo la Oruga con decisión, y luego hubo un rato de silencio.

La Oruga fue la primera en volver a hablar.

—¿De qué tamaño quieres ser? —preguntó.

—Oh, no soy quisquillosa con las cuestiones de tamaño —respondió Alicia de inmediato—; lo que no me gusta es eso de andar cambiando tan a menudo, ¿sabe?

—No, *no* sé —dijo la Oruga.

Alicia no dijo nada: jamás en la vida la habían contradicho tanto y tenía la sensación de que estaba perdiendo la paciencia.

—¿Estás satisfecha con el tamaño que tienes ahora? —preguntó la Oruga.

—Bueno, me gustaría ser un *poquitín* más grande, señora, si no es molestia —dijo Alicia—. ¡Diez centímetros son tan poca cosa!

—¡Diez centímetros es una altura estupenda! —dijo la Oruga muy enojada, alzándose en toda su estatura mientras hablaba (medía exactamente diez centímetros).

—Sí, pero yo no estoy acostumbrada —rogó la pobre Alicia con voz lastimera, mientras pensaba “¡Ojalá que estas criaturas no se ofendieran con tanta facilidad!”.

—Ya te acostumbrarás con el tiempo —dijo la Oruga, y se volvió a acercar la boquilla para seguir fumando.

Esta vez Alicia esperó pacientemente a que la Oruga decidiese volver a hablar. Un momento después volvió a sacarse la boquilla, bostezó un par de veces y se sacudió. Luego bajó del hongo y comenzó a arrastrarse por el pasto, limitándose a señalar, a medida que se alejaba:

—Un lado te hará crecer, y el otro lado te hará encoger.

“¿Un lado de *qué*? ¿El otro lado de *qué*?”, pensó Alicia.

—Del hongo —dijo la Oruga, como si hubiese oído sus pensamientos, y un instante después ya estaba fuera del alcance de su vista.

Alicia se quedó mirando pensativamente el hongo durante un buen rato, tratando de resolver cuáles eran sus dos lados, pero, como el hongo era perfectamente redondo, resultaba muy difícil el acertijo. Sin embargo, finalmente estiró lo más que pudo ambos brazos como para abrazarlo y arrancó un pedacito del borde con cada mano.

—Y ahora ¿cuál es cuál? —se preguntó, y mordisqueó un poquito del que tenía en la mano derecha para probar qué efecto hacía.

De inmediato sintió un fuerte golpe debajo del mentón: ¡se había chocado con el pie!

Alicia se asustó mucho de un cambio tan brusco, pero sintió que no había tiempo que perder, ya que encogía a gran velocidad, y que debía poner manos a la obra de inmediato. De modo que dio un mordisquito al otro pedazo. Tenía el mentón tan apretado contra el pie que apenas si pudo abrir la boca, pero lo logró por fin y consiguió tragar un bocado del pedazo de hongo de la mano izquierda.

—¡Por fin se me soltó la cabeza! —dijo Alicia con tono de alivio, que se convirtió en alarma al momento siguiente, cuando descubrió que no podía encontrar sus hombros por ninguna parte: todo lo que podía ver cuando miraba hacia abajo era un larguísimo cuello, que parecía erguirse como una caña de entre un mar de hojas verdes que estaban muy por debajo de ella.

—¿Qué será eso verde que se ve allá abajo? —se preguntó Alicia—. ¿Y adónde se fueron mis hombros? ¡Y mis manos! ¿Dónde están mis manitos que no las veo?

Las movía mientras hablaba, pero no parecía suceder nada especial, sólo un cierto estremecimiento allá abajo en el follaje.

Ya que no parecía haber la menor posibilidad de levantar sus manos hasta su cabeza, trató de bajar la cabeza hasta las manos, y se sintió encantada al comprobar que el cuello podía curvarse fácilmente en cualquier dirección, como una serpiente. Acababa de curvarlo con toda gracia en un hermoso zig-zag y estaba a punto de zambullirlo en medio del follaje —que no resultó ser otra cosa que las copas de los árboles bajo los cuales había estado deambulando un rato antes— cuando un agudo silbido la hizo volverse atrás apresuradamente: una enorme paloma había volado hasta su cara y la abofeteaba violentamente con las alas.

—¡Serpiente! —chilló la Paloma.

—¡No soy una serpiente! —dijo Alicia indignada—. ¡Déjeme en paz!

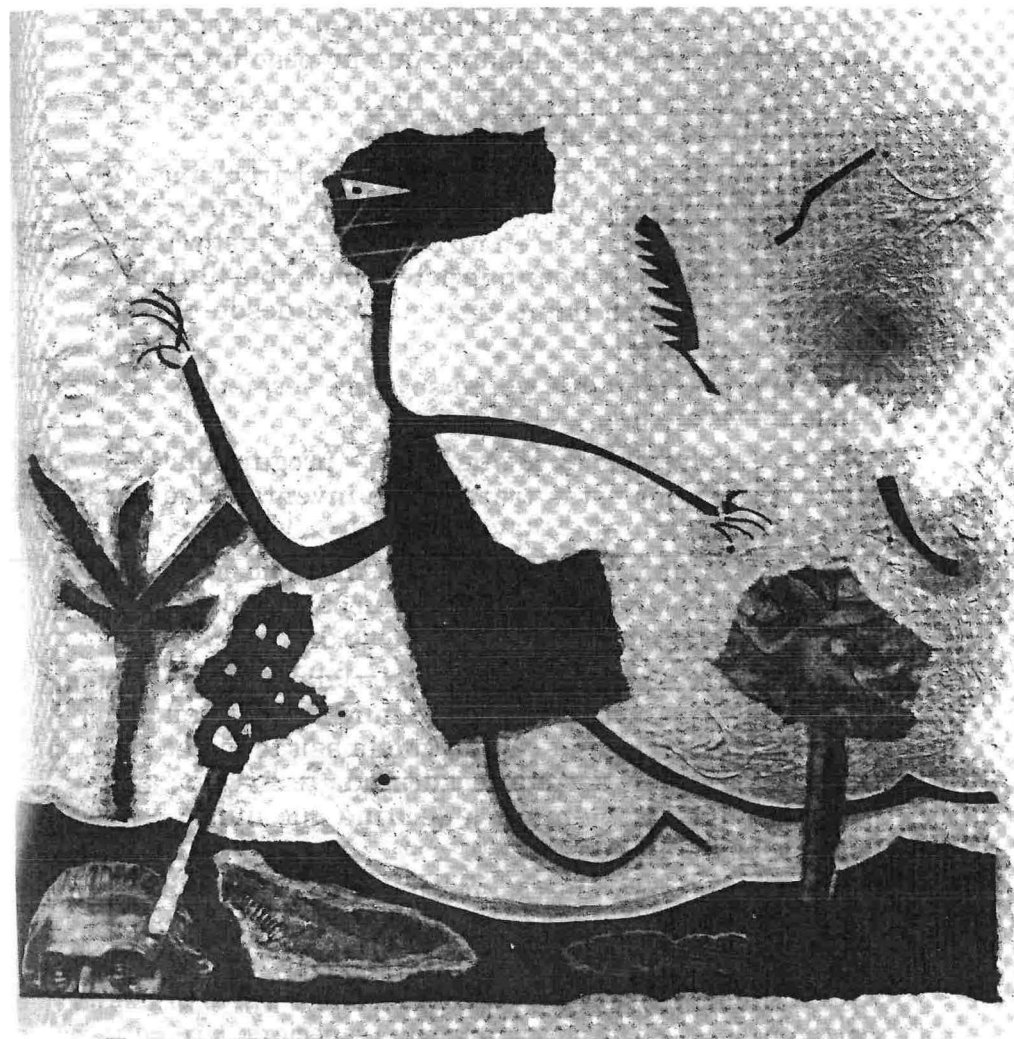
—¡Serpiente: lo digo y lo repito! —volvió a decir la Paloma, pero con un tono más moderado, y agregó, con una especie de sollozo: —¡Ya lo he intentado todo, pero nada da resultado con ellas!

—No tengo la menor idea de lo que está hablando —dijo Alicia.

—He intentado las raíces de los árboles, las orillas de los ríos, los cercos... —siguió diciendo la Paloma, sin hacerle caso—. ¡Pero esas malditas serpientes! ¡No hay modo de deshacerse de ellas!

Alicia estaba cada vez más intrigada pero pensó que no tenía sentido decir nada más hasta que la Paloma no terminase de hablar.

—¡Como si no tuviese suficiente con tener que empollar los huevos! —se quejaba la Paloma—. ¡Encima me



tengo que pasar día y noche vigilando que no vengan las serpientes! ¡Hace tres semanas que no pego un ojo!

—Lamento mucho que se haya disgustado —dijo Alicia, que comenzaba a comprender.

—¡Y justo ahora que me instalé en el árbol más alto del bosque —siguió diciendo la Paloma, aflautando la voz hasta transformarla en un chillido—, y justo cuando había empezado a pensar que por fin me había librado de ellas, se les ocurre bajar zigzagueando desde el cielo! ¡Puaj! ¡Serpientes!

—Pero le digo que yo *no* soy una serpiente —dijo Alicia—. Yo soy una... una...

—¡Y bien! ¿Qué es lo que eres? —preguntó la Paloma—. Ya veo que estás tratando de inventar algo para salir del paso...

—Yo soy una... una nena —dijo Alicia, no demasiado convencida, ya que recordaba la gran cantidad de transformaciones que había sufrido en ese día.

—¡Linda historia! —exclamó la Paloma con el mayor de los desprecios—. He visto muchísimas nenas en mi vida, ¡pero ninguna con un cuello así, te lo aseguro! ¡No y no! Eres una serpiente y de nada te sirve negarlo. ¡Supongo que también vas a decirme que nunca en tu vida probaste un huevo!

—Sí que comí huevos, claro —dijo Alicia, que era una niña incapaz de mentir—, pero las nenas comen huevos tanto como las serpientes, ¿sabía?

—Eso no me lo creo —dijo la Paloma—, pero si fuera cierto, entonces, en mi opinión, son una especie de serpientes.

La idea le resultó tan novedosa a Alicia que se quedó un rato en silencio pensando en ella, de modo que la Paloma tuvo oportunidad de agregar:

—Tú estás buscando huevos, a mí no me engañas, de modo que tanto da que seas una nena o una serpiente.

—A *mí* no me da lo mismo —replicó Alicia—, pero, además, resulta que yo *no* estoy buscando huevos, y si estuviese buscando huevos no querría los suyos: no me gustan los huevos crudos.

—Bueno, ¡fuera de aquí, entonces! —dijo la Paloma en tono sombrío, mientras volvía a acomodarse en el nido.

Alicia se agachó entre los árboles lo mejor que pudo, ya que el cuello se le enredaba con las ramas y tenía que detenerse para desanudarlo a cada rato. Al rato recordó que aún sostenía los dos pedazos de hongo en sus manos, y se puso a trabajar de inmediato, mordisqueando primero un pedacito y luego otro, agrandándose y achicándose, hasta que por fin logró su estatura de siempre.

Hacía tanto que no tenía su tamaño habitual que al principio se sintió un poco rara; pero al rato ya se había acostumbrado y comenzó a hablar consigo misma como hacía siempre:

—¡Bien! ¡Ya completé la mitad de mi plan! ¡Qué extraños son todos estos cambios! ¡Nunca sé en qué me voy a transformar de un momento a otro! Pero por lo menos ya volví a mi tamaño normal. Ahora lo que tengo que hacer es encontrar ese jardín maravilloso... Aunque no sé cómo se hará para llegar.

Mientras decía eso desembocó de pronto en un claro donde había una casa de poco más de un metro de altura.

“Quienquiera que viva ahí”, pensó Alicia, “no puedo ni soñar con aparecerme de *este* tamaño. ¡Pobrecito: se volvería loco del susto!

De modo que comenzó a mordisquear del hongo de la mano derecha otra vez y no se atrevió a acercarse a la

casa mientras no logró encoger hasta una altura de unos treinta centímetros.



Capítulo VI

Cerdo a la pimienta

ALICIA SE QUEDÓ UN par de minutos mirando la casa y preguntándose qué hacer, cuando de pronto salió corriendo del bosque un lacayo (Alicia lo consideró un lacayo porque tenía uniforme de lacayo; de haber juzgado por su cara lo habría considerado un pez), que se acercó a la casa y golpeó ruidosamente la puerta con los nudillos.

Otro lacayo de uniforme abrió la puerta. Tenía la cara muy redonda y grandes ojos saltones de rana. Alicia notó que ambos tenían pelucas empolvadas y llenas de rulos en la cabeza. Sintió curiosidad por saber de qué se trataba y se asomó sigilosamente desde el bosque para escuchar lo que decían.

El Lacayo-Pez comenzó por sacar de debajo del brazo una gran carta, casi tan grande como él mismo, y se la entregó al otro lacayo diciendo, con tono solemne:

—Para la Duquesa. Una invitación de la Reina para jugar al croquet.

El Lacayo-Rana repitió, con idéntica solemnidad, sólo que cambiando un poco el orden de las palabras:

—De la Reina. Una invitación a jugar al croquet para la Duquesa.

Luego ambos se inclinaron ceremoniosamente y sus pelucas rizadas se enredaron.

A Alicia le dio tanta risa que tuvo que correr de vuelta

al interior del bosque por miedo a que la oyeran, y, cuando volvió a asomarse, ya el Lacayo-Pez se había ido y el otro estaba sentado en el suelo junto a la puerta, mirando el cielo con ojos embobados.

Alicia se acercó tímidamente a la puerta y golpeó.

—No tiene ningún sentido que golpees —dijo el Lacayo-Rana—, y no por una sino por dos razones. La primera, porque yo estoy del mismo lado de la puerta que tú. La segunda, porque están haciendo tanto barullo adentro que nadie te podría oír.

Y, efectivamente, estaban haciendo un barullo extraordinario en el interior de la casa: se oían berridos y estornudos incesantes y, de tanto en tanto, un gran estrépito, como de teteras o platos haciéndose trizas.

—Disculpe —dijo Alicia—, pero ¿cómo hago entonces para entrar?

—Tendría algún sentido que golpearas —siguió diciendo el Lacayo sin prestarle atención— si hubiese una puerta entre nosotros. Por ejemplo, si tú estuvieses *adentro*, podrías golpear y yo te dejaría salir, ¿entiendes?

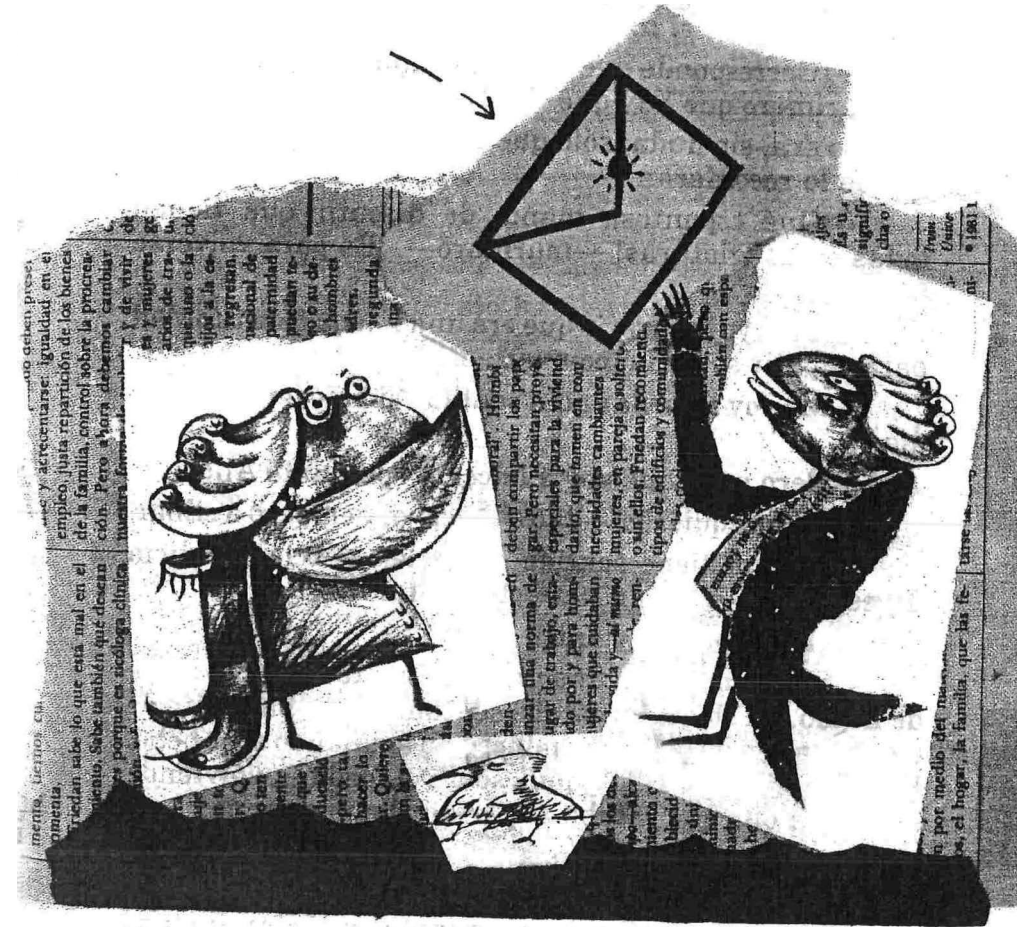
No dejó de mirar el cielo ni por un momento mientras hablaba, cosa que a Alicia le pareció de pésima educación.

“Aunque tal vez no lo pueda evitar el pobre”, pensó; “tiene los ojos casi encima de la cabeza. Pero por lo menos podría contestarme las preguntas...”

—¿Cómo hago para entrar? —repitió en voz alta.

—Yo me voy a quedar aquí sentado —acotó el Lacayo— hasta mañana...

En ese preciso momento la puerta de la casa se abrió y una gran bandeja salió planeando derecho a la cabeza del Lacayo. Le raspó apenas la nariz y terminó por estrellarse contra uno de los árboles que había más adelante.



—...otal vez hasta pasado mañana —siguió diciendo el Lacayo, como si nada hubiese sucedido.

—¿Cómo hago para entrar? —volvió a preguntar Alicia, subiendo el tono de voz.

—¿Corresponde que entres? —dijo el Lacayo—. Eso es lo primero que hay que resolver, ¿sabías?

Lo era, sin duda, sólo que a Alicia no le gustó nada que se lo recordaran.

—¡Qué espantosa manía de discutir que tienen todas estas criaturas! —murmuró—. ¡Es para volverse loca!

Al Lacayo le pareció que era una buena oportunidad para repetir su tema, con variaciones.

—Me voy a quedar aquí sentado sin moverme días y días...

—Pero y yo ¿qué voy a hacer? —preguntó Alicia.

—Lo que quieras —dijo el Lacayo, y empezó a silbar.

—¡Oh, no tiene sentido hablarle! —exclamó Alicia desesperada—: ¡es un perfecto idiota!

Abrió la puerta y entró.

La puerta daba a una gran cocina, totalmente llena de humo. La Duquesa estaba sentada en un banquito de tres patas en medio de la habitación acunando a un bebé. La cocinera estaba inclinada sobre el fogón, revolviendo una gran olla que estaba al parecer llena de sopa.

—¡Me juego a que le pusieron demasiada pimienta a esa sopa! —dijo Alicia entre estornudos.

Había por cierto mucha pimienta en el aire. Incluso la Duquesa estornudaba de tanto en tanto, y en cuanto al bebé, berreaba y estornudaba alternadamente y sin cesar. Las únicas dos criaturas de esa cocina que no estornuda-

ban eran la cocinera y un enorme gato que estaba tendido junto al fogón, sonriendo de oreja a oreja.

—Disculpe —comenzó Alicia con cierta timidez porque no estaba segura de que fuera de buena educación ser la primera en dirigir la palabra—, ¿podría usted decirme por qué es que su gato sonríe de ese modo?

—Es un gato de Cheshire —dijo la Duquesa—, ¡por eso! ¡Cerdo!

Pronunció esta última palabra con tal violencia súbita que Alicia casi pegó un salto, pero notó enseguida que iba dirigida al bebé y no a ella, de modo que se armó de coraje y siguió:

—No sabía que los gatos de Cheshire sonriesen siempre; es más: ni siquiera sabía que los gatos supiesen sonreír.

—Todos saben —dijo la Duquesa—, y la mayor parte lo hace.

—Yo no conozco ninguno que sonría —dijo Alicia con mucha amabilidad, sintiéndose satisfecha de haber entrado en conversación.

—Tú no conoces casi nada —dijo la Duquesa—, es por eso.

A Alicia no le gustó nada el tono de esta observación y pensó que era mejor cambiar de tema. Mientras trataba de encontrar alguno más o menos apropiado, la cocinera sacó la olla del fogón y puso manos a la obra de inmediato arrojando todo lo que estaba a su alcance contra la Duquesa y el bebé: primero los atizadores, y luego una lluvia de cacerolas, fuentes y platos. La Duquesa no les prestaba la menor atención, ni siquiera cuando daban en el blanco, y el bebé ya berreaba tanto que era imposible determinar si los proyectiles lo alcanzaban o no.

—¡Oh, por favor! ¡Fíjese lo que está haciendo! —gritó

Alicia, brincando de un lado al otro aterrorizada—. ¡Ay, ay, ay, que le saca la naricita! —volvió a gritar cuando una cacerola desmesuradamente grande pasó tan cerca del bebé que casi se la arranca.

—Si cada uno se ocupara de sus propios asuntos —dijo la Duquesa con un gruñido ronco—, el mundo andaría más rápido de lo que anda.

—Eso no sería ninguna ventaja —dijo Alicia, feliz de tener la oportunidad de hacer gala de sus conocimientos en geografía—. ¡Imagínese qué lío con el día y la noche! Porque no sé si usted sabrá que la Tierra tarda veinticuatro horas en dar una vuelta entera alrededor de su eje...

—Hablando de eje... —dijo la Duquesa—. ¡Ejecútenla!

Alicia echó una mirada ansiosa a la cocinera para ver si hacía algún amago de cumplir con la orden; pero la cocinera estaba muy ocupada revolviendo la sopa y no parecía escuchar, de modo que siguió diciendo:

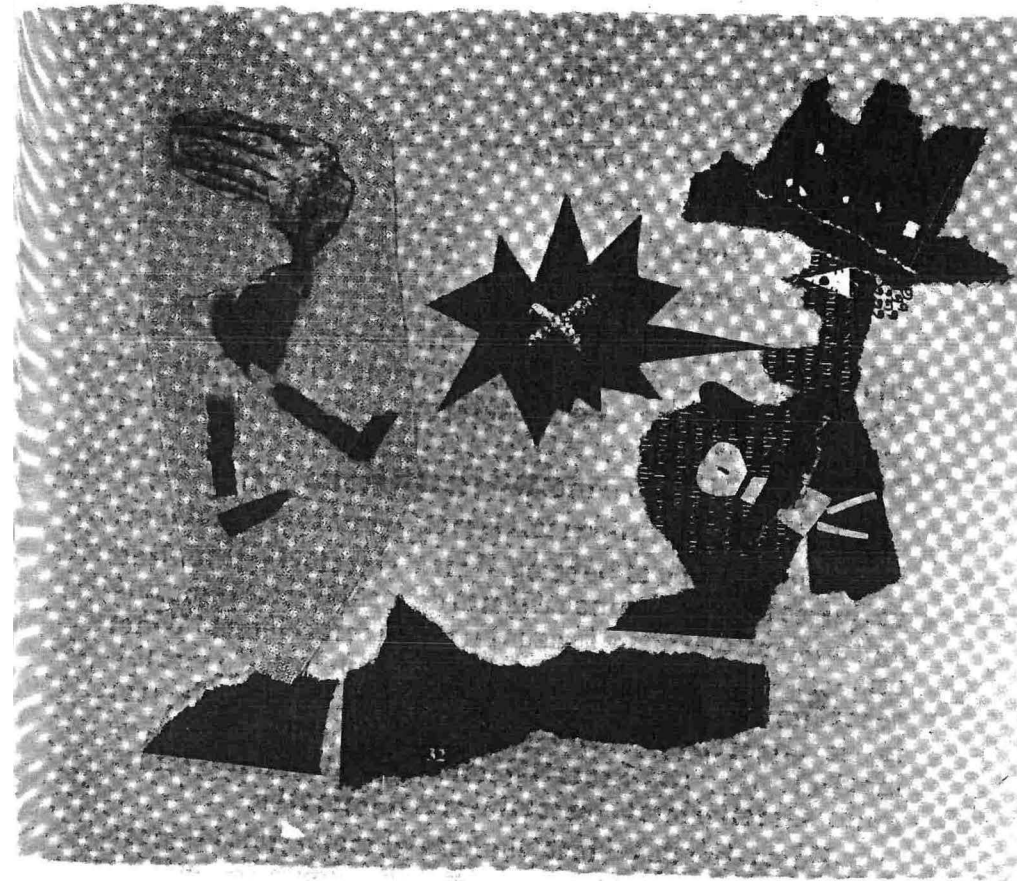
—Veinticuatro horas... creo que son veinticuatro. ¿O eran doce?...

—¡Déjame en paz de una vez! —dijo la Duquesa—. ¡Detesto los números, nunca pude soportarlos!

Y diciendo eso se dispuso a acunar de nuevo a su niño, cantándole una especie de arrorró y pegándole un violento sacudón al final de cada verso:

—*Grúñele a tu niño,
y pega si estornuda:
lo hace de molesto,
por verte chinchuda.*

CORO (al que se unían la cocinera y el bebé)
¡Buá! ¡Buá! ¡Buá!
Durante el curso de la segunda estrofa la Duquesa



no cesó de sacudir al bebé de arriba abajo con gran violencia, y el pobre berreaba tanto que Alicia apenas si pudo entender las palabras:

—*Yo lo reto al niño
y pego si estornuda,
¡si sé que la pimienta
le gusta con locura!*

CORO

¡Buá! ¡Buá! ¡Buá!

—¡Toma! ¡Puedes acunarlo un poco si quieres! —le dijo la Duquesa a Alicia, arrojándole el bebé en los brazos—. Yo tengo que arreglarme para ir a jugar al croquet con la Reina.

Y diciendo esto salió de la habitación.

La cocinera le tiró con una sartén, pero le pasó raspando.

Alicia atrapó al bebé en el aire, con cierta dificultad y a que se trataba de una criatura de formas extrañas, que agitaba sus piernas y brazos en todas direcciones, “como una estrella de mar”, pensó Alicia. El pobrecito estaba resoplando como una locomotora cuando Alicia lo atajó, se enroscaba y volvía a estirarse sin cesar, y se movía tanto y con tanta violencia que Alicia apenas si pudo sostenerlo en los primeros momentos.

En cuanto descubrió cuál era el mejor método para tenerlo en brazos (que consistía en doblarlo en una especie de nudo y luego apretar con fuerza su oreja derecha y su pie izquierdo, para evitar que se desanudase), lo llevó al aire libre.

“Si no me llevo a este chico de aquí”, pensó Alicia, “seguro que lo matan en un par de días más”. Y luego agregó en voz alta:

—Sería un verdadero crimen abandonarlo.

Fue ahí cuando oyó que el pobrecito bebé, que ya había dejado de estornudar hacía rato, le respondía con una especie de gruñido.

—No gruñas —lo reprendió Alicia—; ése no es modo de expresarse.

El bebé volvió a gruñir, y Alicia se inclinó para mirarle la cara, ansiosa por saber qué le estaba ocurriendo. No cabía duda de que ese bebé tenía una nariz *extremadamente* respingada, mucho más parecida a un hocico, en realidad, que a una nariz, y que sus ojos, además, se habían achicado demasiado para pasar por ojos de bebé. A Alicia le pareció más bien feúcho en conjunto.

“Tal vez sólo estaba sollozando”, pensó, y volvió a mirarle los ojos para ver si los tenía llenos de lágrimas.

No, no había lágrimas.

—Si piensas convertirte en cerdo, querido mío —dijo Alicia con toda seriedad—, no esperes que siga ocupándome de ti. Así que ¡cuidadito con lo que haces!

El pobrecito volvió a sollozar (o a gruñir, era imposible saberlo con certeza), y siguieron caminando durante un rato en silencio.

Alicia estaba a punto de preguntarse qué iba a hacer con esa criatura en cuanto llegase de vuelta a su casa, cuando la criatura volvió a gruñir, y con tal violencia esta vez que Alicia lo miró con cierta alarma.

Esta vez no podía haber la menor duda: era un cerdo, ni más ni menos, y Alicia sintió que era ridículo seguir llevándolo en brazos.

De modo que dejó a la criaturita en el suelo y se sintió muy aliviada cuando lo vio trotar tranquilamente rumbo al bosque.

—Se habría convertido en un chico horrible con el tiempo —se dijo—, pero, en cambio, como cerdito es bastante lindo.

Y estaba empezando a pasar revista a otros chicos que ella conocía y que podían haberse desempeñado muy bien como cerditos, “con tal que uno supiese el método para transformarlos...”, cuando se sobresaltó al ver al Gato de Cheshire sentado en una rama de un árbol, a pocos metros de donde ella estaba.

El Gato se limitó a sonreír cuando la vio a Alicia. Alicia pensó que parecía muy afable, aunque notó igualmente que tenía uñas *muy* largas y muchísimos dientes, razón por la cual correspondía que se lo tratase con sumo respeto.

—Minino de Cheshire —comenzó a decir, con cierta timidez, ya que no estaba segura de que le gustase que lo llamaran así.

El Gato no hizo sino ensanchar su sonrisa.

“Bueno, por ahora parece contento”, pensó Alicia y siguió preguntando:

—¿Sería tan amable de decirme por dónde tengo que ir?

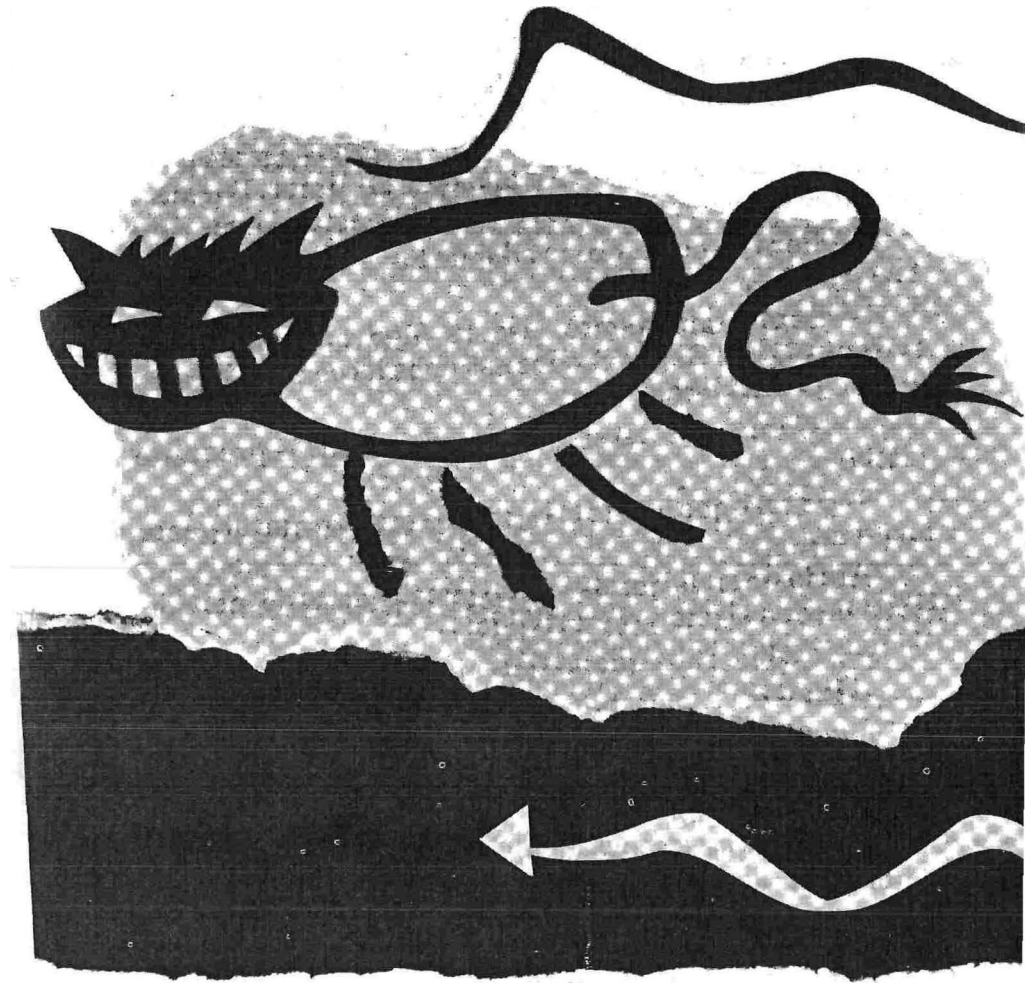
—Bueno, eso depende en gran medida de adónde quieras ir —respondió el Gato.

—En realidad no me importa demasiado adónde... —empezó a decir Alicia.

—En ese caso no importa demasiado por dónde —la interrumpió el Gato.

—...lo que quiero decir es que no importa demasiado adónde vaya con tal de llegar a *alguna parte*— se explicó Alicia.

—Oh, casi seguro que llegarás a alguna parte si caminas lo suficiente —dijo el Gato.



Alicia se daba cuenta de que ésa era una verdad innegable, de modo que intentó con otra pregunta:

—¿Qué clase de gente vive por acá?

—Hacia *allá* —dijo el Gato, señalando con su pata derecha— vive el Sombrerero; y hacia *allá* —agregó señalando con la otra pata— vive la Liebre de Marzo. Puedes ir a visitar a cualquiera de los dos: ambos están locos.

—Pero yo no quiero ir adonde haya locos —puntualizó Alicia.

—Lamentablemente, eso es algo que no puedes evitar —dijo el Gato—; todos estamos locos acá. Yo estoy loco. Tú estás loca.

—¿Cómo sabe usted que yo estoy loca? —preguntó Alicia.

—Seguro que lo estás: la prueba está en que llegaste hasta acá.

Alicia no creía que eso fuese prueba de nada, pero de todos modos siguió preguntando:

—¿Y cómo sabe que usted mismo está loco?

—Bueno, veamos. Para empezar —dijo el Gato—, un perro no es un loco. ¿Estás de acuerdo con eso?

—Sí, supongo que sí.

—Sigamos entonces —prosiguió razonando el Gato—. Como bien sabrás, los perros mueven la cola cuando están contentos y gruñen cuando están enojados. Bueno: yo gruño cuando estoy contento y muevo la cola cuando estoy enojado. Por lo tanto, estoy loco.

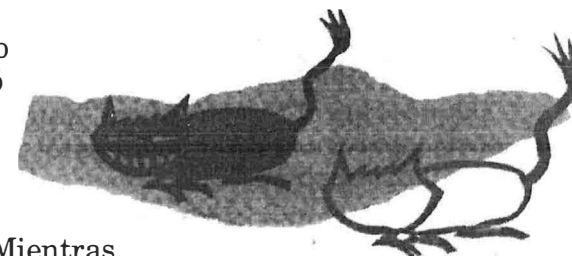
—Yo no llamo a eso “gruñir”; lo llamo “ronronear”.

—Lámalo como más te guste —dijo el Gato—. ¿Vas a ir a jugar al croquet con la Reina hoy?

—Me encantaría —dijo Alicia—, pero todavía no me invitaron.

—Allí nos veremos —dijo el Gato, y se desvaneció en el aire.

Alicia no se sorprendió demasiado porque ya estaba acostumbrada a que sucediesen cosas raras. Mientras seguía con los ojos fijos en el lugar donde había estado el gato, éste volvió a aparecer de golpe y dijo:



—Entre paréntesis, ¿qué se hizo del bebé? Casi me olvidaba de preguntar.

—Se convirtió en un cerdito —respondió Alicia con toda naturalidad, como si el Gato hubiese regresado también naturalmente.

—Es lo que me imaginé —dijo el Gato, y volvió a desaparecer.

Alicia esperó un rato, con la esperanza de volverlo a ver, pero no reapareció, de modo que un par de minutos después se alejó rumbo adonde se suponía que vivía la Liebre de Marzo.

—A los sombrereros ya los conozco —se dijo—, me parece más interesante la Liebre de Marzo. Además, como estamos en mayo, en una de esas no está *tan* loca... al menos no tan loca como en marzo.

Al decir esto levantó la vista y ahí estaba el Gato otra vez, sentado en una rama.

—¿Dijiste “cerdito” o “cedrito”? —preguntó.

—Dije “cerdito” —respondió Alicia—, y me gustaría

que no siguiese apareciendo y desapareciendo todo el tiempo: me marea.

—Está bien —dijo el Gato, y esta vez desapareció muy lentamente, empezando por la cola y terminando por la sonrisa, que permaneció un buen rato después de que el resto había desaparecido.

“¡Qué bárbaro!”, pensó Alicia. “Muchas veces vigatos sin sonrisa, pero ¡una sonrisa sin gato! ¡En mi vida había visto algo más raro que eso!

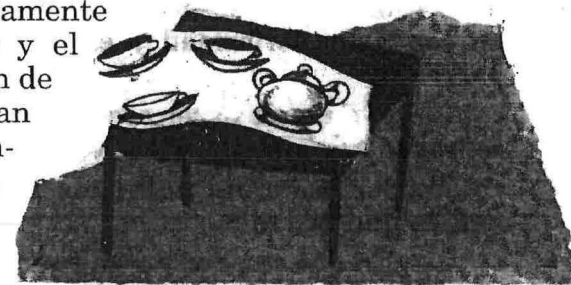
No había avanzado demasiado cuando se encontró frente a la casa de la Liebre de Marzo. Al menos eso fue lo que pensó cuando vio que las chimeneas tenían forma de orejas y que el techo estaba cubierto de pelos y no de paja. Era una casa tan grande que no se atrevió a acercarse a ella sin antes mordisquear un poco del pedazo de hongo que llevaba en la mano izquierda para alcanzar una estatura de por lo menos sesenta centímetros. Y aun así avanzó con cuidado, diciéndose:

—¿Y qué hago si la Liebre está loca de atar al fin de cuentas? ¡Casi me arrepiento de no haber ido a ver al Sombrerero!

Capítulo VII

Una merienda de locos

HABÍA UNA MESA TENDIDA bajo un árbol frente a la casa, y la Liebre de Marzo y el Sombrerero estaban tomando el té; había un Lirón sentado entre ambos, profundamente dormido. La Liebre y el Sombrerero lo usaban de almohadón: apoyaban en él los codos y conversaban por encima de su cabeza.



“¡Ha de ser de lo más incómodo para el Lirón!”, pensó Alicia. “Aunque, como está dormido, supongo que no le importa...”

La mesa era amplia pero los tres estaban apiñados en una esquina.

—¡No hay lugar! ¡No hay lugar! —gritaron en cuanto vieron que Alicia se acercaba.

—¡Sí que hay lugar! ¡Hay mucho lugar! —dijo Alicia ofendida, y se sentó en un gran sillón que había en una de las cabeceras.

—Sírrete vino —la animó la Liebre de Marzo.

Alicia recorrió la mesa con los ojos pero no vio nada más que té.

—No veo que haya vino por ninguna parte —señaló.

—No, no hay —dijo la Liebre de Marzo.

—Entonces fue muy poco educado de su parte ofrecérmelo —dijo Alicia enojada.

—Tampoco fue muy educado de *tu* parte sentarte a la mesa sin que te invitáramos a hacerlo —dijo la Liebre.

—No sabía que la mesa fuese sólo de ustedes —dijo Alicia—; está servida para muchos más que tres.

—Te andahaciendo falta un buen corte de pelo —dijo el Sombrerero.

Había estado observando a Alicia durante un tiempo con gran curiosidad y éstas fueron sus primeras palabras.

—No debería hacer ese tipo de observaciones —le reprochó Alicia con cierta severidad—. Es muy grosero.

El Sombrerero abrió grandes los ojos al oír esto, pero todo lo que dijo fue:

—¿En qué se parecen un cuervo y un escritorio?

“¡Bueno, por fin un poco de diversión!”, pensó Alicia y agregó en voz alta:

—Me alegro de que hayan empezado con las adivinanzas... Creo que ya lo adiviné.

—¿Quieres decir que sabes cuál es la respuesta a mi pregunta? —dijo la Liebre de Marzo.

—Sí, eso mismo —dijo Alicia.

—Entonces deberías decir lo que quieres decir —siguió la Liebre de Marzo.

—Y eso hago —se apresuró en responder Alicia—; al menos... al menos quiero decir lo que digo... es más o menos lo mismo, ¿no?

—¡De ninguna manera es lo mismo! —gritó el Som-

brerero—. ¡Si fuese lo mismo decir “digo lo que quiero decir” que “quiero decir lo que digo” entonces sería lo mismo decir “veo lo que como” que “como lo que veo”!

—Y sería lo mismo decir “me gusta lo que consigo” que “consigo lo que me gusta” —agregó la Liebre de Marzo.

—¡Y sería lo mismo decir “respiro cuando duermo” que “duermo cuando respiro”! —intervino el Lirón, que parecía hablar entre sueños.

—Y *es* lo mismo... al menos en tu caso —dijo el Sombrerero.

Y después de sus palabras la conversación languideció y el grupo permaneció en silencio durante un par de minutos mientras Alicia repasaba todo lo que sabía acerca de cuervos y de escritorios, que no era demasiado.

El Sombrerero fue el primero en volver a hablar.

— ¿En qué día del mes estamos? —preguntó dirigiéndose a Alicia.

Había sacado el reloj del bolsillo y lo estaba mirando inquieto, sacudiéndolo cada tanto y acercándoselo a la oreja.

—Alicia pensó un poco y luego respondió:

—Hoy es cuatro.

—¡Dos días de atraso! —suspiró el Sombrerero— ¡Te dije que la manteca no les iba a hacer bien a los engranajes! —agregó mirando con reproche a la Liebre de Marzo.

—Era manteca *de la mejor calidad* —respondió la Liebre con humildad.

—Sí, pero seguramente también le pusiste miguitas —gruñó el Sombrerero—; no debiste untarlo con el cuchillo del pan.

La Liebre de Marzo tomó el reloj y lo miró con aire abatido; luego lo sumergió en su taza de té y volvió a mirarlo, pero no pudo pensar en nada mejor que en repetir su primera observación:

—Era manteca *de la mejor calidad*, en serio.

—Alicia había estado mirando por encima de su hombro con cierta intriga.

—¡Qué reloj más raro! —exclamó—. ¡Dice el día del mes pero no dice la hora!

—¿Y por qué debería hacer eso? —murmuró el Sombrerero—. ¿Acaso tu reloj te dice en qué año estás?

—No, claro que no —respondió Alicia de inmediato—, pero eso es porque pasa mucho tiempo sin que el año cambie.

—Al mío le pasa lo mismo —dijo el Sombrerero.

Alicia estaba terriblemente desconcertada. La observación del Sombrerero no parecía tener ningún significado en absoluto para ella, y, sin embargo, no se podía negar que estaba bien construida.

—Me parece que no lo entiendo —se animó a decir con toda la amabilidad de que era capaz.

—El Lirón se volvió a dormir —dijo el Sombrerero, y procedió a volcarle un poco de té caliente en la nariz.

El Lirón sacudió la cabeza con impaciencia y dijo, sin abrir los ojos:

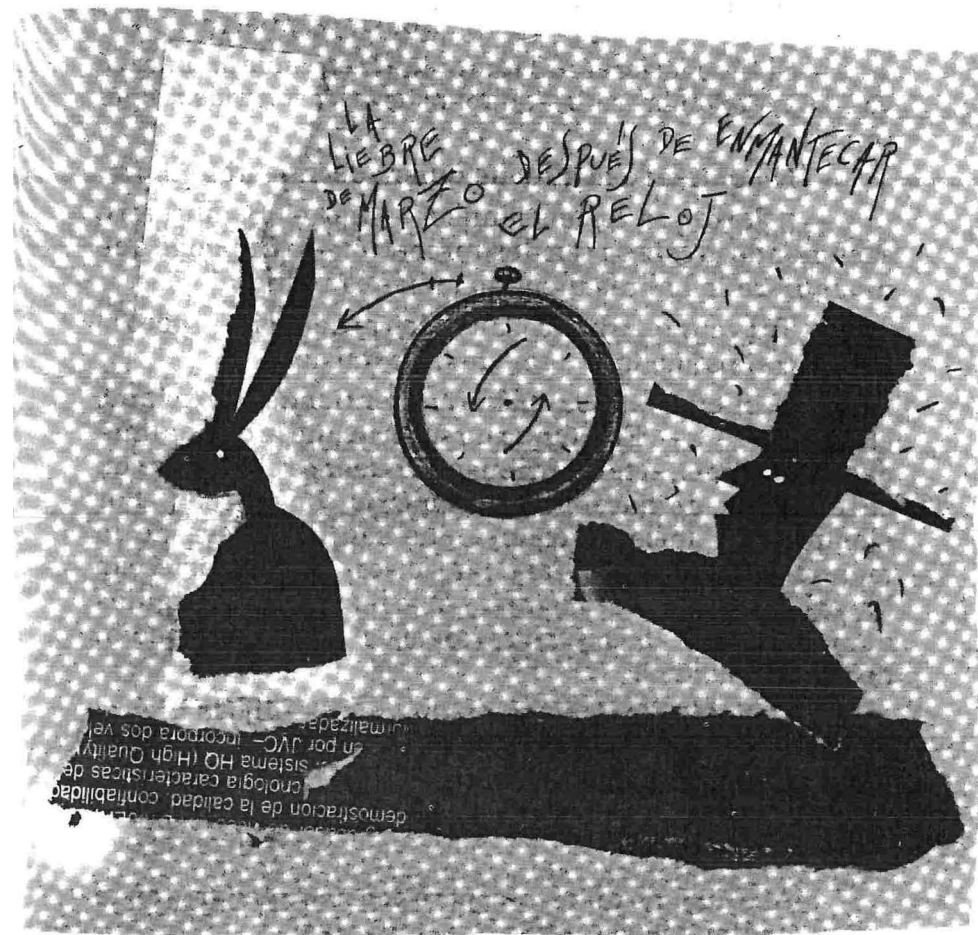
—Claro, claro. Eso es precisamente lo que yo estaba por decir.

—¿Y? ¿Todavía no adivinaste? —preguntó el Sombrerero dirigiéndose una vez más a Alicia.

—No. Me rindo —dijo Alicia—. ¿Cómo es?

—No tengo la menor idea —dijo el Sombrerero.

—Ni yo —dijo la Liebre de Marzo.



Alicia suspiró molesta.

—Podrían usar mejor el tiempo en lugar de malgastarlo haciendo acertijos que no tienen respuesta —dijo.

—Si tú conocieras al Tiempo tan bien como lo conozco yo —dijo el Sombrerero—, hablarías de él con más respeto.

—No entiendo lo que me quiere decir —dijo Alicia.

—¡Claro que no entiendes! —dijo el Sombrerero sacudiendo la cabeza con desaprobación—. ¡Supongo que ni siquiera le habrás dirigido jamás la palabra!

—Tal vez no —replicó Alicia con prudencia—, pero lo marco con palmadas en mi clase de música.

—¡Ahí está la cosa! ¡Ahora se entiende! —exclamó el Sombrerero—. El Tiempo no soporta que le den palmadas. En cambio, si te mantienes en buenas relaciones con él, es capaz de hacer lo que quieras con el reloj. Por ejemplo, hagamos de cuenta que son las nueve de la mañana, hora de empezar las clases. ¡Te bastaría con hacerle una seña al Tiempo y él te hace girar las agujas del reloj en un abrir y cerrar de ojos! ¡La una y media: hora de almorzar!

(—¡Ojalá fuese la hora de almorzar! —dijo la Liebre de Marzo en voz muy baja.)

—¡Sería estupendo, por supuesto! —exclamó Alicia, y luego agregó pensativamente: —Sólo que yo no tendría hambre...

—Al principio tal vez no, pero podrías quedarte en la una y media todo el tiempo que quisieras.

—¿Así es como hacen ustedes? —preguntó Alicia.

El Sombrerero sacudió la cabeza muy apesadumbrado.

—¡Yo no! —dijo—. El Tiempo y yo tuvimos una pelea en marzo pasado... justo cuando ésta (y señaló con la

cuchara a la Liebre de Marzo) se estaba por volver loca... Fue en ocasión del gran concierto que ofreció la Reina de Corazones. Yo tenía que cantar:

*Brilla, brilla, murcielaguito,
¿en qué andarás, tan solito?*

No sé si conocerás la canción.

—Conozco una parecida —dijo Alicia.

—Y sigue así —siguió diciendo el Sombrerero—:

*Cual bandeja de té vuelas
y allá en el cielo planeas.
Brilla, brilla...*

En ese preciso momento el Lirón se sacudió y comenzó a cantar en sueños:

—Brilla, brilla, brilla, brilla, brilla, brilla.

Y así siguió sin parar, tanto que tuvieron que pellizcarlo para que se detuviese.

—Bien, apenas había terminado de cantar la primera estrofa —dijo el Sombrerero— cuando la Reina bramó eso de “¡Está destrozando el tiempo! ¡Que le corten la cabeza!”

—¡Qué salvajada! —exclamó Alicia.

—Y desde entonces —siguió diciendo el Sombrerero con aire sombrío—, el Tiempo se niega a hacer lo que le pido. Ahora son siempre las seis de la tarde.

A Alicia se le ocurrió una idea brillante.

—¿Es por eso que hay tanta vajilla de té en la mesa?

—Sí, es por eso —dijo el Sombrerero con un suspiro—, es siempre hora de merendar, y no tenemos tiempo de lavar la vajilla entre merienda y merienda.

—Entonces supongo que van cambiando de sitio en la mesa dijo Alicia.

—Exactamente —dijo el Sombreroero—, a medida que se va ensuciando la vajilla.

—¿Pero qué pasa cuando vuelven al sitio del comienzo? —se atrevió a preguntar Alicia.

—¿Qué te parece si cambiamos de tema? —la interrumpió la Liebre de Marzo bostezando—. Ya me estoy aburriendo. Propongo que la señorita nos cuente un cuento.

—Me temo que no sé ninguno —dijo Alicia, más bien alarmada por la proposición.

—¡Entonces que cuente el Lirón! —gritaron ambos a coro—. ¡Despiértate, Lirón! —y lo pellizcaron al mismo tiempo.

El Lirón abrió los ojos lentamente.

—No estaba dormido —dijo con una voz ronca y apenas audible—. Oí todo lo que dijeron.

—¡Cuéntenos un cuento! —dijo la Liebre de Marzo.

—¡Sí, por favor! —rogó Alicia.

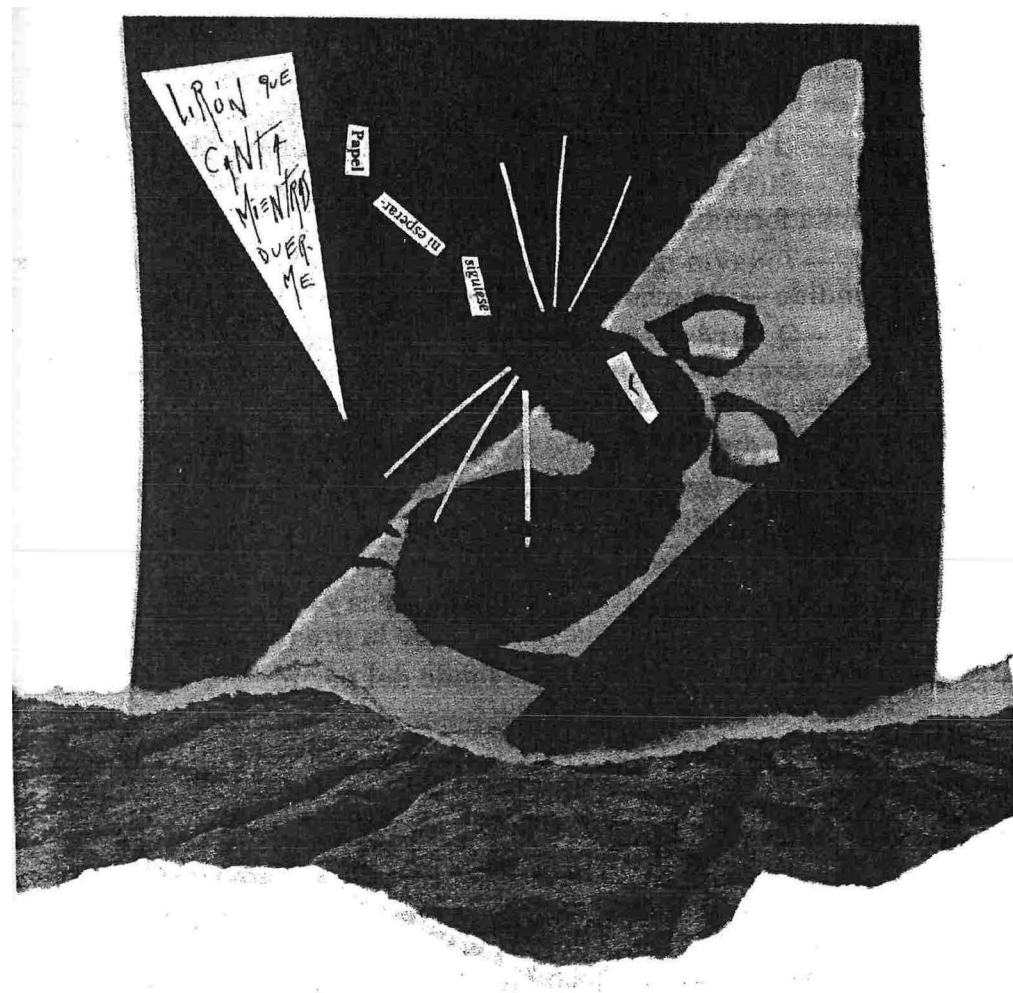
—¡Y hazlo pronto, o te quedarás dormido antes de terminar! —agregó el Sombreroero.

—Había una vez tres hermanitas —comenzó el Lirón muy apurado—, se llamaban Elsita, Acilita y Matildita, y las tres vivían en el fondo de un pozo...

—¿Y de qué se alimentaban? —preguntó Alicia, que tenía siempre mucho interés en cuestiones relacionadas con las comidas y las bebidas.

—De jarabe —dijo el Lirón luego de pensar un rato.

—¡Oh, no! Eso es imposible, ¿sabe? Se habrían enfermado gravemente.



—Y estaban enfermas —dijo el Lirón—, *muy pero muy* enfermas.

Alicia trató de imaginar qué extraña clase de vida podía ser ésa, pero le resultaba demasiado desconcertante, de modo que siguió preguntando:

—¿Pero por qué vivían en el fondo de un pozo?

—Sírrete más té —le dijo la Liebre de Marzo, con mucha formalidad.

—Todavía no tomé *nada* de té —dijo Alicia con aire ofendido—, de modo que no puedo tomar *más*.

—Querrás decir que no puedes tomar *menos* —dijo el Sombrerero—, tomar *más* que nada es lo más fácil del mundo. Lo difícil es tomar *menos* que nada.

—Nadie le preguntó su opinión —dijo Alicia.

—Me pregunto quién es el grosero ahora —señaló el Sombrerero con aire triunfal.

Alicia no supo bien qué responder a esto, de modo que se sirvió un poco de té y pan con manteca y luego se dirigió nuevamente al Lirón para repetirle la pregunta.

—¿Por qué vivían en el fondo del pozo?

El Lirón volvió a reflexionar durante un par de minutos y luego dijo:

—Era un pozo de jarabe.

—¡Eso no existe! —dijo Alicia, que empezaba a enojarse.

Pero el Sombrerero y la Liebre de Marzo seguían diciendo “¡sh! ¡sh!” y el Lirón observó enfurruñado:

—Si no eres capaz de un poco de buena educación, será mejor que termines tú misma el cuento.

—¡Oh, no! ¡Continúe, por favor! —dijo Alicia con toda humildad—. Le prometo que no voy a volver a interrumpirlo. Acepto que exista al menos uno de esos pozos.

—¡Conque uno nada más! —dijo el Lirón indignado. Pero de todos modos aceptó seguir con el cuento.

—Comoiba diciendo... Estas tres hermanitas estaban aprendiendo a dibujar. Hacían copias. Sacaban bocetos. Por ejemplo, sacaban muy bien...

—¿Qué? ¿Qué era lo que sacaban? —preguntó Alicia que ya se había olvidado de su promesa.

—Jarabe —respondió el Lirón sin siquiera mirarla.

—Quiero una taza limpia —lo interrumpió el Sombrerero—; vamos a corrernos todos un lugar.

Se mudó de lugar mientras hablaba, y otro tanto hizo el Lirón; la Liebre de Marzo se sentó en el lugar del Lirón y Alicia no tuvo más remedio que ubicarse en el de la Liebre de Marzo. El único que se benefició con el cambio fue el Sombrerero. Alicia estaba bastante peor que antes, ya que la Liebre de Marzo acababa de volcar la jarrita de la leche en su plato.

Alicia no deseaba volver a ofender al Lirón, de modo que comenzó con mucha cautela:

—Disculpe, pero no entiendo. ¿Usted quiere decir que hacían bocetos del jarabe? ¿Lo copiaban? ¿Lo sacaban del natural? ¿Cómo hacían?

—Lo sacaban nada más. Se puede sacar agua de un pozo, ¿no es cierto? —intervino el Sombrerero—. Entonces no me parece tan difícil entender que se saque jarabe de un pozo de jarabe, ¿no te parece, tontita?

—Pero ellas estaban *adentro* del pozo —puntualizó Alicia dirigiéndose al Lirón y prefiriendo pasar por alto las palabras del Sombrerero.

—Claro que estaban adentro —dijo el Lirón—, bien adentro.

—Alicia quedó tan confundida que dejó que el Lirón siguiese adelante con el cuento sin interrupciones durante un buen rato.

—Como decía, estaban aprendiendo a dibujar —siguió el Lirón, bostezando y frotándose los ojos, ya que estaba empezando a sentir sueño—, y dibujaban todo tipo de cosas... cosas que empiezan con M, por ejemplo...

—¿Por qué con M? —preguntó Alicia.

—¿Y por qué no? —dijo la Liebre de Marzo.

Alicia quedó en silencio.

Para ese entonces ya el Lirón había cerrado los ojos y estaba cabeceando, pero, luego de un pellizco del Sombrerero, volvió a despertarse con un chillido y continuó:

—...cosas que empiezan con “M”, como mitones, músculos, mundos, memorias y morondangas... ¿Viste alguna vez el dibujo de una morondanga?

—Bueno, ahora que me lo pregunta... —dijo Alicia muy confundida—. No, me parece que no...

—Entonces no deberías abrir la boca —dijo el Sombrerero.

Alicia no estaba ya dispuesta a tolerar tamaña grosería, de modo que se puso de pie muy disgustada y comenzó a alejarse. El Lirón volvió a quedarse dormido al instante y ninguno de los otros dos notó siquiera que ella se había ido, a pesar de que Alicia miró hacia atrás un par de veces, con la secreta esperanza de que le pidieran que volviese. La última vez que los vio estaban tratando de meter al Lirón adentro de la tetera.

—¡Por nada del mundo volvería ahí! —dijo Alicia, mientras buscaba un camino en el bosque—. ¡Jamás había estado en una merienda más aburrida en toda mi vida!

Y precisamente cuando estaba diciendo esto notó que uno de los árboles tenía una puerta de entrada.

“¡Esto sí que es raro!”, pensó. “Pero todo lo que me sucede hoy es raro, de modo que va a ser mejor que entre”.

Y entró.

Volvió a encontrarse en el gran vestíbulo, junto a la mesita de cristal.

—Esta vez voy a hacerlo mejor —se dijo y comenzó por tomar la llavecita de oro y abrir la puerta que daba al jardín.

Luego comenzó a mordisquear el hongo (había guardado un pedazo en el bolsillo) hasta que tuvo aproximadamente unos treinta centímetros de altura. Atravesó la puerta y, entonces sí, por fin, llegó al hermoso jardín, y se vio rodeada por esos espléndidos canteros de flores y esas frescas fuentes.



Capítulo VIII

La cancha de croquet de la Reina

HABÍA UN GRAN ROSAL junto a la entrada del jardín; las rosas que crecían en él eran blancas, pero había tres jardineros muy atareados pintándolas de rojo. A Alicia le pareció algo muy curioso, y se acercó para observarlos. En cuanto estuvo al lado oyó que uno de ellos decía:

—¡Ten más cuidado, Cinco! ¡No sigas salpicándome con pintura!

—Fue sin querer —dijo Cinco malhumorado—. Siete me empujó el codo.

A lo que Siete respondió levantando la vista:

—¡Muy bien, Cinco, te felicito! ¡Siempre echándole la culpa a otro!

—¡A ti te convendría no hablar tanto! —dijo Cinco—. Ayer mismo la oí a la Reina diciendo que había que cortarte la cabeza.

—¿Y por qué? —preguntó el que había hablado primero.

—¡Y a ti qué te importa, Dos! —dijo Siete.

—¡Sí que le importa! —dijo Cinco—. Y se lo voy a decir: fue por traerle al cocinero bulbos de tulipán en lugar de cebollas.

Siete tiró el pincel al suelo y empezó a decir:

—¡Eso sí que está bueno! ¡Es la cosa más injusta que...!

Pero de pronto la descubrió a Alicia, que los estaba mirando, y se interrumpió de golpe. Los demás también echaron una ojeada, y todos hicieron una amplia reverencia.

—Disculpen, pero ¿podrían decirme por qué pintan las rosas? —preguntó Alicia con cierta timidez.

Cinco y Siete no dijeron nada, pero miraron a Dos. Dos comenzó a decir, en voz baja:

—Bueno...¿Sabe lo que pasa, señorita? Pasa que aquí debería haber sólo rosales de rosas rojas, y nos equivocamos y pusimos uno de rosas blancas, y si la Reina se entera nos manda cortar las cabezas... Así que estamos haciendo todo lo posible, ¿entiende?, antes de que venga la Reina y...

En ese instante, Cinco, que no había dejado de mirar nerviosamente hacia el otro extremo del jardín, exclamó:

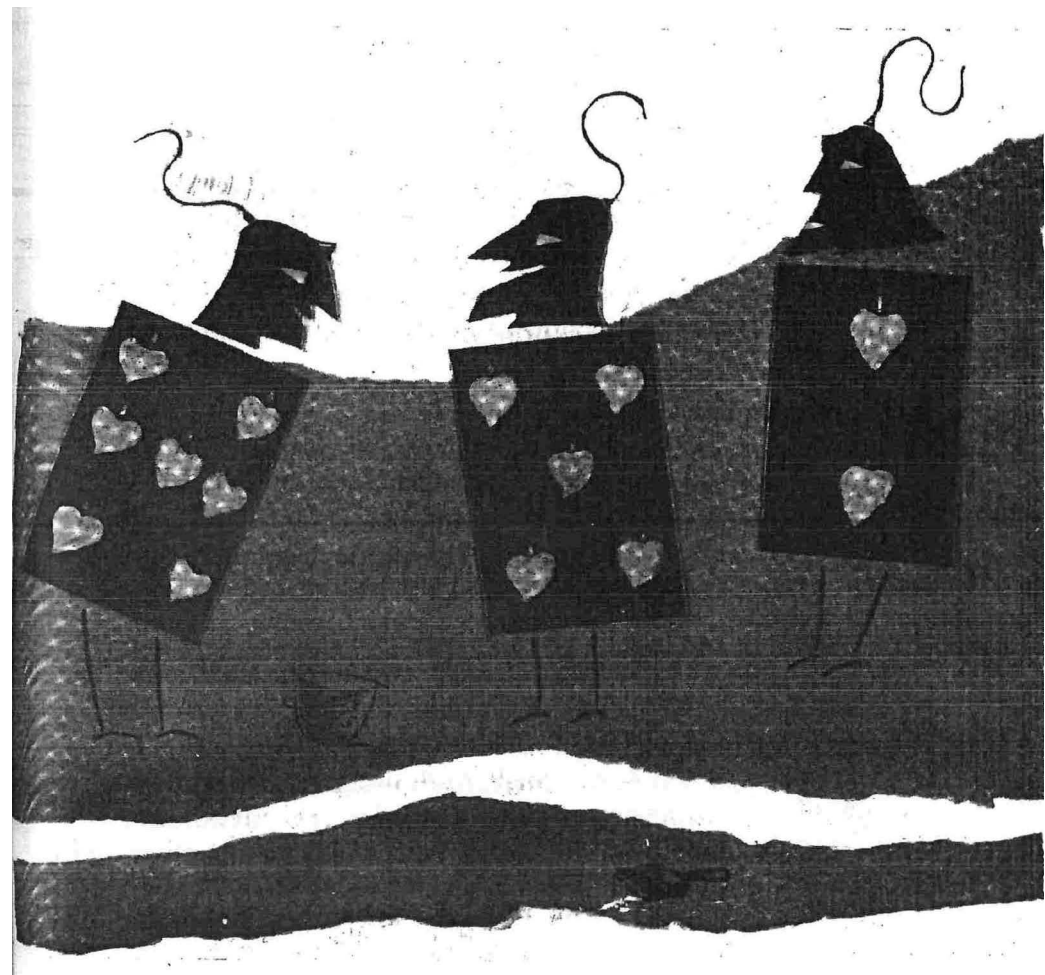
—¡La Reina! ¡La Reina!

Y al instante los tres jardineros se arrojaron de bruces al suelo.

Se oyeron pasos, y Alicia miró, ansiosa por ver a la Reina.

Primero vinieron diez soldados con grandes piques en la mano; tenían la misma forma de los jardineros, todos rectangulares y chatos, con las manos y los pies saliendo de las esquinas. Luego seguían diez cortesanos; estaban adornados con diamantes y caminaban de dos en dos, como los soldados. Luego venían los infantes: había diez en total, y venían de dos en dos, saltando alegremente, los muy amorosos. Estaban todos adornados con corazones.

Los seguían los invitados, en su mayoría Reyes y Reinas, y entre ellos Alicia reconoció al Conejo Blanco. Iba conversando nerviosamente, sonriendo a diestra y siniestra,



y pasó a su lado sin reconocerla. Seguía luego la Sota de Corazones, llevando la corona del Rey en un almohadón de terciopelo rojo; y cerrando el grandioso cortejo, ¡EL REY Y LA REINA DE CORAZONES!

Alicia no estaba muy segura de que no le correspondiese tirarse boca abajo como los tres jardineros, pero no recordaba que ésa fuese una regla durante los desfiles. “Por otra parte”, pensó, “¿de qué serviría un desfile en el que el público, en lugar de mirar, estuviese tirado boca abajo?” De modo que se quedó donde estaba y esperó.

El cortejo se detuvo cuando pasó frente a Alicia y todos se le quedaron mirando. La Reina preguntó entonces, con gesto severo:

—¿Y quién es ésta?

Se lo preguntó a la Sota de Corazones, que se limitó a sonreír y hacer una reverencia por toda respuesta.

—¡Idiota! —dijo la Reina, sacudiendo la cabeza con impaciencia, y siguió diciendo volviéndose hacia Alicia:

—¿Cómo te llamas, criatura?

—Me llamo Alicia, para servir a su Majestad —dijo Alicia con muy buenos modales, pero agregó para sus adentros: —¡Al fin de cuentas no son más que un mazo de cartas! ¡No hay por qué tenerles miedo!

—¿Y quiénes son éstos? —siguió preguntando la Reina, señalando esta vez hacia los tres jardineros, que estaban tirados al pie del rosal; ya que, como se podrán imaginar, eran irreconocibles, ya que estaban boca abajo y el dorso era igual al del resto del mazo: era imposible para la Reina saber si se trataba de jardineros, de soldados, de cortesanos o de tres de sus propios hijos.

—¿Y cómo puedo yo saberlo? —respondió Alicia, sorprendida de su propio coraje—. No es asunto *mío*.

La Reina se puso roja de furia y, después de talarla con una mirada de fiera, comenzó a chillar:

—¡Que le corten la cabeza! ¡Que le corten...!

—¡Qué disparate! —dijo Alicia en voz bien alta y decidida, y la Reina se quedó en silencio.

El Rey le apoyó la mano en el brazo y le dijo tímidamente:

—¡Pero, querida! ¡Ten en cuenta que es sólo una criatura!

La Reina apartó la mirada de él con furia y le ordenó a la Sota:

—¡Delos vuelta!

La Sota obedeció y los dio vuelta cuidadosamente con un pie.

—¡De pie! —gritó la Reina con voz chillona.

Y los tres jardineros se pusieron de pie de un salto y comenzaron a hacerles reverencias al Rey, a la Reina, a los infantes y a todo el mundo.

—¡Acaben con eso! —aulló la Reina—. Me están mareando.

Y luego, mirando hacia donde estaba el rosal, preguntó:

—¿Se puede saber qué es lo que estaban haciendo?

—Con la venia de Su Majestad —dijo Dos con gran humildad, hincando una rodilla mientras hablaba—, estábamos tratando de...

—¡Ya veo! —dijo la Reina que había estado examinando las rosas entre tanto—. ¡Que les corten la cabeza!

Y el cortejo siguió avanzando. Sólo tres soldados quedaron detrás para ejecutar a los desdichados jardineros, que corrieron hacia donde estaba Alicia en busca de protección.

—¡No los van a decapitar! —dijo Alicia, y los puso en un macetón que había por ahí cerca.

Los tres soldados anduvieron de aquí para allí durante un buen rato buscándolos, y luego se fueron tranquilamente con los demás.

—¿Les cortaron las cabezas? —preguntó la Reina.

—¡Sus cabezas han desaparecido, Su Serena Majestad! —respondieron los soldados a gritos.

—¡Así me gusta! —gritó la Reina—. ¿Sabes jugar al croquet?

Los soldados permanecieron en silencio y volvieron los ojos hacia Alicia, ya que la pregunta estaba dirigida evidentemente a ella.

—¡Sí! —gritó Alicia.

—¡Ven, entonces! —rugió la Reina.

Y Alicia se unió al cortejo, preguntándose muy intrigada qué sucedería a continuación.

—¡Hace un... hace un día espléndido, ¿verdad? —dijo una tímida vocecita a su lado.

Estaba caminando junto al Conejo Blanco, que la miraba de reojo, con aire ansioso.

—¡Sí, ya lo creo! —dijo Alicia—. ¿Dónde está la Duquesa?

—¡Sssshhh! —la interrumpió el Conejo en voz baja.

Miraba con ansiedad por encima de su hombro mientras hablaba y luego se puso en puntas de pie, acercó la boca a la oreja de Alicia y susurró:

—Está condenada a muerte.

—¿Y por qué esa pena? —preguntó Alicia.

—¿Dijiste “¡Qué pena!”? —preguntó a su vez el Conejo.



—No, no dije “¡Qué pena!” —dijo Alicia—. No creo que sea una pena. Dije “¿Por qué esa pena?”

—Le dio un sopapo a la Reina... —empezó a decir el Conejo.

Alicia soltó una pequeña carcajada.

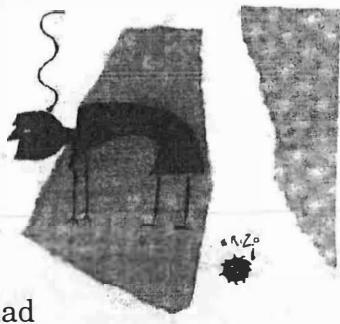
—¡Sshh! —murmuró el Conejo asustadísimo—. ¡Te puede oír la Reina! Lo que sucedió fue que llegó un poco tarde, y entonces la Reina dijo...

—¡Todos a sus puestos! —tronó la Reina.

Y todo el mundo salió disparado en todas direcciones. Se atropellaban y se caían unos encima de otros, a pesar de lo cual todos terminaron por ubicarse en sus lugares y comenzó el juego.

Alicia se dijo que jamás en su vida había visto una cancha de croquet más rara que esa: estaba llena de baches y de lomadas; las pelotas eran en realidad puercoespines vivos y los palos, flamencos, también vivos, en tanto los soldados tenían que doblarse en dos y apoyarse en pies y manos para convertirse en arcos.

La primera dificultad con que se topó Alicia fue el manejo de su flamenco. Por lo general lograba sostenerlo bastante bien, con el cuerpo debajo del brazo y las patas colgando, pero justo cuando lo veía con el cuello bien estirado y tenso y se disponía a golpear al puercoespín con su cabeza, el flamenco insistía en darse vuelta y mirarla a la cara, con una expresión tan sorprendida que Alicia no podía menos que echarse a reír. Y cuando por fin conseguía bajarle de nuevo la cabeza para seguir jugando notaba con



exasperación que el puercoespín se desenroscaba y comenzaba a alejarse a la rastra. Por otra parte, casi siempre había una lomada o un bache en el camino del puercoespín. Y todo esto, sumado al hecho de que los soldados-arcos no hacían más que ponerse de pie y mudarse a otro lugar de la cancha, terminó por convencer a Alicia de que se trataba de un juego verdaderamente difícil.

Los jugadores jugaban todos al mismo tiempo, sin esperar que les llegara el turno, discutiendo sin cesar y peleándose por los puercoespines; y al rato nomás la Reina ya estaba otra vez furiosa, dele patear el suelo y dele gritar “¡Qué le corten la cabeza!” no menos de una vez por minuto.

Alicia comenzó a sentirse muy incómoda; por cierto que no había tenido aún ninguna disputa con la Reina, pero sabía muy bien que podía suceder en cualquier momento. “Y entonces”, pensaba, “¿qué será de mí? Aquí tienen la horrible manía de andar cortándole la cabeza a todo el mundo; ¡lo que me llama la atención es que todavía quede gente viva!”

Estaba mirando a su alrededor tratando de descubrir alguna escapatoria y preguntándose si sería capaz de alejarse sin que los demás se dieran cuenta cuando notó una extraña aparición en el aire.

Al comienzo la intrigó mucho pero al rato se dio cuenta de que se trataba de una sonrisa, y entonces se dijo:

—Es el Gato de Cheshire: ahora tengo alguien con quien hablar.

—¿Qué tal? ¿Cómo te está yendo? —preguntó el Gato en cuanto tuvo suficiente boca como para hablar.

Alicia esperó a que aparecieran los ojos y entonces le hizo una seña con la cabeza. “No tiene sentido responderle nada mientras no le hayan aparecido las orejas, o al menos una de las orejas”, pensó.

Un minuto después apareció el resto de la cabeza y entonces Alicia dejó en el suelo su flamenco y comenzó a hacerle al Gato un breve relato del juego, feliz de tener alguien dispuesto a escucharla. El Gato debió suponer que ya era suficientemente visible a esta altura, porque se detuvo ahí y no siguió adelante con su aparición por etapas.

—No me parece que jueguen limpio —empezó a decir Alicia, en tono de queja—. Discuten tanto que ni siquiera se puede oír lo que uno está diciendo... y no parecen tener reglas de ningún tipo; o al menos, si las tienen, nadie las obedece... y no sabe cómo distrae eso de que todas las cosas estén vivas; por ejemplo, allá va el arco que tendría que atravesar yo ahora, caminando muy tranquilamente hacia la otra punta de la cancha... Hace un momento nomás podría haberle hecho croquet al puercoespín de la Reina, ¡sólo que en cuanto vio que el mío se acercaba rodando hacia donde él estaba se levantó y salió corriendo!

—¿Qué opinión tienes de la Reina? —preguntó el Gato, en voz baja.

—No me gusta nada —dijo Alicia—, es tan tremendamente...

En ese preciso momento notó que la Reina estaba a sus espaldas, muy cerca de ella, escuchando, de modo que siguió diciendo:

—... probable que gane, que prácticamente no tiene sentido seguir con el juego.

La Reina sonrió y siguió de largo.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó el Rey acercándose adonde estaba Alicia y mirando la cabeza del Gato con gran curiosidad.



—Es un amigo mío —respondió Alicia—, un Gato de Cheshire, permítame que se lo presente.

—No me gusta su aspecto en lo más mínimo —dijo el Rey—, pero puede besar mi mano si lo desea.

—Prefiero no hacerlo —dijo el Gato.

—¡No sea impertinente! —exclamó el Rey —¡Y no me mire de esa manera!

Se había ido colocando detrás de Alicia mientras hablaba.

—Un gato puede mirar a un rey —dijo Alicia—. Eso es algo que leí una vez no me acuerdo dónde.

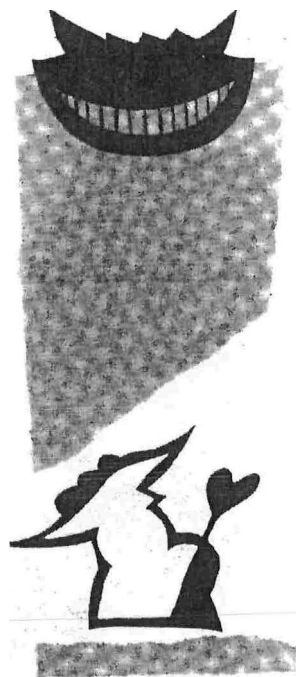
—Bien, habrá que deshacerse de él —dijo el Rey con gran decisión, y llamó a la Reina, que pasaba por ahí cerca—: ¡Querida! ¡Me gustaría que te deshicieses de este gato!

La Reina no tenía más que un modo de resolver sus problemas, grandes o pequeños.

—¡Que le corten la cabeza! —gritó sin siquiera echar una ojeada.

—Voy a ir yo mismo a buscar al verdugo —dijo el Rey con aire resuelto, y se alejó rápidamente.

Alicia pensó que ya iba siendo hora de averiguar cómo andaba el juego ya que volvió a oír la voz de la Reina chillando apasionadamente a lo lejos. La había oído sentenciar a muerte a tres de los jugadores por haber perdido su turno y no le gustaba nada el cariz que estaban tomando



las cosas, ya que el juego se había desordenado tanto que era imposible saber cuándo le correspondía jugar a uno. De modo que no lo pensó más y salió en busca de su puercoespín.

El puercoespín se había trezado en una lucha con otro puercoespín, por lo que Alicia pensó que se trataba de una excelente oportunidad para hacer una carambola; la única dificultad estaba en que su flamenco se había ido al otro extremo del jardín y estaba, según podía ver Alicia, intentando desmañadamente volar hasta la rama de un árbol.

Para cuando logró recapturar a su flamenco y traerlo de vuelta a la cancha, ya la pelea entre los puercoespines había terminado y ninguno de los contendientes estaba a la vista. “En realidad no importa demasiado”, pensó Alicia, “porque ya todos los arcos se escaparon de este lado de la cancha”. De modo que se metió el flamenco debajo del brazo para que no volviese a escaparse y volvió para seguir conversando un rato más con su amigo.

Cuando regresó adonde estaba el Gato de Cheshire, se sorprendió al notar que a su alrededor se agolpaba una considerable multitud; se había entablado una discusión entre el verdugo, el Rey y la Reina, y los tres hablaban al mismo tiempo, mientras el resto permanecía en silencio con aire preocupado.

En cuanto hizo su aparición Alicia, los tres se dirigieron a ella para plantearle la cuestión y cada uno defendió su punto de vista, sólo que como hablaban los tres al mismo tiempo, a Alicia le resultó muy difícil entender lo que decían.

El verdugo sostenía que uno no puede cortar la cabeza a alguien si no hay un cuerpo del que esa cabeza pueda ser cortada; que jamás había hecho tal cosa y que no iba a empezar a esta altura de su vida.

El Rey sostenía que cualquier cosa que tuviese cabeza podía ser decapitada, y que no había que decir disparates.

La Reina sostenía que, si no hacían algo de inmediato iba a mandar ejecutar a todos los que estaban ahí. (Era precisamente ese aspecto de su argumento el que hacía que todos los asistentes tuviesen ese aire tan serio y preocupado.)

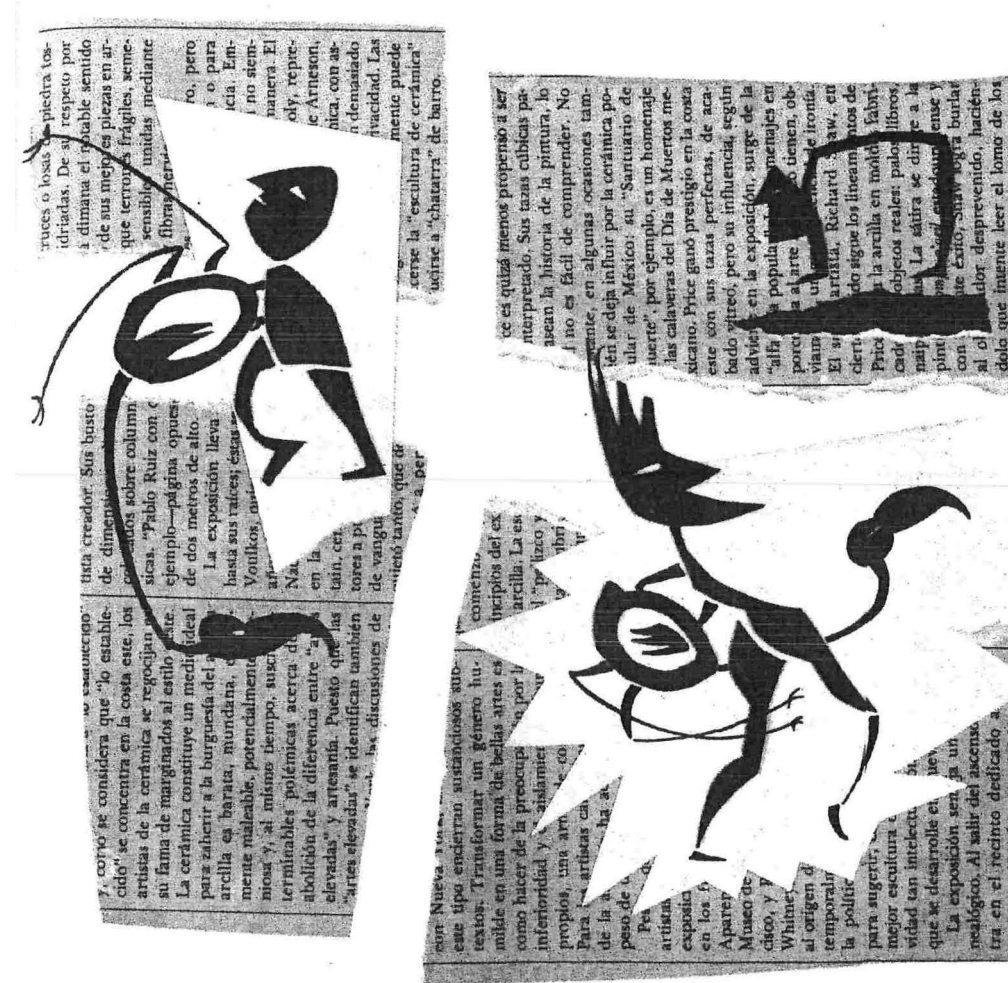
Alicia no pudo pensar en nada mejor que decir que:

—Pertenece a la Duquesa; de modo que va a ser mejor que le pregunten a ella al respecto.

—Está en la cárcel —dijo la Reina dirigiéndose al verdugo—. ¡Tráigala aquí enseguida!

Y el verdugo salió disparado como una flecha.

La cabeza del Gato comenzó a desvanecerse en cuanto el verdugo partió y, para cuando regresó con la Duquesa, ya había desaparecido del todo, de modo que el Rey y el verdugo se pusieron a correr de un lado al otro buscándolo desenfrenadamente, mientras el resto de la gente reiniciaba tranquilamente el juego.



Capítulo IX

La historia de la Símil Tortuga

—¡**N**O SABES LA ALEGRÍA que me da volver a verte, amorcito! —dijo la Duquesa tomando afectuosamente a Alicia del brazo.

Y se fueron las dos caminando juntas.

Alicia estaba encantada de que la Duquesa estuviese de tan buen humor, y pensó que tal vez fuese sólo por culpa de la pimienta que había estado tan violenta cuando se habían conocido en la cocina.

“Cuando yo sea Duquesa”, pensó (aunque con poca convicción), “no voy a permitir que haya *ningún* tipo de pimienta en mi cocina. La sopa es muy rica sin pimienta... Tal vez sea la pimienta la que hace que la gente sea tan irritable”, siguió pensando, orgullosa de haber descubierto una nueva regla, “y el vinagre lo que los pone agrios... y la manzanilla lo que los pone amargos... y... y los caramelos y todo eso lo que hace que los niños seamos tan dulces. ¡Ojalá que los grandes se diesen cuenta de eso; así no los mezquinarían tanto las golosinas!”.

A esta altura ya se había olvidado casi por completo de la Duquesa, de modo que se sobresaltó un poco cuando la oyó decir, muy cerca de su oreja:

—Estás pensando en algo, queridita, y eso hace que te olvides de conversar. No puedo decirte en este momento cuál es la moraleja que puede extraerse de esto, pero dentro de un ratito me voy a acordar.

—Tal vez no haya moraleja —se atrevió a sugerir Alicia.

—¡Nodigastonterías, niña! —dijo la Duquesa—. Todo tiene una moraleja, es sólo cuestión de encontrarla.

Y se apretujó un poco más contra Alicia mientras hablaba.

A Alicia no le causaba ninguna gracia estar tan cerca de ella; en primer lugar, porque la Duquesa era *muy* fea, y, en segundo lugar, porque tenía la estatura exacta como para apoyar su mentón en el hombro de Alicia, y se trataba de un mentón puntiagudo y sumamente incómodo. Sin embargo, no quería parecer grosera, de modo que lo soportó lo mejor que pudo.

—Parece que el juego anda mejor ahora —dijo, con ánimo de sostener la conversación.

—Así es —dijo la Duquesa—, y la moraleja de esto es: “¡Oh! ¡Es el amor, el amor, el que hace girar al mundo!”

—Alguien dijo una vez —murmuró Alicia—, que lo que hacía girar al mundo era que cada uno se ocupase de sus propios asuntos.

—¡Oh, bueno! Es más o menos lo mismo —dijo la Duquesa, hundiendo su mentón puntiagudo en el hombro de Alicia, agregando luego:— y la moraleja es: “¡Cuida el sentido de lo que dices, que el sonido de lo que dices puede cuidarse solo!”

“¡Cómo le gustan las moralejas!”, pensó Alicia.

—Supongo que te estarás preguntando por qué no te tomo de la cintura —dijo la Duquesa, luego de una pausa—, y la razón es la siguiente: es porque no estoy muy segura de cuál pueda ser el humor de tu flamenco. ¿Te parece que lo intente?

—Puede picar —respondió Alicia prudentemente y

sin el menor deseo de que la Duquesa intentase ese movimiento.

—Es muy cierto lo que dices —dijo la Duquesa—, los flamencos y la mostaza pican. Y la moraleja es: “Dios los cría y ellos se juntan”.

—Sólo que la mostaza no es un pájaro —señaló Alicia.

—Estás en lo cierto nuevamente —dijo la Duquesa—. ¡Con qué claridad te expresas!

—Es un mineral, *creo* —dijo Alicia.

—Sí, claro que sí —dijo la Duquesa, que parecía dispuesta a coincidir con cualquier cosa que Alicia dijese—, hay una gran mina de mostaza por aquí cerca. Y la moraleja es: “Lo mío mina lo tuyo”.

—¡No! ¡Ya sé! —exclamó Alicia, sin prestar atención a las últimas palabras de la Duquesa—. Es un vegetal. No parece, pero es.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo la Duquesa—, y la moraleja es: “Trata de ser como quieras parecer”, o, para decirlo de manera más sencilla; “Nunca pienses que no puedes ser diferente de como a los demás pudo haberles parecido que eras o pudiste haber sido y que no era en realidad diferente del modo en que les había parecido que era lo que tú habías sido”.

—Me parece que lo entendería mejor si lo viese escrito —dijo Alicia con amabilidad—, pero me cuesta seguirla.

—Eso no es nada comparado con lo que podría decir si quisiese —dijo la Duquesa halagada.

—Por favor, no se moleste en decirlo con más palabras todavía —dijo Alicia.

—¡Oh, no es molestia! —dijo la Duquesa—. Acepta todo lo que he dicho hasta ahora como un regalo de mi parte.

“¡Qué regalobarato!”, pensó Alicia. “¡Me alegro de que no se estile hacer regalos como éste para los cumpleaños!” Pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿Otra vez pensando? —preguntó la Duquesa, mientras hundía un poco más la punta aguzada de su mentón.

—Tengo derecho a pensar —dijo Alicia, en tono cortante, porque estaba empezando a incomodarse un poco.

—Tanto derecho como el que tienen los cerdos a volar —dijo la Duquesa—, y la mor...

Pero al llegar ahí, para gran sorpresa de Alicia, la voz de la Duquesa se desvaneció, a pesar de estar pronunciando su palabra favorita, “moraleja”, y el brazo que estaba enlazado con el de ella comenzó a temblar. Alicia levantó los ojos y vio a la Reina frente a ellas, con los brazos cruzados y el aire ceñudo y tormentoso.

—¡Lindo día, Su Majestad! —comenzó a decir la Duquesa, con una vocecita apenas audible.

—¡Ahora, escuche bien lo que le digo que es para su bien! —gritó la Reina, pateando el suelo mientras hablaba—; ¡una de dos: o usted o su cabeza deben desaparecer de aquí en un abrir y cerrar de ojos! ¡Así que: elija!

La Duquesa eligió y desapareció enseguida.

—Sigamos con el juego —le dijo la Reina a Alicia.

Y Alicia estaba demasiado asustada como para decir ni una palabra, de modo que la siguió lentamente hacia la cancha de croquet.

Los demás invitados habían aprovechado la ausencia de la Reina para tomarse un descansito a la sombra, pero, en cuanto la vieron llegar, se apresuraron a regresar al juego mientras la Reina se limitaba a comentar que un sólo instante de demora podría costarles la vida.

Mientras estuvieron jugando la Reina no dejó ni por un momento de discutir con los demás jugadores y de gritar “¡Que le corten la cabeza!” a cada instante. Aquellos a quienes sentenciaba a muerte eran tomados prisioneros por los soldados, que, por supuesto, se veían obligados a dejar de actuar como arcos para cumplir con la orden, de modo que, al cabo de una media hora, ya no quedaban más arcos y todos los jugadores, excepto el Rey, la Reina y Alicia, estaban prisioneros y sentenciados a muerte.

Fue entonces que la Reina abandonó el juego, bastante agitada, y le dijo a Alicia:

—¿Ya fuiste a visitar a la Símil Tortuga?

—No —respondió Alicia—. Ni siquiera sé lo que es una Símil Tortuga.

—Con ella se hace la símil sopa de tortuga, esa que parece sopa de tortuga pero que, en realidad, se hace con una cabeza de ternero —dijo la Reina.

—Nunca vi una símil tortuga, ni siquiera había oído hablar de ella —dijo Alicia.

—¡Entonces, vamos! ¡Andando! —dijo la Reina—, que te va a contar su historia.

Mientras se alejaban las dos juntas Alicia oyó que el Rey decía en voz baja a toda la compañía:

—Están todos perdonados.

“¡Qué suerte oír eso!” pensó Alicia, porque se sentía apenada por las muchas ejecuciones que había ordenado la Reina.

Muy pronto llegaron adonde había un Grifo, profundamente dormido al sol. (En caso de que no sepan qué es un Grifo, bastará con que miren el dibujo.)

—¡Arriba, haragán! —gritó la Reina—. Tienes que llevar a esta jovencita a visitar a la Símil Tortuga para

que le cuente su historia. Y yo debo regresar para vigilar que se cumplan las ejecuciones que he ordenado.

Se dio media vuelta y se fue, dejando a Alicia a solas con el Grifo.

A Alicia no le agradó demasiado el aspecto de la criatura pero, pensándolo bien, llegó a la conclusión de que no podía ser más peligroso quedarse con él que seguir a la salvaje de la Reina. De modo que esperó.

El Grifo se incorporó y se frotó los ojos. Luego se quedó mirando cómo la Reina se perdía de vista. Luego soltó una risita.

—¡Qué cómica! —dijo, en parte para sí mismo y en parte para Alicia.

—¿Qué es lo que le parece cómico? —preguntó Alicia.

—*Ella*, ¿quién va a ser? —respondió el Grifo—. ¡Es pura imaginación, es! Nunca ejecuta a nadie. ¿No sabías? ¡Vamos! ¡Andando!

“Acá todo el mundo me da órdenes”, pensó Alicia, mientras lo seguía lentamente; “¡jamás en toda mi vida me mandonearon tanto!”.

No se habían alejado demasiado cuando vieron a la Símil Tortuga allá a lo lejos, sentada triste y sola en una saliente de roca. A medida que se acercaban, Alicia pudo oírla suspirar como si se le estuviese partiendo el corazón, y sintió muchísima pena por ella.

—¿Por qué sufre? —le preguntó al Grifo.

Y el Grifo respondió, usando casilas mismas palabras que antes:

—¡Es pura imaginación, es! No sufre por nada. ¿No sabías? ¡Vamos! ¡Andando!



De modo que llegaron hasta donde estaba la Símil Tortuga, que los miró con sus grandes ojos inundados de lágrimas pero no dijo nada.

—Aquí está esta chica —dijo el Grifo—. Parece que quiere oír tu historia, parece.

—Se la voy a contar entonces —dijo la Símil Tortuga, con voz cavernosa y profunda—. Siéntense los dos y no digan una sola palabra hasta que yo haya terminado.

De modo que se sentaron y ninguno abrió la boca durante algunos minutos. Alicia pensó “No sé cómo va a hacer para terminar si nunca empieza”. Pero aguardó pacientemente.

—Hace mucho pero mucho tiempo —dijo la Símil Tortuga por fin con un hondo suspiro— yo fui una Tortuga Auténtica.

Luego de estas palabras, se sumergieron todos en un largo silencio, quebrado sólo de tanto en tanto por un ocasional graznido —¡crrraaac!— del Grifo y el incesante sollozar de la Símil Tortuga. Alicia estaba a punto de ponerse de pie para decir “¡Gracias, señor, por su interesante historia!” pero no podía evitar suponer que *debía* continuar de alguna manera, de modo que siguió sentada en silencio sin decir una sola palabra.

—Cuando pequeños —siguió por fin la Símil Tortuga, ya más calmada, aunque los sollozos seguían entrecortando sus palabras cada tanto— íbamos a la escuela en el mar. El maestro era una vieja Tortuga... Le decíamos Tortura...

—¿Y por qué la llamaban Tortura? —preguntó Alicia.

—Porque nos torturaba con las lecciones —respondió la Símil Tortuga muy enojada—. ¡Qué tonta que eres!

—¡Tendría que darte vergüenza preguntar una cosa tan simple! —agregó el Grifo.

Y luego ambos se quedaron sentados en silencio mirándola a la pobre Alicia, que deseaba que se la tragase la tierra. Por fin el Grifo le dijo a la Símil Tortuga:

—¡Vamos, vieja! ¿Qué estás esperando? ¡No tenemos todo el día!

Entonces la Símil Tortuga continuó con su historia.

—Sí, íbamos a la escuela en el mar, aunque no me creas...

—Yo nunca dije que no le creyese —la interrumpió Alicia.

—¡Sí que lo hiciste! —dijo la Símil Tortuga.

—¡Cierra el pico! —agregó el Grifo antes de que Alicia pudiese volver a hablar.

La Símil Tortuga siguió diciendo:

—Teníamos una educación muy esmerada... es más: íbamos todos los días a la escuela...

—Yo también voy a escuela todos los días —dijo Alicia—. No hay por qué vanagloriarse tanto.

—¿Con extras o sin extras? —preguntó la Símil Tortuga algo ansiosa.

—Con extras —dijo Alicia—. Francés y Música.

—¿Y Lavado? —preguntó la Símil Tortuga.

—¡No, claro que no! —respondió Alicia indignada.

—Ah, entonces la de ustedes no era una buena escuela —dijo la Símil Tortuga, con tono aliviado—. En cambio, en *mi* escuela, al final de la factura decía: “Extras: Francés, Música y *Lavado*”.

—No sé de qué podía servirles viviendo como vivían en el fondo del mar —comentó Alicia.

—Pero yo no podía permitirme los extras —dijo la

Símil Tortuga con un nuevo suspiro—. Sólo seguía los cursos ordinarios.

—¿Qué materias tenían? —quiso saber Alicia.

—Para empezar, aprendíamos a Lamer y a Escupir, por supuesto —respondió la Símil Tortuga—, y luego las diferentes ramas de la Aritmética: Zurra, Fiesta, Nulificación y Delación.

—Nunca oí hablar de Nulificación —se atrevió a decir Alicia—. ¿En qué consiste?

El Grifo levantó ambas garras en señal de sorpresa.

—¡Nunca oyó hablar de nulificación! —exclamó—. Supongo que habrás oído hablar de multiplicación, ¿no?

—Sí—dijo Alicia sin mucha convicción—. Significa... significa hacer que las cosas crezcan... que sean más.

—Bueno, entonces si no sabes lo que es nulificación eres una imbécil.

Alicia no se sintió estimulada para seguir preguntando, de modo que se volvió hacia la Símil Tortuga y le preguntó:

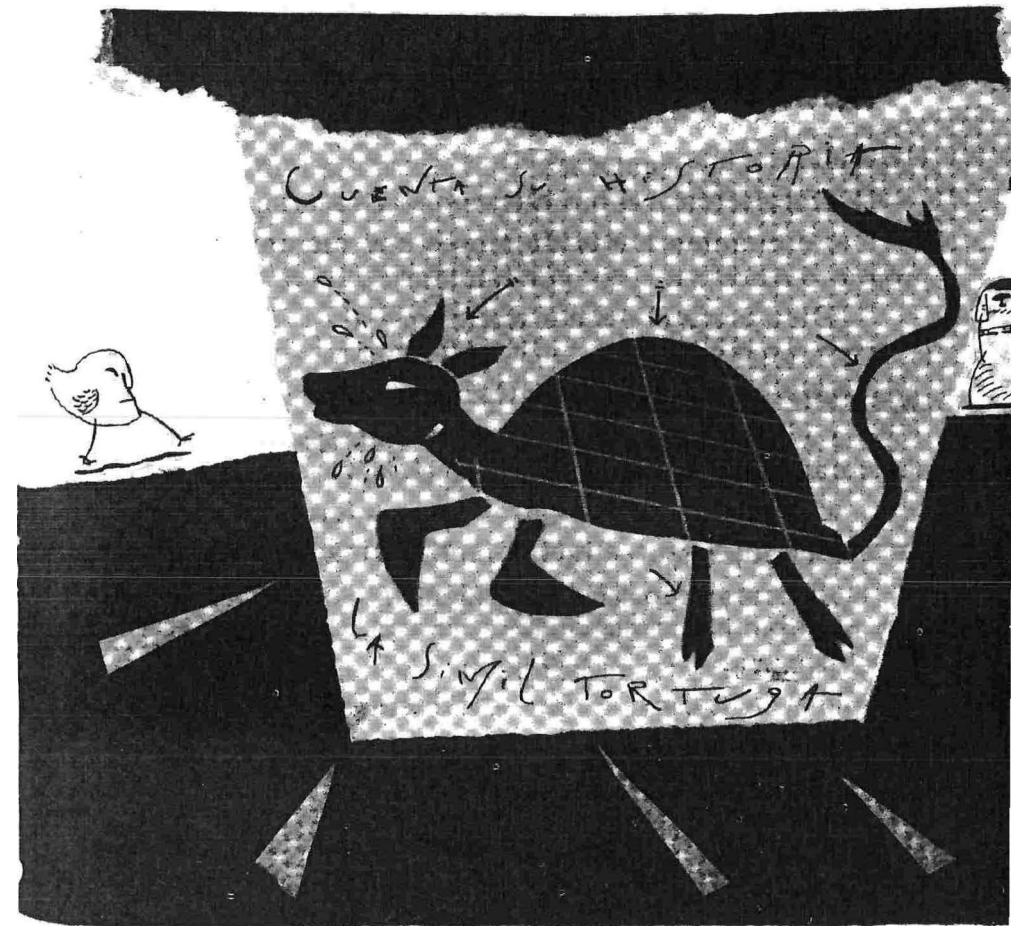
—¿Qué más estudiaba?

—Bueno, Histeria —respondió la Símil Tortuga, mientras llevaba cuenta de las materias con sus aletas—. Histeria Antigua y Moderna, con Mareografía, y teníamos Burbujo... el profesor de Burbujo era un viejo cangrejo. Solía venir una vez a la semana; nos enseñaba Burbujo, Bostezo y Cintura al óleo.

—¿Y eso cómo era?

—No te voy a poder hacer una demostración porque ya estoy demasiado duro —dijo la Símil Tortuga—. Y el Grifo no sabe; nunca lo aprendió.

—No tuve ocasión —dijo el Grifo—, pero fui a un



maestro de lenguas clásicas, eso sí. ¡Flor de cangrejo era ese!

—Yo nunca asistí a sus clases —se lamentó a su vez la Símil Tortuga—. Enseñaba Patín y Riego, según decían.

—Ya lo creo, ya lo creo... —dijo el Grifo, suspirando él también.

Y ambas criaturas hundieron sus caras en sus manos.

—¿Y cuántas horas de clases por día tenían? —preguntó Alicia, ansiosa por cambiar de tema.

—Diez horas el primer día, nueve al día siguiente, etcétera, etcétera —dijo la Símil Tortuga.

—¡Qué raro! —exclamó Alicia.

La idea le resultaba tan novedosa que se quedó pensando un rato en ella antes de observar:

—Entonces el día número once era feriado.

—Por supuesto —dijo la Símil Tortuga.

—¿Y qué hacían al día siguiente? —insistió Alicia muy intrigada.

—Bueno, basta de hablar de lecciones —los interrumpió el Grifo con decisión—. Hablemos un poco de los recreos.

Capítulo X

La Cuadrilla de la Langosta

LA SÍMIL TORTUGA SUSPIRÓ profundamente y se cubrió los ojos con una aleta. Luego la miró a Alicia e intentó hablar, pero la voz siguió entrecortada por sollozos durante un buen rato.

—Como si se hubiese atragantado con un carozo —dijo el Grifo, y se puso a sacudirla y a golpearle la espalda.

Por fin la Símil Tortuga recuperó su voz y siguió diciendo, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Tal vez no hayas vivido largo tiempo en el fondo del mar... (—Eso es cierto —dijo Alicia)...y tal vez jamás te hayan presentado a una langosta... (Alicia comenzó a decir: —Una vez probé una..., pero se interrumpió a tiempo y se rectificó: —No, nunca.) ...¡de modo que no tendrás ni idea de lo encantadora que es la Cuadrilla de la Langosta!

—No, claro que no —dijo Alicia—. ¿Qué clase de baile es?

—Bueno —dijo el Grifo—, lo primero es hacer una fila en la costa.

—¡Dos filas! —gritó la Símil Tortuga—. Focas, tortugas, salmones y demás; después, cuando ya se sacaron las medusas del camino...

—¡Eso es algo que lleva su tiempo! —interrumpió el Grifo.

—... hay que avanzar dos pasos...

—¡Cada uno con su langosta de compañera!

—Por supuesto —dijo la Símil Tortuga—. Bueno, avanzar dos pasos, formar parejas...

—... cambiar de langosta y retirarse en el mismo orden —completó el Grifo.

—Luego, ya se sabe —siguió la Símil Tortuga—, hay que arrojar...

—... ¡las langostas! —gritó el Grifo pegando un salto en el aire.

—... lo más lejos que se pueda...

—¡Y nadar tras ellas! —chilló el Grifo.

—¡Dar una voltereta en el mar! —gritó la Símil Tortuga brincando enloquecidamente.

—¡Y a cambiar de langostas otra vez! —aulló el Grifo en el pico de su voz.

—Vuelta a tierra y... fin de la primera figura —dijo la Símil Tortuga bajando súbitamente la voz.

Y las dos criaturas, que habían estado brincando como locas todo el tiempo, volvieron a sentarse muy tristes y quietitas y fijaron sus ojos en Alicia.

—Ha de ser un baile muy lindo —dijo Alicia con timidez.

—¿Te gustaría una pequeña demostración?

—Claro que sí —dijo Alicia.

—Vamos, probemos de hacer la primera figura —le dijo la Símil Tortuga al Grifo—. Podemos arreglárnoslas sin las langostas, ¿no es cierto? ¿Quién de los dos canta?

—Oh, canta tú —dijo el Grifo—. Yo me olvidé de la letra.

De modo que comenzaron a bailar solemnemente

alrededor de Alicia, pisándole los pies cada vez que pasaban demasiado cerca de ella y marcando el ritmo de la danza con sus patas delanteras, mientras la Símil Tortuga cantaba con aire pausado y triste:

El atún le decía “¡Vamos, corre!” a un caracol,

“El delfín que nos persigue ya la cola me pisó.

Las tortugas, las langostas ya empezaron a avanzar.

Nos esperan en la costa... ¡Ven y vamos a bailar!

¡A que sí, a que no,

a que vamos a bailar!

¡Ni siquiera te imaginas lo que vas a disfrutar,

cuando nos arrojen lejos con las langostas al mar!”.

El caracol le responde que es enorme la distancia,
que agradece que lo invite, pero que esta vez no baila.

¡Que no sabe, que no quiere

que prefiere no bailar!

“¿Y qué importa la distancia?”, insistió su amigo el pez.

“Más allá hay otra costa... ¡En serio! ¡Ya vas a ver!

Si te alejas de Inglaterra, más cerca de Francia estás.

No temas, caracolito... ¡Ven y vamos a bailar!

¡A que sí, a que no,

a que vamos a bailar!

—Gracias, es un baile muy lindo de ver —dijo Alicia, feliz de que por fin hubiese terminado—. ¡Y me encantó la canción esa acerca del atún!

—Ah, bueno, con respecto a los atunes —dijo la Símil Tortuga—, supongo que... supongo que ya los conoces, ¿verdad?

—Sí —dijo Alicia— los vi muchas veces en el almuer...—pero se detuvo a tiempo.

—No sé dónde quedará Elalmuer —dijo la Símil Tortuga—, pero ya que los viste tan a menudo los conocerás bien, ¿verdad?

—Sí, creo que sí —dijo Alicia tratando de hacer memoria—. Tienen la cola metida adentro de la boca... y están cubiertos de pan rallado.

—Te equivocas con respecto al pan rallado —dijo la Símil Tortuga—, el pan rallado se les saldría con el agua del mar. Pero sí es cierto que tienen la cola adentro de la boca, y eso se debe a que...

Al llegar aquí la Símil Tortuga bostezó y cerró los ojos.

—Dile a qué se debe, cuéntale todo el asunto —dijo dirigiéndose al Grifo.

—Bueno, es porque resulta que los atunes quieren a toda costa ir a bailar con las langostas, ¿no?

—dijo el Grifo—. Y entonces resulta que los tiran al mar, ¿no?

Y entonces resulta que caen lejos, bien pero bien lejos, ¿no? Y entonces resulta que la cola se

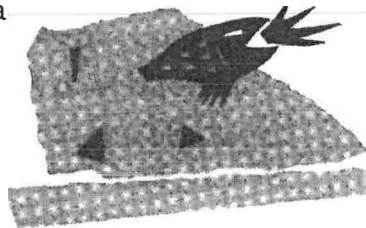
les mete en la boca, bien pero bien adentro

de la boca, ¿no? Y entonces resulta que no la pueden volver a sacar. ¡Y eso es todo!

—Gracias —dijo Alicia—. Es muy interesante. Nunca me habían contado tantas cosas acerca de los atunes.

—Y puedo contarte más si quieres —dijo el Grifo—. Por ejemplo, ¿sabes por qué se llama atún el atún?

—No, nunca se me ocurrió preguntarme eso —dijo Alicia—. ¿Por qué?



—*Porque sirve para lustrar los zapatos* —respondió el Grifo con gran solemnidad.

Alicia estaba desconcertada. “¡Para lustrar los zapatos!” se repetía muy intrigada.

—Bueno, ¿con qué lustran tus zapatos? —preguntó el Grifo.

Alicia bajó los ojos para mirárselos antes de responder:

—Con betún, supongo.

—Bueno en el mar lustramos los zapatos con atún, no con betún. Ahora ya lo sabes.

—¿Y cómo son los zapatos que se usan en el mar? —preguntó Alicia con mucha curiosidad.

—Comunes y corrientes. Tienen taco y anzuelas, y se atan con camarones, claro está —respondió el Grifo con impaciencia—. ¡Hasta una almeja lo sabe!

—Si yo hubiese sido el atún —dijo Alicia, que seguía pensando en la letra de la canción—, yo le habría dicho al delfín “¡Señor, manténgase a distancia, por favor! ¡No queremos que venga con nosotros!”.

—Pero tenían obligación de dejarlo ir con ellos —dijo la Símil Tortuga—. Ningún pez que se precie iría a ninguna parte sin un delfín.

—¿En serio? —preguntó Alicia sorprendidísima.

—Claro que no —dijo la Símil Tortuga—. Por ejemplo, si un pez viniese a decirme a mí que está por salir de viaje, yo lo primero que le preguntaría sería “¿con qué delfín?”

—¿No querrá usted decir “¿con qué fin?”.

—Yo quiero decir lo que digo —respondió la Símil Tortuga con tono ofendido.

Y el Grifo agregó:

—Bueno, ahora a ver si nos cuentas tú alguna cosa que te haya sucedido.

—Puedo contarles mis aventuras desde esta mañana —empezó a decir Alicia con timidez—, pero no tiene sentido que empiece por ayer porque ayer yo era otra persona.

—A ver, explícate —dijo la Símil Tortuga.

—¡No y no! ¡Primero que cuente! —dijo el Grifo impaciente—; las explicaciones llevan muchísimo tiempo.

De modo que Alicia comenzó por contarles todas sus aventuras desde el momento en que vio al Conejo Blanco. Estaba un poco nerviosa al empezar: ¡estaban *tan* cerca las dos criaturas de ella y abrían *tanto* la boca! Pero fue ganando confianza a medida que contaba. Sus oyentes se mantuvieron en absoluto silencio hasta que llegó a la parte en que ella le recitaba “*Eres viejo, padre mío...*” a la Oruga y las palabras le salían todas diferentes. Ahí la Símil Tortuga dio un largo suspiro y dijo:

—¡Eso sí que es raro!

—¡Rarísimo! —dijo el Grifo.

—¡Así que todo salió diferente! —repetía la Símil Tortuga con preocupación—. A ver, me gustaría que me recitase algo ahora. Dile que empiece.

Se dirigía al Grifo, como si considerase que tenía algún tipo de autoridad sobre Alicia.

—Ponte de pie y recita *Es la voz del perezoso* —dijo el Grifo.

“¡Qué manía que tienen todas estas criaturas de dar órdenes y de tomarle la lección a una todo el tiempo!”, pensó Alicia. “Al fin de cuentas, es como estar en la escuela”.

Pero de todos modos obedeció. Se puso de pie y comenzó a recitar, aunque tenía la cabeza tan llena con

la Cuadrilla de la Langosta, que a gatas si sabía lo que decía, y las palabras sonaban realmente muy extrañas:

Es la voz de la Langosta.

que decía, y yo escuché:

*“Me tostaron demasiado;
mi pelo azucararé”.*

Como el pato con los párpados

ella con la nariz va a hacer;

botones y cinto ajusta,

abre puntas de los pies.

Cuando la arena está seca

alegre como alondra está;

la oigo hablar con desprecio

del tiburón de altamar.

Mas si sube la marea

y se acerca el tiburón

la oigo hablar suavecito,

le va temblando la voz.

—Eso suena muy distinto de lo que solía recitar yo cuando era niño —dijo el Grifo.

—Bueno, por mi parte, es la primera vez que oigo eso —dijo la Símil Tortuga—, y me parece un reverendo disparate.

Alicia no dijo nada más: se había vuelto a sentar con la cabeza entre la manos, preguntándose si alguna vez

las cosas volverían a suceder del modo acostumbrado.

—Me gustaría que me lo explicaran —dijo la Símil Tortuga.

—No creo que ésta sea capaz de explicarte nada —se apresuró a responder el Grifo—. Adelante, recita la siguiente estrofa.

—Pero ¿cómo es eso de las puntas de los pies? —insistió la Símil Tortuga—. ¿Cómo puede ser que haya separado las puntas de los pies con la nariz?

—Es la primera posición para la danza —dijo Alicia, pero no parecía demasiado convencida porque todo ese asunto la intrigaba muchísimo, y estaba deseosa de cambiar de tema.

—Vamos, adelante con la estrofa siguiente —repitió el Grifo—. Comienza *Pasé por su casa...*

Alicia no se atrevió a desobedecer, aunque estaba segura de que iba a salir todo mal, y siguió con voz temblorosa:

*Pasé por su casa y vi, con un ojo,
que el tigre y el búho comían pastel.*

*El tigre se queda con masa y relleno
y al búho le toca la fuente lamer.*

*El festín se ha acabado y deciden que el búho
conserva la cuchara que usó como don.*

*Pero al tigre le tocan tenedor y cuchillo
y puso fin al banquete cuando al búho c...*

—¿De qué sirve que repitas todas esas pavadas si no te explicas un poco? —interrumpió la Símil Tortuga—. ¡Nunca en mi vida escuché una cosa más enredada!

—Sí, creo que lo mejor es que te vayas yendo —dijo el Grifo, y Alicia se alegró mucho de oírlo.

—¿Te parece que hagamos otra figura de la Cuadrilla de la Langosta? —siguió el Grifo—. ¿O preferirías que la Símil Tortuga te cante otra canción?

—¡Oh, sí, que cante una canción por favor, si es tan amable! —respondió Alicia, con tanto entusiasmo que el Grifo murmuró, con tono algo ofendido:

—¡Bueno, sobre gustos no hay nada escrito! ¿Por qué no le cantas *Sopa de tortuga*, viejo?

La Símil Tortuga suspiró profundamente y comenzó a cantar, con la voz entrecortada por los sollozos:

*Espléndida sopa, tan verde y espesa,
que estás esperándonos ahí sobre la mesa.
¿Quién se resiste a algo tan exquisito?
¡Espléndida sopa, rica sopita!
¡Espléndida sopa, rica sopita!
¡Espléeeeendida soooooopa,
riiiiiica sopiiiiita!
¡Sopa de la noche,
riquísima sopa!*

*Espléndida sopa, ¿quién piensa en pescado
o en otro platillo muy elaborado?
Yo lo cambiaría todo por un pó
por un poquitito de espléndida só,
por un poquitito de espléndida só.*

¡Espléeeendida soooooopa,
riiiiica sopiiiiita!
¡Sopa de la noche,
riquísima sopa!

—¡Otra vez! —gritó el Grifo.

Y la Símil Tortuga había comenzado apenas a repetirla cuando se oyó a lo lejos un grito:

—¡Comienza el juicio!

—¡Vamos! ¡Andando! —dijo el Grifo y, tomándola a Alicia de la mano, se alejó rápidamente sin aguardar el final de la canción.

—¿De qué juicio se trata? —preguntó Alicia, jadeando mientras corría.

Pero el Grifo sólo respondía:

—¡Vamos! ¡Andando!

Y corría más rápido todavía, mientras se oían, cada vez más débiles y lejanas, arrastradas por la brisa, las palabras de la canción:

*Sopa de la noche,
riquísima sopa.*



Capítulo XI

¿Quién robó las tartas?

CUANDO LLEGARON, EL REY y la Reina de Corazones ya estaban sentados en sus tronos, rodeados por una multitud: todo tipo de pájaros y de animales más el mazo completo de cartas. La Sota estaba de pie frente a ellos, encadenada, con un soldado de guardia a cada lado, y, cerca del Rey, estaba el Conejo Blanco, con una trompeta en una mano y un rollo de pergamino en la otra.

En el centro de la asamblea había una mesa con una gran bandeja de tartas. Parecían tan ricas que Alicia sintió hambre al verlas.

“Espero que terminen con el juicio pronto”, pensó, “así sirven cuanto antes el refrigerio”.

Pero no había ningún indicio de que esto fuera a suceder, de modo que Alicia se dedicó a mirar a su alrededor para pasar el tiempo.

Era la primera vez que estaba en un tribunal, pero había leído acerca de los tribunales y se alegró al darse cuenta de que conocía el nombre de casi todas las cosas que había ahí adentro.

—Ese es el juez —se dijo—; lo reconozco por la gran peluca que tiene.

El juez, entre paréntesis, no era otro que el Rey, y, dado que usaba la corona encima de la peluca (observen la página 137 si desean saber qué aspecto tenía), no parecía

sentirse nada cómodo y, para decir verdad, tampoco se lo veía demasiado elegante.

Ese es el estrado del jurado —pensó Alicia—, y supongo que esas doce criaturas (no tenía más remedio que llamarlas “criaturas” porque algunos eran pájaros y otros animales) serán los doce juramentados.

“Juramentados” le parecía una palabra muy importante, y se la repitió dos o tres veces con orgullo, ya que consideraba —con toda razón— que muy pocas niñas de su edad conocían su significado. Sin embargo, habría alcanzado con que los llamara “miembros del jurado”.

Los doce jurados estaban muy atareados escribiendo en sus pizarras.

—¿Qué es lo que hacen? —preguntó Alicia al Grifo en un susurro—. No pueden tener nada que escribir antes de que empiece el juicio.

—Están escribiendo sus nombres —le respondió el Grifo en el mismo tono—. Tienen miedo de olvidárselo antes de que termine el juicio.

—¡Qué estúpidos que son! —empezó Alicia en voz alta y con tono indignado; pero se detuvo de inmediato, ya que el Conejo Blanco gritó:

—¡Silencio en la sala!

Y el Rey se puso sus anteojos y miró ansiosamente a su alrededor para averiguar quién había hablado.

Alicia pudo ver, con toda claridad, como si estuviese espiándolos por encima del hombro, que todos los jurados escribían “¡Qué estúpidos que son!” en sus pizarras, e incluso pudo darse cuenta de que uno de ellos no sabía deletrear “estúpido” ya que tuvo que preguntarle al compañero.

“¡Lindo desastre van a ser esas pizarras antes de que termine el juicio!”, pensó Alicia.

Uno de los jurados tenía una tiza que chirriaba. Y eso, por supuesto, era algo que Alicia no podía tolerar. De modo que dio toda la vuelta a la sala hasta quedar detrás de él y pronto encontró la oportunidad de sacársela. Lo hizo con un movimiento tan veloz que el pobre pequeño jurado (se trataba de Guille, la lagartija) no pudo entender qué se había hecho de ella; de modo que, luego de buscarla por todas partes, se vio obligado a escribir con un dedo durante el resto del día, y eso resultaba poco práctico, ya que no quedaban huellas en la pizarra.

—¡Heraldo! ¡Lea la acusación! —ordenó el Rey.

Entonces el Conejo sopló tres veces en la trompeta y luego desenrolló el pergamino y leyó lo siguiente:

*La Reina de Corazones
cocinó sus ricas tartas
en un día de verano.*

*La Sota de Corazones
se robó esas ricas tartas;
muy lejos las ha llevado.*

—Consideren su veredicto —les dijo el Rey a los miembros del jurado.

—¡No! ¡Todavía no! —se apresuró a interrumpirlo el Conejo—. ¡Falta mucho antes de eso!

—Que comparezca el primer testigo —dijo el Rey.

Y el Conejo Blanco sopló tres veces la trompeta y gritó: “¡Que pase el primer testigo!”.

El primer testigo era el Sombrerero. Venía con una taza de té en una mano y un pan con manteca en la otra.

—Le pido disculpas, Majestad, por traer esto —em-

pezó diciendo—, pero resulta que no había terminado aún mi té cuando me mandaron llamar.

—Ya debería haber terminado —sentenció el Rey—. ¿Cuándo empezó?

El Sombrerero miró a la Liebre de Marzo, que lo había seguido hasta el tribunal del braceo con el Lirón.

—Creo que fue el catorce de marzo, ¿no es cierto?

—El quince —dijo la Liebre de Marzo.

—El dieciséis —dijo el Lirón.

—Escriban eso —dijo el Rey al jurado.

Y todos escribieron con mucho entusiasmo en sus pizarras las tres fechas, luego las sumaron y redujeron la respuesta a chelines y peniques.

—¡Quítese su sombrero! —le dijo el Rey al Sombrerero.

—No es mío —dijo el Sombrerero.

—¡Robado! —exclamó el Rey volviéndose hacia el jurado, que de inmediato anotó la evidencia.

—Todos los sombreros que tengo son para vender —agregó el Sombrerero a manera de explicación—. No tengo sombreros propios, soy un sombrerero.

Ahí fue cuando la Reina se acomodó los anteojos y comenzó a mirar fijo al Sombrerero, que se puso pálido y comenzó a jugar con los dedos.

—Presente su testimonio —ordenó el Rey—, y nada de ponerse nervioso, o lo mando ejecutar en el acto.

Esto no pareció dar muchos ánimos al testigo: seguía balanceándose en uno y otro pie, echándole ojeadas nerviosas a la Reina y era tal su desasosiego que terminó por darle un mordiscón a la taza en lugar de dárselo al pan con manteca.



Fue precisamente entonces cuando Alicia comenzó a experimentar una sensación extraña, que la intrigó mucho hasta que por fin descubrió de qué se trataba: estaba creciendo nuevamente. Al comienzo pensó en ponerse de pie y abandonar el tribunal, pero luego lo pensó mejor y decidió quedarse hasta tanto hubiese suficiente espacio para ella.

—A ver si haces el favor de no apretujarme tanto —dijo el Lirón, que estaba sentado a su lado—. Ya casi no puedo ni respirar.

—Lo siento, lo hago sin querer —dijo Alicia con toda humildad—, es que estoy creciendo.

—Sí, pero no hay derecho a que te pongas a crecer justamente *aquí* —protestó el Lirón.

—¡No diga disparates! —replicó Alicia con severidad—; usted también está creciendo, ¿sabía?

—Sí, pero yo crezco a un ritmo razonable —se defendió el Lirón—, y no de esa manera tan ridícula.

Y luego de decir esto se puso de pie de muy mal humor y se trasladó al otro extremo del tribunal.

Mientras tanto la Reina no había dejado de mirar fijo al Sombrerero ni por un momento y, precisamente cuando el Lirón se estaba mudando de lugar, dijo a uno de los oficiales de la corte:

—¡Tráigame la lista de cantantes del último concierto!

Y esas palabras hicieron temblar tanto al desdichado Sombrerero que se le salieron los zapatos.

—Presente su testimonio —repitió el Rey muy enojado— o lo mando ejecutar, esté o no esté nervioso.

—Soy un pobre hombre, Majestad —comenzó a decir el Sombrerero con voz temblorosa—, y apenas si había

comenzado a tomar el té... hace una semana o algo así... y para colmo con las rebanadas de pan de hoy en día, que cada vez vienen más delgadas... y el tecito que brilla y brilla en mi taza...

—¿Qué era lo que brillaba? —preguntó el Rey.

—Decía que todo empieza con mi té... —respondió el Sombrerero.

—¡Ya sé que “todo” empieza con T (aunque no creo que la T sea suya)! ¿Me está tomando por idiota? ¡Vamos, continúe!

—Soy un pobre hombre —repitió el Sombrerero—, y las cosas seguían brilla que te brilla... y entonces la Liebre de Marzo dijo...

—¡Yo no dije nada! —lo interrumpió de golpe la Liebre de Marzo.

—¡Sí que dijiste! —dijo el Sombrerero.

—Lo desmiento —dijo la Liebre de Marzo.

—Lo desmiento —repitió el Rey—, así que borren eso.

—Bueno, sea como sea, el Lirón dijo... —siguió el Sombrerero mirando ansiosamente a su alrededor por si también le iban a desmentir eso.

Pero el Lirón dormía profundamente, de modo que no estaba en condiciones de desmentir nada.

—Luego —siguió el Sombrerero—, me preparé un poco más de pan con manteca...

—Pero ¿qué fue lo que dijo el Lirón? —preguntó uno de los miembros del jurado.

—No me acuerdo —dijo el Sombrerero.

—Pero *debe* acordarse —señaló el Rey—, porque si no lo mando ejecutar.

El pobrecito Sombrerero dejó caer su taza de té y su pan con manteca e hincó una rodilla en el suelo.

—Soy un pobre hombre, Majestad —comenzó nuevamente.

—Al menos es un pobre orador, de eso no cabe duda —dijo el Rey.

Al oír esto uno de los cobayos quiso festejar el chiste pero fue reprimido de inmediato por los oficiales de la corte. (Como esa palabra —“reprimir”— es algo fuerte, voy a tener que explicarles el procedimiento. Tenían una gran bolsa de lona que se ataba con cordones. Metieron al cobayo adentro, cabeza abajo, y luego se le sentaron encima).

“Me alegro de haber presenciado esto”, pensó Alicia. “Tantas veces leí en el diario que ‘hubo un amago de aplauso que fue *reprimido* por los oficiales de la corte’, y nunca entendía bien lo que querían decir con eso”.

—Si eso es todo lo que sabe del caso, ya puede bajar —siguió diciendo el Rey.

—No puedo bajar más —dijo el Sombrerero—. Estoy parado en el suelo.

—Entonces siéntese —dijo el Rey—, así está más bajito.

Cuando dijo esto el segundo cobayo aplaudió, y fue convenientemente reprimido.

“Bueno, ¡ya no quedan más cobayos!”, pensó Alicia. “Supongo que ahora todo va a andar mejor”.

—Preferiría terminar mi té —dijo el Sombrerero, echándole una ojeada ansiosa a la Reina, que estaba concentrada leyendo la lista de los cantantes.

—Puede retirarse... —dijo el Rey.

Y el Sombrerero abandonó el tribunal a toda marcha, sin siquiera aguardar a ponerse los zapatos.



—... y que le corten la cabeza cuando salga —agregó la Reina dirigiéndose a uno de los oficiales.

Pero el Sombreroero ya había desaparecido cuando el oficial logró llegar a la puerta.

—¡El siguiente testigo! —llamó el Rey.

El siguiente testigo era la cocinera de la Duquesa. Llevaba un tarro de pimienta en la mano, y Alicia adivinó de quién se trataba mucho antes de que entrara en la sala por el modo en que las personas ubicadas cerca de la puerta comenzaron a estornudar, todos al mismo tiempo.

—Presente su testimonio —dijo el Rey.

—Ni pienso —dijo la cocinera.

El Rey miró con ansiedad al Conejo Blanco, que dijo, en voz baja:

—Majestad, corresponde que usted repregunte.

—Bueno, si no hay más remedio —dijo el Rey con aire melancólico, y, cruzándose de brazos y mirando a la cocinera con el ceño tan fruncido que prácticamente hizo desaparecer sus ojos debajo de sus cejas, preguntó con voz grave: —¿De qué están hechas las tartas?

—De pimienta principalmente —dijo la cocinera.

—De jarabe —dijo una voz soñolienta a sus espaldas.

—¡Ahorquen a ese Lirón! —chilló la Reina—. ¡Decapítenlo! ¡Arrójenlo fuera de esta sala! ¡Reprímanlo! ¡Pellízquenlo! ¡Arránquenle los bigotes!

Durante algunos minutos la corte entera quedó sumida en la mayor confusión, mientras echaban fuera al Lirón, y, para cuando todos volvieron a sus asientos, la cocinera había desaparecido.

—¡No importa! —dijo el Rey con gesto de gran alivio—. Que pase el siguiente testigo.

Y luego agregó en voz baja dirigiéndose a la Reina:

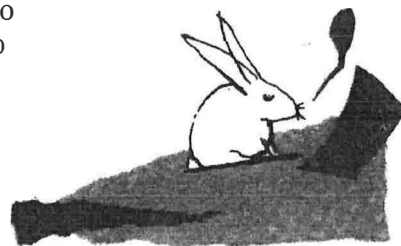
—Querida, por favor, sigue tú con el próximo testigo. ¡A mí eso de repreguntar me da dolor de cabeza!

Alicia examinó al Conejo Blanco, que recorría con el dedo la lista: sentía gran curiosidad por saber quién sería el próximo testigo.

“... Al fin de cuentas por ahora no lograron enterarse de gran cosa”, se dijo para sus adentros.

De modo que imaginen su sorpresa cuando el Conejo Blanco leyó en voz alta, forzando al máximo su vocecita chillona:

—¡Alicia!



Capítulo XII

El testimonio de Alicia

—¡**P**RESENTE! —GRITÓ ALICIA, sin acordarse, en la confusión del momento, lo mucho que había crecido en esos últimos minutos.

Se puso de pie con tanta brusquedad que volcó el estrado del jurado con el ruedo de su vestido y todos sus miembros cayeron de cabeza sobre el público que se apiñaba en la sala. Y ahí estaban los pobres, desparramados. Al verlos, Alicia no pudo menos que recordar la pecera que había volcado accidentalmente una semana antes.

—¡Oh! ¡Lo siento mucho! —exclamó en un tono apesadumbrado, y comenzó a recogerlos lo más rápidamente que pudo, ya que no podía sacarse de la cabeza el incidente de la pecera y tenía la vaga sensación de que había que recogerlos de inmediato y ponerlos de vuelta en el estrado porque si no morirían irremediablemente.

—El juicio no puede continuar —dijo el rey, en voz sumamente grave— hasta tanto todos los miembros del jurado regresen a sus lugares... *todos* —repitió con gran énfasis mirando fijo a Alicia mientras hablaba.

Alicia miró hacia el estrado y vio que, en el apuro, había colocado a Guille, la Lagartija, cabeza abajo, y que el pobre estaba balanceando tristemente la cola, incapaz de moverse. Volvió a sacarlo y lo colocó correctamente.

“Aunque no creo que signifique una gran diferencia”,

pensó; “Me temo que puede ser tan útil para este juicio cabeza arriba como cabeza abajo”.

El jurado, en cuanto se recuperó un poco del vuelco y logró dar con sus pizarras y sus tizas, volvió a concentrarse en la tarea de escribir diligentemente la reseña del accidente que acababan de sufrir. Todos excepto Guille, que parecía demasiado sobrecogido como para hacer nada que no fuese sentarse con la boca abierta y la mirada perdida en el techo de la habitación.

—¿Qué sabe usted de todo este asunto? —preguntó el Rey dirigiéndose a Alicia.

—Nada —respondió Alicia.

—¿Nada de nada? —insistió el Rey.

—Nada de nada —dijo Alicia.

—Eso es muy relevante —dijo el Rey, volviéndose hacia el jurado.

El jurado ya comenzaba a escribir aplicadamente en sus pizarras cuando el Conejo Blanco intervino para decir:

—Irrelevante. Su Majestad quiere decir que eso es irrelevante, no relevante, por supuesto —explicó, en tono respetuoso, pero frunciendo el ceño y haciéndole muecas al Rey mientras hablaba.

—Sí, claro. Lo que quise decir es que es irrelevante —se apresuró a corregir el Rey, y siguió diciéndose para sí, en voz baja: “relevante... irrelevante... relevante... irrelevante”, como si estuviese ensayando para ver cuál de las dos palabras sonaba más impresionante.

Algunos de los miembros del jurado escribieron “relevante” y otros “irrelevante”. Eso fue algo que Alicia pudo ver con claridad, ya que los tenía muy cerca.

“Al fin de cuentas, da lo mismo”, pensó.

Entonces el Rey, que había estado atareado escribiendo en su anotador, gritó “¡Silencio!” y leyó en voz alta:

—Artículo número cuarenta y dos del Reglamento: “Todas las personas que midan más de un kilómetro deben abandonar la sala”.

Todo el mundo miró hacia donde estaba Alicia.

—Yo no mido un kilómetro —se defendió Alicia.

—Sí que mides —dijo el Rey.

—Casi dos kilómetros —agregó la Reina.

—Bueno, pero de todos modos no pienso irme —dijo Alicia—, y además ese no es un verdadero artículo del Reglamento. Usted lo acaba de inventar.

—Es el artículo más antiguo de todos —afirmó el Rey.

—Entonces tendría que ser el artículo número uno —dijo Alicia.

El Rey se puso pálido y cerró su anotador de inmediato.

—Consideren su veredicto —dijo luego dirigiéndose hacia el jurado, en voz baja y temblorosa.

—Un momento, por favor, Majestad —volvió a intervenir el Conejo Blanco acercándose de un salto—. Hay nuevas pruebas. Acaba de aparecer este papelito.

—¿Qué dice? —preguntó la Reina.

—Todavía no lo abrí —dijo el Conejo—, pero parece ser una carta escrita por el prisionero a... a alguien.

—Sí, es lo más probable —reflexionó el Rey—, porque no es muy común escribirle una carta a nadie.

—¿A quién está dirigida? —preguntó uno de los miembros del jurado.

—No tiene destinatario —dijo el Conejo Blanco—; es más: no hay ninguna indicación escrita en el dorso.

Desplegó el papel mientras hablaba y agregó:

—No era una carta al fin de cuentas; son sólo versos.

—¿Escritos de puño y letra por el prisionero? —preguntó otro jurado.

—No —respondió el Conejo Blanco—. Y eso es lo más extraño de todo.

(Los miembros del jurado pusieron cara de desconcertados.)

—Tal vez imitó la letra de alguna otra persona —dijo el Rey.

(Los miembros del jurado volvieron a mostrar un gesto esperanzado.)

—Por favor, Majestad —dijo la Sota—. Yo no escribí ese papel. No pueden probar que yo lo haya escrito: no tiene firma.

—Si no lo firmó —dijo el Rey—, tanto peor para usted. Seguramente tenía alguna mala intención, porque, si no, lo habría firmado como un hombre honrado.

Hubo un aplauso generalizado luego de estas palabras: era la primera cosa realmente inteligente que había dicho el Rey en todo el día.

—Eso demuestra que es culpable, por supuesto —dijo la Reina—. De modo que, ¡que le cor...!

—No demuestra nada de nada —la interrumpió Alicia—. ¡Si ni siquiera leyeron el papel para ver de qué se trataba!

—Está bien. Léalo —dijo el Rey.

El Conejo Blanco se puso los anteojos.

—¿Por dónde empiezo, Majestad? —preguntó.

—Empiece por el comienzo —dijo el Rey, con aire grave y entendido—, y luego siga hasta llegar al final. Ahí tiene que detenerse.

En la sala reinaba el silencio más absoluto cuando el Conejo Blanco leyó los siguientes versos:

*Me dijeron que tú fuiste a verla
y que a él le contaste de mí:
ella dijo que yo era un buen tipo
pero agregó que a nadar no aprendí.*

*El dijo que yo no había ido
(y sabemos que es cierto; fue así)
pero si ella insiste con esto
me pregunto qué va a ser de ti.*

*A ella le di yo una sola
y ellos le dieron a él dos,
y tú nos diste tres o más
lo mío ahora es tuyo y pasó.*

*Y si acaso todos estos líos.
nos afectan a ella o a mí,
él espera que tú nos liberes
como libre tú fuiste y yo fui.*

*Lo que a mí me parece es que fuiste
(antes que a ella le diera el acceso)
la barrera que se levantaba
entre él y nosotros y eso.*

*No permitas que hoy él se entere
de que a ella le gustaban más,
eso es algo que tú y yo sabemos,
y es secreto para los demás.*

—Bueno, se trata de la prueba más importante de todas las que se consideraron hasta ahora —dijo el Rey, frotándose las manos—, de modo que ahora el jurado...

—Le doy un premio al que sea capaz de explicar lo que quieren decir esos versos —intervino Alicia (había crecido tanto últimamente que no tenía el menor temor de interrumpirlo)—... Para mí que son un puro disparate.

Todos los miembros del jurado escribieron en sus pizarras: "*Ella cree que son puro disparate*", pero ninguno arriesgó una explicación.

—Si esos versos no quieren decir nada —dijo el Rey—, nos ahorramos un problema, ¿no les parece? Porque si no tienen ningún significado no hace falta que les encontremos un significado. Y sin embargo, no sé... —siguió mientras desplegaba el papel con los versos sobre sus rodillas y lo miraba de reojo—. Me parece ver que tienen algún significado, al fin de cuentas. Por ejemplo, eso de "... agregó que a nadar no aprendí". Tú no sabes nadar, ¿verdad? —agregó dirigiéndose a la Sota.

La Sota sacudió la cabeza muy apesadumbrado.

—¿Acaso tengo aspecto de saber nadar? —dijo.

(Y era evidente que no, ya que estaba hecho de cartón.)

—Hasta aquí, vamos bien —dijo el Rey; y siguió repitiéndose en voz baja los versos: "(y sabemos que es cierto; fue así)"... Se refiere al jurado, por supuesto, "pero



si ella insiste con esto...” (eso seguramente se refiere a la Reina) “... me pregunto qué va a ser de ti” (eso: ¡qué será de él!). “A ella le di yo una sola, y ellos le dieron a él dos...” (eso debe de referirse a lo que hicieron con las tartas, creo)...

—Sí, pero después sigue diciendo “lo mío ahora es tuyo y pasó” —dijo Alicia.

—¡Y bien! ¡Ahí están! —dijo el Rey con aire triunfal señalando con el dedo las tartas que estaban sobre la mesa—. ¡Clarito, clarito! Y sigue eso de “antes que a ella le diera el acceso”... Tú nunca tuviste accesos, querida, que yo sepa, ¿verdad? —dijo, dirigiéndose a la Reina.

—¡Jamás! —dijo la Reina con furia, arrojando un tintero contra Guille mientras hablaba.

(El desdichado Guille había dejado de escribir en su pizarra con el dedo al descubrir que no lograba dejar marcas, pero luego del impacto de inmediato volvió a escribir aprovechando, mientras durara, la tinta que le goteaba por la cara.)

—Entonces, podemos decir que lo del acceso no tiene seso —dijo el rey sonriendo y dirigiéndose al público.

Silencio mortal.

—Dije “lo del acceso no tiene seso”. ¡Es un juego de palabras! —insistió el Rey, de malhumor.

Entonces todos se rieron.

—Bueno, que el jurado considere su veredicto —volvió a repetir el Rey, por vigésima vez ese día.

—¡No y no! —gritó la Reina—. Primero la sentencia... después el veredicto.

—¡Eso es un soberano disparate! —exclamó Alicia—. ¡Cómo se le ocurre que primero hay que pronunciar la sentencia y después el veredicto!

—¡Cierra el pico! —exclamó la Reina, poniéndose violeta.

—¡No pienso callarme! —respondió Alicia.

—¡Que le corten la cabeza! —chilló la Reina.

Nadie se movió.

—¿A quién le importa lo que usted diga? —dijo Alicia (para entonces ya había alcanzado su tamaño completo)—. ¡Todos ustedes no son más que un mazo de naipes!

Cuando dijo esto todo el mazo se elevó en el aire y voló en dirección a su cara. Alicia pegó un chillido, en parte de miedo y en parte de rabia, y pal-moteó tratándo de sacarse los naipes de encima.

Entonces se dio cuenta de que estaba recostada en la orilla, con la cabeza apoyada en la falda de su hermana, que suavemente le quitaba algunas hojas secas que habían caído de los árboles y se le habían posado en la cara.



—¡Vamos, despiértate, Alicita! —le decía la hermana— ¡Qué siesta tan larga que dormiste!

—¡No sabes el sueño que tuve! ¡Era tan raro! —dijo Alicia.

Y le contó a la hermana, lo mejor que pudo, todas estas extrañas aventuras que acaban ustedes de leer. Cuando terminó la hermana le dio un beso y le dijo:

—Ya lo creo que fue raro tu sueño, amorcito; pero ahora vas a tener que ir corriendo a tomar el té, que ya es tarde.

De modo que Alicia se puso de pie y empezó a co-

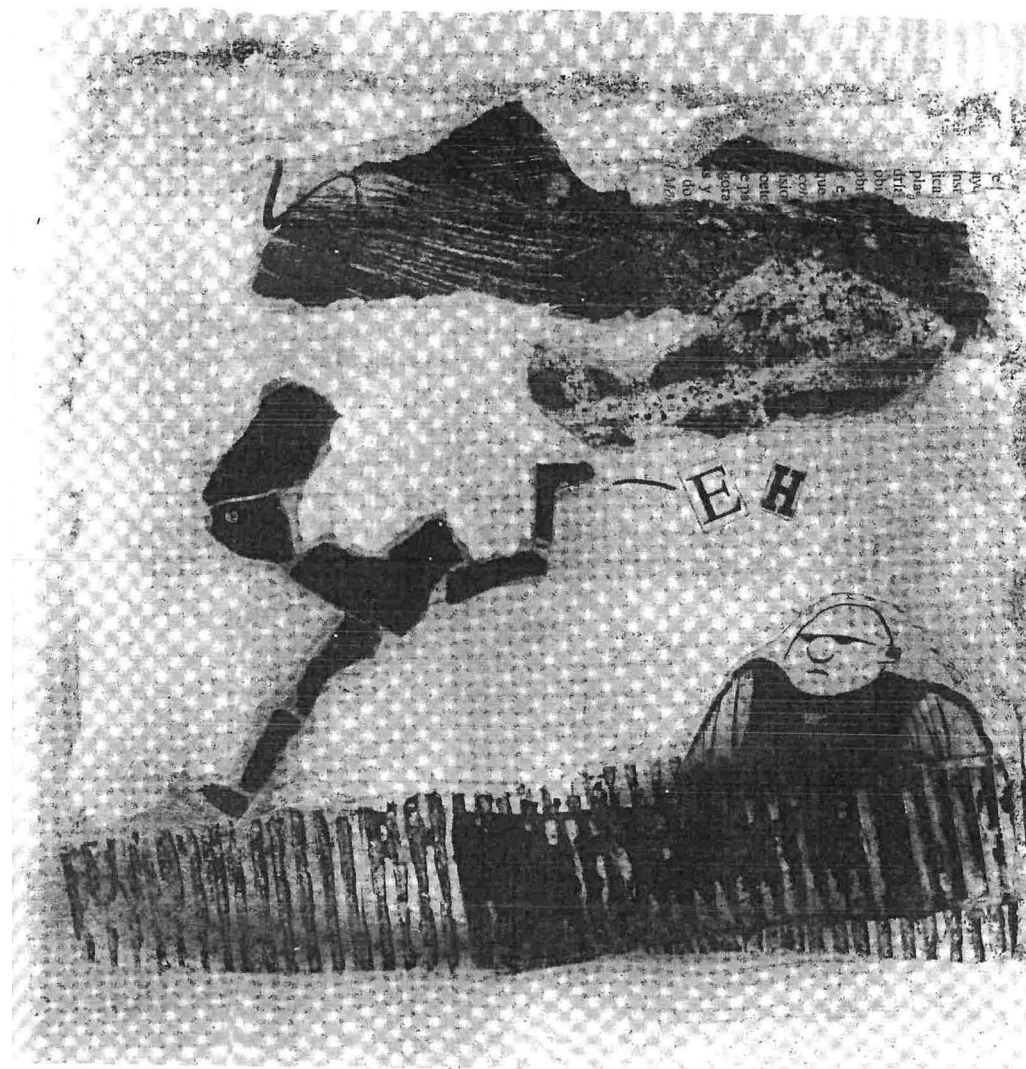
rrer, y mientras corría pensaba que había sido un sueño maravilloso.

La hermana, en cambio, se quedó sentada en la orilla, con la cara apoyada en las manos, mirando la puesta del sol y pensando en Alicita y en todas sus maravillosas aventuras, hasta que por fin también ella se quedó dormida y empezó a soñar. Y soñó algo así:

Primero soñó con la propia Alicita. La veía sentada a su lado, con las manitos abrazando las rodillas y los ojos brillantes fijos en los de ella... Podía escuchar hasta la mínima inflexión de su voz y observar ese gesto tan suyo de sacudir la cabeza para apartarse el mechón de cabellos que *siempre* se le caía sobre los ojos... Y mientras ella, en su sueño, escuchaba, o parecía escuchar, lo que Alicita decía, todo a su alrededor comenzó a poblarse con las extrañas criaturas del sueño de su hermana.

La hierba crujió a sus pies cuando el Conejo Blanco pasó corriendo... el Ratón asustado chapoteaba por la laguna... podía oír el tintineo de las tazas de té de la Liebre de Marzo y de sus amigos, que compartían siempre la misma merienda, y la voz chillona de la Reina ordenando que les cortaran las cabezas a sus pobres invitados... El bebé-cerdo volvía a estornudar en la falda de la Duquesa, mientras fuentes y platos se estrellaban con estrépito a su alrededor... El aire se volvió a poblar con el graznido del Grifo, el chirriar de la tiza de la Lagartija, y el sofocón de los cobayos reprimidos, todo mezclado con los sollozos lejanos de la Símil Tortuga.

Y así permaneció, sentada, con los ojos cerrados, y sintiéndose casi en el País de las Maravillas, aunque sabía bien que bastaba con volver a abrir los ojos para que todo volviese a cobrar su aburrido aspecto de siempre: sólo la hierba agitada por el viento y la laguna murmurando entre



los juncos... El tintineo de las tazas de té sería sólo el campanileo del cencerro de las ovejas, los chillidos de la Reina se convertirían en los gritos del pastor... y los estornudos del bebé, los graznidos del Grifo y todos los demás ruidos extraños serían sólo (lo sabía muy bien) el clamor confuso y atareado de la granja... mientras los sollozos de la Símil Tortuga se convertirían sólo en el mugir de las vacas a lo lejos.

Por fin, trató de imaginar a esa hermanita suya convertida ya en mujer con el correr del tiempo, pero conservando, en su plenitud, el corazón sencillo y tierno de la infancia. La veía rodeada de otros niños pequeños, contándoles algún cuento extraño, que les hiciese brillar con ansiedad los ojos, tal vez ese mismo cuento del País de las Maravillas con el que había soñado ella misma tanto tiempo atrás, capaz de compartir con ellos las pequeñas penas y las pequeñas alegrías, recordando por siempre su propia infancia y esos felices días del verano.

Índice

Capítulo I

Cayendo por la madriguera 7

Capítulo II

Un charco de lágrimas 19

Capítulo III

Una carrera política y una historia que trae cola 29

Capítulo IV

Haciéndole mandados al Conejo 39

Capítulo V

Los consejos de una oruga 53

Capítulo VI

Cerdo a la pimienta 65

Capítulo VII

Una merienda de locos 79

Capítulo VIII

La cancha de croquet de la Reina 93

Capítulo IX

La historia de la Símil Tortuga.....109

Capítulo X

La Cuadrilla de la Langosta 121

Capítulo XI

¿Quién robó las tartas? 133

Capítulo XII

El testimonio de Alicia.....145